

A dónde van los caballos cuando mueren

Marcelo Britos obtuvo el premio único de novela en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013. El jurado estuvo integrado por Verónica Murguía, Beatriz Escalante y Eduardo Antonio Parra.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

MARCELO BRITOS

A dónde van los caballos
cuando mueren



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,
Fernando Muñoz Samayoa

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

A dónde van los caballos cuando mueren

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Marcelo Rubén Britos

ISBN: 978-607-495-335-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/34/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Vogliamo distruggere tutti quei ridicoli monumenti del tipo “a coloro che hanno dato la vita per la patria” che incombono in ogni paese e, al loro posto, costruiremo dei monumenti ai disertori. I monumenti ai disertori rappresenteranno anche i caduti in guerra perché ognuno di loro è morto maledicendo la guerra e invidiando la fortuna del disertore. La resistenza nasce dalla diserzione, dal rifiutarsi di uccidere.

Partigiano antifascista, Venezia, 1943

Primera parte

Cómo atar el pensamiento a este cuerpo para estar íntegro en el camino. Ser de esos pájaros que llegan por encima de la llanura, de los desiertos, del acecho de los hombres. Cómo hacer para volver entero después de Curupaytí.

Tomó un mate parado en la puerta de la tienda, mirando el manto negro que se agrandaba en un horizonte invisible. La noche era helada, como todas, y en la distancia de la oscuridad aérea la luna era una isla de hielo, redonda perfecta iluminando la intrusión del hombre en el telar de la naturaleza. Pensó en esa identidad imperceptible de las noches: fuera verano o invierno todas eran frías y tenían un empeño caprichoso en la desolación. Recordó aquella, la de Curupaytí. En ese mismo lugar había visto en los rincones de los esteros las montañas grotescas de los cuerpos, algunas encendidas de llamas y chispas que abrazaban el humo pestilente, otras que esperaban la antorcha, asediadas por los caranchos que teñían sus picos de rojo entre las vísceras y los uniformes rasgados por la metralla. La mitad de ellos no encontraba su sitio entre los pares y caían confundidos en picada sobre las montañas en dónde la pira estaba consumida. Manchados grises de cenizas, sacudían el plumaje con fastidio, niños que caen en el piso en medio del juego y agitan las mangas para quitarse la tierra. Y sólo se podían escuchar dos sonidos cuando el viento no sacudía la vegetación rasante: el crepitar del fuego y

los lamentos de los heridos que esperaban la carreta y el vapor hasta el hospital de Corrientes. Fue cuando tomó la decisión.

Entró en la tienda de enfermería y serró el último hueso; era de un oficial de línea que ya no guardaba aliento ni para apretar con fuerza el cabo de madera entre sus dientes; con las lágrimas surcando las mejillas y los ojos al techo, esperaba que de algún lugar del mundo cayera la piedad. Había sufrido una herida de bala en la batalla que con los meses se había gangrenado y hubo que detener la corrupción.

Ya no tenía cómo saber la hora. Cómo saber si hacía frío o calor. Cómo recuperar para la carne las señales de humanidad que lo confirmaban en el presente de todos los demás. En esa misma sensación de soledad tumultuosa y extrañamiento había asistido aquella noche a los heridos de Curupaytí. Cuatro mil del ejército de la Alianza ya se habían podrido en las trampas de agua y raíces del campo de batalla, esperando la nube de aves que solía oscurecer los soles más intensos, abono natural para los esteros y los bosques. Cada raíz y cada hoja que en el futuro crecieran allí tendrían la esencia de esos hombres y caerían en el otoño como ellos en la guerra.

Habían decidido un ataque frontal contra una defensa de trincheras y baterías que elegían a placer los grados militares, figuras lentas de lata en una kermés. Las primeras resguardadas estaban tras una fila de abatíes, troncos espinosos y gruesos. El relato fue llevado por un teniente que había arrastrado a uno de sus soldados media legua, entre el zumbido de la balacera y el avance de los aliados. Cuando llegó a la carpa donde estaba montado el hospital, sólo cargaba un trozo confuso de uniforme

y cochambre que se volvía humano del cuello para arriba, los ojos opacos y firmes en un punto lejano. El teniente dijo que las baterías brasileñas habían bombardeado durante horas las posiciones paraguayas. Nada de las trincheras ni de los pozos rodeados de abatíos había cedido a la artillería. Dijo que avanzaban a merced del enemigo, descubiertos y entregados como bandada de gorriones contra un viento imposible, quedando suspendidos entre los oficiales que los empujaban y el fuego granado del frente. El médico vio llegar a los oficiales desmembrados sobre las mantas, con los uniformes que habían brillado para las fotografías que atestaban los reparadores de Buenos Aires, las vitrinas de la Universidad de Córdoba, las casas de campo de las familias patricias que habían enviado con orgullo a sus hijos para que engrosaran la Guardia Nacional, pagando su propia vestimenta marcial y ahora llorándolos sin consuelo, vociferando poco convencidos que habían dado su vida por la patria.

Meses después, parado en la puerta de su tienda con la huella del agua hirviendo en su lengua, esperó que la madrugada se extendiera sobre el sueño de los heridos; algunos gemían sin calma y se defendían del frío. Caminó en la oscuridad hasta las tranqueras, siguiendo con la mano el camino de la madera y pisando despacio para que las hojas no crujieran bajo sus suelas. Cargaba una montura precaria de piel de carnero y mantas, una alforja con harina y carne seca y un poncho de agua. Respiraba el frío y llenaba sus pulmones con dificultad cuando el corazón agitado le permitía inhalar. El olor a humedad de las plantas enjuagadas en el rocío y la lluvia de los meses, la sangre que no podía limpiarse de sus manos, escondida bajo sus uñas. Supo dónde

encontrar el caballo porque estaba apartado, atado a un palenque como si hubiera sido su propia decisión atarse allí, porque nadie en el campamento de Tuyutí se animaba a hacerlo suyo, menos en esas noches en las que algunos supersticiosos creían que su dueño podía aparecer como ánima perdida, para reclamar a los vivos lo que le pertenecía. Lo asió de la rienda y lo condujo despacio hasta afuera, abrazado al cuello largo e inquieto. Avanzó por un sendero estudiado por días, ensayado mientras los demás atontaban los recuerdos con la caña, alrededor del fogón. Había pocos guardias esa noche y él lo sabía. Los paraguayos estaban lejos de su posición y la guerra había entrado en una tregua no declarada, como si ambos hubieran decidido tomar un respiro después de las últimas masacres. Se alejó casi trotando, recostado sobre la mitad del lomo del caballo y dando saltos, tratando de cegar el galope con murmullos. Casi a una media legua le pidieron el santo y seña como si llegara. Cuando torció la vista hacia la blancura de las tiendas que se perdían ya en el reflejo de los esteros, vio el contorno de un hombre más cercano que lo perseguía también apresurado, mirando a sus espaldas. La voz le dijo que siguiera, que ya no era posible detenerse. Ambos vieron el fogonazo del primer disparo, señales en la negrura que se esparcían en blancos flashes. Las descargas ya eran repetidas y constantes, los zumbidos de las balas se perdían en la quietud que los rodeaba. Nadie los persiguió.

Anduvieron toda la noche como si se conocieran, uno al lado del otro y en silencio. Ambos cargaron sus pertenencias sobre el caballo y el que había llegado último comprendió que el animal era un protagonista excluyente de esa historia, por eso

ambos se cuidaron de esforzarlo y lo palmearon cuando coceaba o se inquietaba por los sonidos agudos de la tierra. La humedad de lo que pisaban, que por momentos era viscoso e irregular, fue mojando sus calzados y helándoles los pies hasta alcanzar un dolor cada vez más penetrante. Los dedos comenzaban a entumecerse, ya no sentían las yemas y las rodillas parecían soportar en el aire el resto de sus pesos. La luz comenzó a rasguñar el horizonte. Tomaron forma. El médico vestía una chaqueta de la armada que escondía apenas, entre abierta al frente, las manchas ya moradas que había impreso la faena. Su barba estaba crecida, pero guardaba en su advenimiento los caminos del aseo y el cuidado de los hombres prominentes. Se sentaron en medio del primer pedazo de terreno que pudieron reconocer sus ojos, se quitaron las alpargatas, las botas y las medias que estaban negras de barro y mojadas. Se deshicieron también de sus camisas, sus pantalones y chiripás, y quedaron ambos en cueros, esperando que el sol lo secara todo, los dos ahora sin otra condición entre sí que la de ser hombres en medio de la enormidad, sosteniéndose el uno al otro frente a lo que surgiera. El médico conoció entonces a ese intruso que ahora era su compañero por obligación de las circunstancias. Tenía los ojos azules como dos estrellas ajenas en medio de una tarde, porque sus pómulos, su frente y el resto de su estructura revelaban un pasado originario y ancestral. Alrededor de los párpados y en casi toda su cara el tiempo había trazado las marcas de quien habita la intemperie.

—Soy Flores —dijo.

Asintió con el mentón, mensaje suficiente para ser aceptado y empezar a trazar la continuación de las cosas.

Cuando la mañana acribilló la tierra deshabitada de sombra, caminaron hasta un árbol solitario que dejaba caer las ramas a los costados, cabellera verde y esponjosa, como si hubiera quedado rezagado en la marcha de sus congéneres hacia los bosques. Dieron de beber al caballo y comieron. El amparo les dio el sueño y dormitaron durante horas. Al despertar, cuando el sol se estaba poniendo otra vez sobre la llanura que cortaba a la mitad su aro, decidieron seguir la marcha por el terreno seco y repetir ese paso para evitar el calor y que las heladas nocturnas los acosaran dormidos.

—Fusilan a los desertores —dijo el médico.

Cargó sus pertenencias sobre el caballo y miró a Flores esperando una respuesta, acaso algo que lo dejara más tranquilo en el marasmo de su pensamiento —deshonores, muerte— la acusación impasible de una moral que aún sobrevivía a las dudas que había dejado la guerra. No hubo contestación, sólo los gestos notorios de voluntad para seguir, gestos que a los ojos del médico sonaban a que nada importaba, que ambos estaban perdonados, porque la huida no tenía que ver con la cobardía ni con la irresponsabilidad, sino con compromisos mucho más importantes y urgentes que aquello que dejaban atrás, y eso que dejaban ya no importaba demasiado a nadie, salvo por el deseo de su final.

La guerra seguiría mucho tiempo después de la noche en que se fueron de Tuyutí. Alguno de los dos, años después, comprendería el verdadero significado de aquellas cuatro mil pérdidas en Curupaytí. De todos los hombres que habían dejado de existir por el capricho de Mitre, de López y de Thornton. Uno de

ellos pondría en su mente, como una imagen de mimeógrafo, los miles de cuerpos esparcidos en un campo o uno junto al otro en una calle de Buenos Aires; todo lo que había desaparecido, todo lo que no iba a suceder y de alguna manera podría haber estado escrito, las penas y las condenas que se filtrarían por generaciones en las familias donde habían sido padres e hijos.

Decidieron no tomar el camino real una vez cruzado el río. Sabían que había tropas sofocando los levantamientos en las provincias. También sabían que eso implicaba ser degollados, arrodillados, con las manos atadas en la espalda. Lo había visto Flores en la retirada de Pavón. Les habían contado de Cañada de Gómez y de tantos otros parajes sin nombre para la historia, sin nada más que el llanto de las mujeres y las miradas escondidas tras las paredes de barro, que espiaban la barbarie.

Suponían un trayecto de llanura y ríos hasta el primer destino, que era un rancho donde debían entregar el caballo a una mujer y a dos niños. Avanzaron desde el atardecer hasta que las primeras luces del espacio salpicaron de azogue la penumbra. Descansaron y siguieron en la oscuridad. Unas horas después conocerían a unos hombres que creían que esas estrellas eran los ojos de sus ancestros, que los observaban desde un lugar y un tiempo distintos. Con los últimos alientos de la luna pudieron ver el río, ancho y oscuro, el margen lejano que se perdía bajo una hilera de tierra y vegetación invisible. No había bajadas hasta la orilla y no pudieron abrevar al caballo ni asearse como deseaban. Cuando comprendieron en aquel momento que iban a cruzar el

Paraná, recordaron que habían imaginado una situación distinta: acaso una playa tersa de arena o barro y pequeñas piedras, un margen más cercano y quizá un badén donde al menos el nivel llegara hasta la barriga del caballo. Durmieron allí hasta el amanecer. Con la luz reiniciaron la marcha bordeando el litoral. No existía un lugar seguro por donde bajar y mucho menos para cruzar. No había sendero, sólo pequeños espacios por donde el animal arrastraba ramas colgantes y arbustos espinosos. Cada tanto volvían sobre sus pasos, cuando el tranco siguiente era imposible. Ya era monte y por momentos encontraban pequeños solares de tierra gris y grandes piedras. Se detuvieron por primera vez cuando el sol había llegado al punto perpendicular sobre sus cabezas, y sintieron el ardor agrio y persistente en las piernas y los brazos. Estaban lastimados y sangrantes. Las espinas habían arañado la piel hasta apenas descubrir la capa rosada que antecede a la carne. Ataron el caballo a una raíz profunda y bajaron de bruces hasta el río para lavar las heridas. El agua era marrón y en la superficie podían distinguir la mezcla del mineral y el barro que se agitaba desde el fondo. Se quitaron las prendas que les cubrían los torsos, harapos de meses, impregnados de transpiración y pátina de polvo que les había regalado el viento. Sumergieron sus cabezas y refrescaron las axilas, y no pararon de empujar el agua con sus manos hacia atrás hasta no sentir las gotas tibias resbalando por la espalda. Flores miró hacia el caballo, rígido y atento, como los animales cuando perciben la presencia de un predador. Ambos pudieron oír una marcha sobre las ramas secas del monte, quizá a unos cien pasos del animal. Comenzaron a trepar tomándose de las raíces, plantas

que quedaban frágiles entre sus dedos y los hacían retroceder en la empinada. Primero llegó Flores y se detuvo, pidiendo silencio al médico que con esfuerzo lograba apoyar el pecho sobre la pequeña meseta. Se oían también voces entrecruzadas, una lengua extraña y lacónica que se acercaba en murmullos lejanos por entre las plantas. No tuvieron tiempo para pensar, acaso los dos decidieron y actuaron de igual forma e hicieron lo único posible. Desataron el caballo y comenzaron a empujarlo hacia la pendiente, uno por delante, tirando de la rienda, casi suspendido y detenido por la fuerza del animal; el otro empujando. No podían moverlo. Los pasos se percibían cada vez más cerca y los gritos ya eran decididos. El caballo resbaló cuando intentó hacer pie en la tierra que se desgranaba barranca abajo y se desplomó sobre los arbustos que no pudieron detenerlo. Flores se hizo a un lado antes de que la masa de polvo, pelo y músculo lo arrastrara. Fue lo que vieron. Y el impacto desde esa altura no pareció fuerte. El animal ya estaba en pie, atontado. Se tiraron por la huella que había dejado el alud. Repitieron el método antes de entrar al río, sin saber exactamente cuánta profundidad alcanzaban el lecho, caudal y camalotes que lamían las ramas de los árboles costeros. Uno lo empujaba con la rienda, tanteando con la punta del pie casi una zancada hacia adentro. El otro, colgado de las crines, trataba de balancear el peso como si en el agua el volumen de un hombre sirviera para sostener un corcel. El médico vio cómo la cabeza de Flores desaparecía de la superficie, y no duró demasiado la visión porque el nivel del agua comenzó a jugar sobre sus propios ojos, alternando la oscuridad de abajo y la luz brillante de arriba. El caballo flotaba y luchaba contra la correntada.

Los tres lo hacían. El médico, atenazado al caballo, bailaba desesperado sobre el caudal y sucumbían los dos a la fuerza del río. Faltaba todavía un poco menos de la mitad del trayecto. A duras penas se acercaban desviándose cada vez más del punto de referencia: una piedra roja del tamaño de una cabeza humana, ajena al paisaje verde amarillo de la costa. Caían como relámpagos apagados las flechas y las devoraba el agua entre burbujas; una rasgó la piel del tobillo de Flores y una placa rojiza apenas asomó entre la espuma y la turbulencia de su nado. A metros de la costa el caballo renació desde un remanso como si hubiera sido inventado en las profundidades. Hacían pie. Impulsados por el miedo y retomando la rienda en la carrera, huyeron hacia la espesura del nuevo margen. Flores regresó algunos metros para asegurarse de que nadie había cruzado con ellos. Cuando volvió, el médico estaba sentado en la tierra, aferrado a una de las patas del animal, que observaba hacia un costado como si sintiera el abrazo y no lo entendiera. El médico lloraba, lo hacía desconsolado, quejas de niño en el desamparo y el cansancio. Su compañero esperó alejado, con la mirada caída, respetando el arrebato de vulnerabilidad, como si fuera una licencia que sólo pueden permitirse los hombres enteros. Así lo creía él. Asintieron y volvieron al camino imaginario que iban trazando sus pasos.

Habían perdido el poncho de agua en el cruce y lo notaron cuando los labios comenzaron a cuartearse. Ingresaron en una zona de zarzas y arbustos más pequeños, y se encontraron con una columna de humo blanco que esparcía sus jirones entre las copas. Intentaron rodear el incendio antes de salir del monte de algarrobos, oyendo el crepitar y mirando la humareda, pero las

llamas ya visibles ocupaban todo el frente. Avanzaron por un sendero donde no se veían lenguas rojas ni chispas. Un enorme pastizal encendido se extendía media legua hacia el oeste. El fuego dejaba su rastro de carbonilla y calor, ejército impiadoso conquistando las ciudades de hierba. Con el campo por delante, pudieron rodear la devastación. El humo en los ojos y la ceniza a veces incandescente se les adhería al sudor, dibujando surcos negros en la frente y en el cuello. Cuando pudieron pisar la gramilla otra vez, vieron una barrera de hombres con lanzas que avanzaban hacia lo que dejaba el fuego, agazapados y con las puntas hacia abajo, como esperando que de las fauces de la lava intraterrestre surgiera algo abominable. Eran pequeños y de frente amplia y erguida; los cabellos negros bordeaban el comienzo del cráneo. Los labios eran gruesos y los pómulos salientes, pero no parecían fieros ni distantes, acaso por la forma en que cazaban a los pecaríes que habían rodeado, riendo entre ellos y dándose indicaciones en voz baja. Detrás de la cortina de cazadores, los adolescentes hacían saltar con garrotes a los cuises que huían del fuego. Ellos mismos lo habían provocado para sacar a los animales de sus madrigueras y acorralarlos. Tenían sólo taparrabos y andaban descalzos por las cenizas y las pequeñas brasas sin dolor aparente, heraldos del infierno en el paraíso. Dejaron escapar una de las bestias, la más pequeña; quizá fuera la hembra. A la otra la fueron cercando y la lancearon sin demasiado esfuerzo ni saña, la bestia confundida por las muchas punzadas y el humo que no le permitía ver desde dónde venían los ataques. Ellos miraban atentos los festejos del grupo cuando escucharon otra vez un grito en una lengua desconocida,

más cercana y estridente que aquella que los había asustado antes de cruzar el río. Los habían rodeado y los apuntaban alertas como en el acecho a la presa. Quedaron inmóviles, aterrados por la ferocidad con la que les hablaban. El médico intentaba parlamentar, pero cuando lo hacía gritaban más fuerte. Lo golpearon con un garrote en la cabeza y sintió una vibración de dolor desde el lugar donde recibió el impacto hasta el cuello. Un hilo de sangre reptó por debajo de su cabellera y descendió hasta la punta de la nariz. Llegaron otros desde la cacería y hablaron entre ellos, los que los habían capturado señalaban el uniforme del médico entre ademanes y gritos. Les indicaron que se movieran. Algunos chuzaban al caballo y tomaban distancia de él, como si para ellos fuera una bestia nueva de la que no conocían reacciones ni ferocidad. Volvieron hacia el río y el médico se contrajo de temor pensando que aquellas voces eran las mismas que los habían espantado en la otra orilla y que los harían cruzar otra vez con el riesgo de perder al caballo. Llegaron hasta el margen y comenzaron a caminar hacia el norte por el litoral. Habían vuelto al río para orientarse. Los seguían los cazadores, con las presas enredadas en raíces con las que arrastraban el bulto. Los cuises, ya carneados, colgaban de palos. Ingresaron otra vez a la espesura por un lugar que todos conocían, y detrás del ramaje frondoso y hostil se abría un túnel de algarrobos que sembraba oscuridad en el camino. Estaba allí más fresco y el aroma de la vegetación les llenaba los pulmones, órganos dolidos por la invasión del humo y las cenizas. Aun cuando lo que llegaba era incierto, el médico sintió un alivio en esa brisa que recorría el túnel, y fue en ese momento en el que su mente y sus

músculos comprendieron las horas que habían trajinado en la fuga, y decidió recordar, porque pudo hacerlo por primera vez, por qué razón estaba por cumplir con un hombre desconocido que había llegado ante sus ojos con una lanza de tacuara atravesada en su pecho, respirando burbujas de sangre por el orificio en donde se asomaba la lanza y por la boca. Y ese hombre herido de muerte aún así pudo hablarle, contarle una historia, indicar un camino y arrancarle una promesa.

Un tiempo antes de la huída del campamento de Tuyutí, una cantidad de días que no podían precisar porque los hechos habían desfigurado toda sensación de normalidad, habían presenciado una de las batallas más sanguinarias de la guerra y acaso el peor desastre bélico de la historia del glorioso ejército que se jactaba de haber libertado América. Una sábana de soldados de la Alianza cubría el campo de Curupaytí, adorno siniestro y presagio de otras calamidades del hombre empeñado en defender así sus convenciones. Entre las tantas historias que tejieron ese episodio absurdo de la contienda, una involucraba al médico, al caballo y a otros dos hombres que ya habían muerto lanceados y sableados por los paraguayos.

Habían quedado en medio del avance de la caballería aliada y de las descargas de una batería que se encontraba en un ángulo del bosque, protegiendo con su fuego las trincheras guaraníes desde donde también nacían fogonazos precedidos de plomo. Hasta ese bosque debían llegar por orden de la comandancia y no parecía lejano, tan sólo un tumulto de árboles espinosos y grisáceos en la distancia, con la bruma que dejaban las baterías a la altura de sus copas, el paisaje de un amanecer de invierno

en ésa y en cualquier tierra boscosa del mundo, pero ésta escondía la presencia de hombres decididos a matar, que lo lograban entre la confusión y la ventaja de esa naturaleza ajena e inocente. Cayeron en la trampa porque habían decidido avanzar más rápido, acaso para acortar distancias entre ese futuro ominoso y el presente. En medio de ambos fuegos decidieron formar una línea, separados entre ellos por tres pies para intentar repeler la carga de los paraguayos que ya surgían de la bruma del bosque, fantasmas de viejos ejércitos en venganza de la suerte perdida. Pensaban que los podían mantener a raya hasta la llegada de la caballería. También algunos de ellos pensaron que nada era como alguna vez habían deseado, y eso no se puede cambiar, tan sólo queda esperar y actuar en consecuencia. Un hombre logró hundir la bayoneta en el estómago de un paraguayo, pero no con la fuerza suficiente como para retirar la punta de las entrañas de su víctima, y quedó sin defensa frente a otro enemigo que ya lo había tumbado y que se disponía a clavarle una lanza para rematarlo. No pudo hacerlo porque alguien se interpuso, otro hombre que había buscado esa muerte y probablemente lo había hecho durante toda la guerra.

Cargaron con ambos y los llevaron al hospital, choza de paja y lona repleta de camillas y mantas moradas ya por la sangre. El médico los recibió, sólo uno de ellos estaba aún con vida. El primero, con el rostro lívido, tenía un tajo en la cintura por donde podían verse las vísceras confundíendose en el interior y una mano con el color y la hinchazón de los miembros que llevan mucho tiempo sin moverse; no había heridas allí y el médico supo que ese brazo había llegado así a la campaña. Puso

el espejo bajo la nariz en busca de aliento, pero sabía también que nada cambiaría en el reflejo, sólo los orificios y las aletas pálidas repitiendo su imagen. El otro respiraba. Tenía un fragmento de la tacuara aún clavado en el pecho. La sangre hacía burbujas a la altura de los pulmones, luego recorría el cuerpo, como si hubiera horadado toda la carne para comodidad de su curso, y caía en gotas gruesas al barro. Le pidió al médico que se acercara. Cortaba las palabras con gemidos y suspiros, pero era claro y coherente, como si hubiera reservado esa fuerza tan sólo para decir todo aquello. Lo miró fijo y apretó su brazo con los dedos cubiertos de barro y de piel ajena, y le hizo prometer que iba a llevarle el caballo a sus sobrinos, los hijos de un hermano al que él mismo había dado muerte y de cuya propiedad era el animal. Le dijo que moría tranquilo si él cumplía. Y el médico aceptó. Los hombres que habían cargado a los moribundos hasta allí, testigos del arrojado del difunto, le dijeron que lo llamaban el Solitario, que había llegado a la compañía con otros veteranos de Pehuajó, que no hablaba con nadie, sólo a veces con el Manco, el hombre al que había salvado del lanzazo. Tenía una extraña relación con el caballo al que se había referido: dormía con él, comía con él y hasta a veces, por las noches, lloraba junto a él.

El moribundo le habló de una laguna azulada entre barrancos, de un puesto de los ejércitos de línea que cuidaba una porción de la frontera y, a no menos de una legua de allí, una cruz de tronco brotado del tamaño de un hombre que indicaba la posición del rancho de adobe al pie de esa misma laguna, la mujer de su hermano y los dos niños que necesitarían el caballo para las faenas y para llegar al poblado cuando alguno estuviera enfermo.

Cuando vio en los ojos del médico cierta aceptación, miró para arriba y allí dejó los suyos. Expiró de una forma extraña, como si alguien se hubiera sentado sobre él para sacarle hasta el último suspiro, y sus orines cayeron de la camilla de troncos, haciendo un charco único con la sangre.

Salieron del túnel a un claro de pequeñas plantas que no superaban sus tobillos, y ante ellos se levantaban las chozas de las tolderías con entradas anchas y piso de tierra, redes y lanzas apiladas en los rincones, restos de fogatas y espinazos secos de pescados. Fueron amenazados en todo el camino y jamás se les cruzó por la cabeza escapar. Flores rengueaba por la herida en su pierna y el caballo caía de hambre y de sed. Ellos también. La garganta era un acceso rodeado de fuego, carente de saliva y de cualquier otra humedad. Les ordenaron que ataran el caballo lejos de la toldería; aún tenían cierta aprehensión con el animal. Las mujeres recibieron las presas y comenzaron los preparativos para cocinarlas. Cuerearon el pecarí, lo desvisceraron y lo extendieron sobre una parrilla de troncos finos en cuyo piso iban apilando leña encendida. Lo mismo hicieron con los cuises. Las mujeres cubrían también sus pubis. Sus pechos eran pequeños y de pezones oscuros. Cuando los miraban se sonreían y eso molestaba a los hombres que empujaban a los prisioneros hacia atrás. Los sentaron, espalda contra espalda, bajo vigilancia de varios guardias que no les quitaban los ojos de encima. Ya se comenzaba a instalar en el aire el aroma de la grasa asada y la

saliva ahora les caía a borbotones sobre la lengua y las encías. Llegó una comitiva encabezada por un hombre que parecía de mayor importancia que los demás. Éste tenía, además del taparrabos, un cuero de animal cruzado sobre sus hombros. Los captores hablaron con su jefe y seguían señalando las insignias del médico, mientras éste intentaba con una mano detener la pequeña hemorragia de su cabeza. El jefe les habló gritando, arrodillado frente a ellos con las manos encontradas sobre sus piernas. De lo que decía se desprendían interrogantes y reproches, por el tono y por los gestos de fastidio. Se frustraba por el silencio que recibía en respuesta y cuando esto ocurría los guardias golpeaban a los prisioneros con sus lanzas. Éstos negaban con la cabeza explicitando el desconcierto. Mandó por alguien con un grito que no sonó a palabra y un grupo juntó sus lanzas y sus cuencos colgantes con agua como para un trayecto extenso. Cuando vieron los cuencos les dijeron que tenían sed, pero los ignoraron. Sólo se escuchaba el silencio y de fondo un leve murmullo de las mujeres y los niños que observaban de cerca. Los más osados les tocaban el pelo o los hombros y salían despedidos hacia atrás, como si estuvieran rozando con los dedos el pico de un cóndor. Una de las niñas llamaba la atención por su rostro. De lejos parecía deforme y no la hubieran supuesto humana si no fuera porque su torso, sus piernas y brazos eran absolutamente normales. El médico hizo un gesto al hombre importante para que lo dejara acercarse a la niña. Éste se dio vuelta y consultó con la mirada a otros dos que lo acompañaban. Conversaron en voz baja. Asintieron con la cabeza en dirección a la niña y los centinelas se abrieron para darle paso. La criatura comprendió que

se acercaba a ella y comenzó a alejarse, pero la detuvo el grito del hombre importante. Pudo mirarla bien. No tenía ojos: estaban prácticamente hundidos en la carne de las mejillas hinchadas y azules, acaso producto de alguna picadura que le había provocado una infección. Sobre la cara tenía una costra de barro y restos de ungüentos hechos con plantas y sangre de animales. Los oídos también estaban infectados y podían verse en el derecho, bajo la capa de barro, unos gusanos que se retorcían en su cuna de piel y mugre. El médico se incorporó y fue hasta el caballo. Lo siguieron los guardias con más curiosidad que cuidado. De una de las alforjas que había sobrevivido al río extrajo un cuchillo y unos sobres con el sello del ejército en donde había polvo y plasmas. Cuando se acercó con el filo a la cara de la niña, se escuchó un balbuceo de la multitud, pero nadie hizo nada porque el médico contaba con la protección de aquel hombre que ya había comprendido cuál era la intención del cristiano. Pidió agua a Flores y éste se acercó y se quedó junto a ellos, sosteniendo con suavidad la cabeza de la niña mientras el médico le hacía un pequeño tajo en ambos pómulos. Los comenzó a apretar para dejar salir la sangre con el pus. Salía a borbotones y la limpiaba con un retazo de su camisa. Ya podían verse los ojos negros asomarse entre las pestañas. La pequeña gemía despacio y temblaba, cachorro que abre los ojos al mundo y ve más allá de la luz confusa de las cosas. Mojó otro retazo y limpió los oídos. Sabía que probablemente no podría usar más el derecho, pero al menos le sacaría la podredumbre. Retiró con la punta del cuchillo los gusanos que se retorcían como si les doliera. Sacó más de quince. Vació el polvillo del sobre en las orejas y luego

fue limpiando con agua toda la zona, hasta que sólo podían verse, allí y en toda la cara, pequeñas picaduras rodeadas de piel muerta y sangre coagulada. Se acercaron tres criaturas más con las que tuvieron que repetir la operación, en diferentes partes de sus cuerpos.

Cuando terminaron les dieron un cuenco de agua para que bebieran y los hicieron pasar a una choza retirada del resto de las demás tiendas, improvisada con ramas y troncos y algunas pieles de animales. Allí el hombre importante se sentó con ellos y guardó silencio, sólo mirándolos, hasta que llegó la comitiva que había enviado. Afuera todo el pueblo esperaba y espiaba al interior a través de las hendiduras que dejaban las ramas. A veces gritaban y se reían y el hombre importante les gritaba algo en su lengua.

Entraron con una mujer rubia. Llevaba puesta ropa de cristiana y una cruz de madera pendiendo en su pecho con un cordón. Tenía los ojos azules, apenas algunas arrugas que había dejado el sol raspaban su rostro simétrico. Estaba descalza pero sus pies estaban limpios; eran blancos y pequeños. Se arrodilló y miró fijamente a Flores hasta que el jefe le dijo algo. Entonces la mujer comenzó a hablar en una lengua que podían entender. Les preguntaba qué hacían allí, por qué los habían acechado cuando cazaban, de dónde venían. Les preguntó también si más soldados vendrían después de ellos. El médico explicó que escapaban de la guerra y que tenían que cumplir una promesa hecha a un moribundo: la de llevar ese caballo a los hijos de su hermano. No había sido su intención asustarlos ni provocarles molestias. La mujer lo tradujo al jefe y éste asentía sin gestos. Habló. Entonces

la mujer volvió a dirigirse a ellos para explicarles que el jefe decía que no se habían asustado. Habían llegado a su lugar por alguna razón, y ni él ni su pueblo pertenecían a ninguna historia por la que tuvieran que intervenir en la promesa que se le había hecho a un hombre muerto. Dijo que agradecía la curación de los niños, que los niños eran importantes porque ellos les prestaban a todos la tierra en la que vivían. Pero que no podían quedarse. Se tenían que ir a la mañana siguiente. Todos estuvieron de acuerdo y el clima fue relajándose. El médico preguntó cuáles eran sus nombres, el del jefe y el de ella, y fue ésa la presentación formal, pero ninguno de los blancos pudo comprender el nombre del jefe y la mujer rubia dijo no tenerlo.

Caída la tarde comieron la carne asada alrededor de distintas fogatas. Ellos y la mujer rubia compartieron una lejos de los demás, junto a la choza que habían improvisado para el parlamento. Los niños que habían curado les llevaban los alimentos en vasijas y en canastas hechas de caña y hojas verdes. Flores estaba sentado con las piernas hacia adelante y podía verse la herida de la flecha. La mujer habló y se sentó cerca de su pierna. Sacó algo del bolsillo de su vestido renegrido, un pote de barro cocido con una tapa de hojas, y con esas mismas hojas limpió la herida con agua y después aplicó una pasta verdosa que untó del recipiente. Flores la miraba sin decirle nada y cuando terminó fue el médico quien le agradeció. Los niños corrían alrededor del fuego y jugaban, bailaban y gritaban hasta que los adultos los fueron juntando para llevarlos a sus hogares. La mujer se alejó por el sendero que la había traído, y ellos entraron en la choza y se durmieron sobre las ramas apenas apoyaron la cabeza.

Aún era de noche cuando Flores despertó y vio aquella silueta en la abertura. La oscuridad la recortaba con el reflejo de la luna. Por algo que nunca entendería, sabía de quién se trataba y de alguna manera había esperado que eso sucediera. La mujer lo llevó en la oscuridad por ese sendero hasta otra choza mejor construida con ramas, palos y barro. Entraron y se recostaron en el lecho. Su cuerpo blanco, pezones rosados. Pareció todo muy rápido y sin embargo la luz del alba rodeó la estancia cuando aún estaban abrazados. Le dio leche y miel, frutos de algarrobo y una pequeña vasija repleta de ellos, un recipiente con agua hecho de cuero y la barriga seca de algún animal y un pote de barro con el ungüento para que siguiera curando su herida. Lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le hizo un gesto señalando el camino hacia la tolдерía.

Los despidieron en la mañana, provistos de vituallas y agua. Los niños corrían alrededor del caballo tocando sus orejas y llamando al médico de una manera que los cristianos no podían entender, pero que a sus oídos sonaba grato. Dejaban atrás a los viejos reyes de una tierra cuyos súbditos no existían.

Eran sólo ellos y la naturaleza, y las reglas que ellos se fijaban para convivir y sobrevivir.

Fijaron rumbo hacia el horizonte. En la distancia se nublaba la visión por la luz del sol, y le daba al destino una impresión de sueño indefinido y extraño. Cabalgaron menos de una hora sin decir palabra, y no hubiera sido extraño si el médico no hubiera roto el silencio sin advertencias.

—Creo que el hombre tiene dos raíces —dijo—. Una es la que crece bajo el lugar donde nacemos, y cuando estamos lejos no deseamos otra cosa que volver. Nos da tristeza no saber qué sucede, pensando o esperando que ocurran las mismas cosas de cuando despertábamos allí. Y cuando volvemos nos decepcionamos al notar que la vida cambia todo y nunca nada sigue siendo como lo dejamos. Pero aun así, cuando decidimos irnos nuevamente, otra vez extrañamos. Creo que hay otra raíz, y está en el sitio en dónde dejamos algo a lo que estamos aferrados por la vida. Y se puede vivir con dos raíces y dos lugares. Cuando estamos en uno deseamos estar en el otro.

Le dijo también que él tenía la suerte de haber juntado a los dos: había nacido en Buenos Aires y allí vivía la mujer que había elegido. Y cuando terminara con su promesa, no podía volver a la guerra sin antes verla.

Flores lo miró. En sus gestos se asomaba cierta incomodidad que intentaba con sacrificio esconder. Bajó la vista y la mantuvo sobre sus pies y sobre el polvo que se levantaba entre las ortigas y los arbustos rastreros, hasta que la movió para mirar otra vez hacia delante.

Siguieron camino bajo el sol despiadado del mediodía, por llanuras donde la vegetación perdía altura y dejaba que el calor los aplanara. No había árboles sino en la distancia remota, y ése parecía ser el horizonte que perseguían, la sombra alivante de la arboleda. Hacia allí fijaron rumbo y marcharon mirando la punta de sus calzados, bolsas informes de cuero y yute por donde asomaban los dedos. Sintieron una frescura extraña que venía desde el aire, el color de la luz del día había cambiado y lo notaban en el reflejo y en la piel. El cielo se había cubierto por la vanguardia de una legión de nubes negras que arañaban con relámpagos la tierra que iban invadiendo. Se levantó el viento y lo que parecía un alivio fue volviéndose un abrazo violento de la llanura. El caballo se inquietó. Comenzaron a volar a su alrededor todo tipo de sargazos del campo, ramas marchitas, arbus-tos arrancados de raíz, pelos de algún animal muerto. Los rayos nacían del suelo y subían como advertencias demoníacas a la contemplación de las alturas. En medio ellos, viendo los sitios cargados de calor y electricidad desde donde habían crecido los impulsos de luz. Comenzaron a trotar con premura hasta el punto elegido. Se les abalanzó una cortina densa y gruesa de lluvia, las gotas repercutían en el cuero cabelludo como puñados de arena. Apenas podían ver su objetivo, cortina de tela gris rasgada por el viento. Llegaron al reparo cuando la tormenta mostraba su cenit de violencia. Crujían los troncos sobre ellos y los más débiles se mecían como muñecos de trapo entre el chaparrón. Ataron al animal en una raíz firme y se acurrucaron junto a él. Vaciaron los cuencos de alimentos sobre una de las alforjas y los utilizaron para recuperar el agua fresca. El médico siempre había soñado

con ver lobos, los conocía de sus lecturas y sabía que en su tierra no existían, y sin embargo creía verlos, grises y estáticos entre la lluvia. Sin el sol habían perdido la noción del tiempo, pero concluyeron en que hacía más de una hora que estaban allí abajo, esperando la llegada de la calma. Por momentos cesaba el castigo sobre la tierra, pero en segundos se desmoronaba otra carga más fuerte que la anterior. De pronto todo terminó. El paisaje tenía ahora un tono verde claro y brillante. De la humedad del suelo surgió una brisa de mariposas, miles de ellas, que rubricaban la tranquilidad de la pampa mojada. Tenían diferentes colores y volaban de a pares, danza maravillosa y sutil que empujaba a una sensación casi humana el ritual de su apareamiento. Otros sonidos ganaron el aire: trinos y el quejido de los árboles que se reacomodaban después del zarandeo, las gotas prendidas de las hojas que se dejaban caer. Cargaron el agua en los recipientes cerrados y continuaron el viaje. Rodearon los claros en donde el lodo les dificultaba el paso, muchos de ellos escondidos bajo una alfombra leve de pasto. Recordaron los esteros correntinos y los que atrasaban el avance por el suelo paraguayo, las ruedas de las carretas atrapadas en los camalotes o hundidas en el cieno del fondo. Las extensas marchas con el pantano hasta los tobillos, aterrados por lo que pudiera surgir de ese sótano barroso y vedado.

Cruzaron una loma y tras ella adivinaron en la lontananza un ombú que protegía del cielo a dos siluetas. Se detuvieron. Podían distinguir que estaban recostados, sólo ellos, abandonados por la historia en un planeta sin prójimos y sin porvenir. Fueron acercándose. Una nube de moscas los acosó hasta la

llegada. Zumbaban alrededor de sus oídos, se posaban en sus labios, en sus párpados. A veces escupían para desembarazarse de la sensación de tener alguna en la boca. Flores se detuvo con el caballo y el médico se acercó a ellos. Tenían el uniforme de las tropas de línea, masticado por el tiempo y la batalla. Todo en esos soldados había perdido el color: la ropa, el semblante, el cuadro que los rodeaba y que se granizaba con las moscas. Uno de ellos estaba acostado, era de raza negra y el color de su piel ya era verdoso. Tenía una herida profunda en el abdomen en donde la tela era más oscura. El otro estaba sentado contra el tronco y sollozaba y pedía agua, sin mirar a nadie, como en un ruego dirigido al mundo mismo, como si hubiera estado haciéndolo por años. Junto a la boca del cadáver había un charco de vómito y sangre. El médico corrió hasta el caballo y acercó agua. Le dio a beber. Después de hacerlo el hombre sollozante acercó el cuenco al muerto, derramando sobre la boca sin movimiento. El médico lo detuvo. Quiso explicarle algo que ya sabía pero de lo que no podía tomar conciencia. Estuvieron un buen rato sentados, hablando entre ellos, y Flores espantando a los insectos con la rienda del caballo, siempre a punto de gritarle a su compañero que debían seguir el viaje. El médico se acercó y le pidió que los ayudara a enterrarlo. Lo hicieron. Con palos gruesos y el cuchillo. Buscaron la tierra blanda y cavaron un pozo lo suficientemente profundo para el cuerpo, y no necesitaron cavar demasiado porque el difunto estaba consumido por el hambre y la pérdida de fluidos. Cubrieron con tierra y con hojas los despojos y esperaron a que el sobreviviente llorara al pie de la tumba, señalada con una cruz de la que colgaba un pequeño facón. El

llanto era desconsolado y apagado, con las manos sobre la cara ahogaba los gemidos. Nunca nadie supo qué vínculo tenían esos hombres porque jamás volvieron a hablar del aquel hombre enterrado, y lo dejaron atrás no sólo con sus pasos, sino también con la memoria. Flores aguardó a que el hombre —que después daría su nombre, Inmaculado— diera la espalda al sepulcro para robar el facón y guardarlo en su cintura. Caminaron los tres hasta el crepúsculo que ensangrentaba los costados del cielo, cayendo cada vez más en la oscuridad y dejando en medio de la cúpula y los márgenes un azul oscuro y traslúcido. Compartieron con Inmaculado los destinos, y él les contó algo de la historia que lo había llevado a ese paraje en la frontera entre Santa Fe y Córdoba, donde vio morir a su compañero de armas. Hicieron el fuego y comieron; bebieron el agua fresca de la lluvia, helada en las alturas. Apenas pudieron dormir secos contra el pie de unos árboles y el frío los apretó con violencia en la madrugada. Todos soñaron con algo relacionado al futuro de cada uno en esa épica y ninguno lo sabía. Si el hombre hubiera aprendido la alquimia de entender los sueños, cada uno hubiera tomado un camino diferente, alguno para no perder más tiempo, otro para alargar el suyo y el último hubiera perdido las certezas, que en el salto de cubilete de aquel momento le habían tocado.

Inmaculado y su compañero, Nazario, habían escapado de Estero Bellaco. Ambos pertenecían al ejército de línea con asentamiento en un fuerte cordobés. Al segundo lo habían enviado a la frontera por matrero y quizá por el color de su piel. Al primero jamás le dijeron por qué. Cuando escaparon los persiguió una escuadra, pero era demasiado trabajo buscarlos durante días y en medio de la movilización de tropas. Cruzaron el río y los dejaron escapar, sin comida ni agua. Habían perdido los caballos en la orilla; en realidad no se habían animado a cruzarlos por miedo a que se ahogaran. Sobrevivieron bebiendo cuánta agua encontraron. También habían caminado por la noche para evitar el calor y conservar más líquido. Durante el día aguardaban a la sombra o en la vera de algún río o arroyo. Se toparon con un rancho habitado por una mujer y tres niños. La mujer negociaba con los salvajes, cambiaba presas de caza por caña. Les dio techo una noche y ellos optaron por quedarse. El hombre de aquella tapera estaba en la guerra. La mujer se aquerenció con Nazario y estuvieron allí varios días hasta que ella, en una demencia sobrevenida e incontenible, les pidió que se fueran porque presentía el regreso de su marido. Los delató a los salvajes y les pidió que los echaran de su

rancho. Tuvieron que escapar de noche, otra vez sin alimentos y sin agua. Durante la huída los salvajes les dieron alcance pero pudieron escabullirse en la oscuridad, no sin antes recibir una lluvia de flechazos; una alcanzó a Nazario. Luego el desierto los fue devorando. Con las lluvias intermitentes podían hidratarse, pero tenían el estómago vacío. Cuando ya no pudieron más, comenzaron a probar raíces. El herido había perdido mucha sangre. Trataba de succionar el jugo de las plantas, cualquier tallo que arrancaba y que a la vista parecía jugoso. Murió desangrado y envenenado. Se retorció de dolor y en el delirio evocaba una tierra cercana al mar, decía que podía oler la sal y los pescados que la marea había desparramado en la playa.

No dijo más que eso. Fue en la primera mañana de los tres. El relato fue la firma de un pacto de voluntades entre ellos y siguieron caminando a cumplir la promesa de uno que ya era de todos.

Al momento del descanso, primero bebía el caballo; si él moría, parecía perder sentido aquel viaje. El alimento fue esca-seando al tercer día de marcha. El terreno comenzaba a ondularse; lejos podían verse las primeras montañas pequeñas, el anuncio de una cadena imponente y la oportunidad del agua cristalina que bajaba de los manantiales y de los frutos dulces que crecían cerca de esa humedad. En un valle cercado por un río y por colinas verdosas, un pueblo se levantaba en la planicie roja. Las casas de barro estaban hechas con la misma tierra, ampollas de la piel del suelo. No eran salvajes. Dos jinetes fueron a su encuentro y los invitaron a llegar. Tanto los hombres como las mujeres se protegían del sol con mantas blancas en la cabeza y en todo el

cuerpo. A ellos les daba la idea de calor y ahogo no ver ningún resquicio de piel al descubierto. Un hombre los recibió con sonrisas. Su nombre era Rahim y parecía ser el jefe. Compartieron una ronda bajo una tienda sostenida por troncos y cubierta por una tela blanca, igual a la que utilizaban para cubrirse. Allí estaba fresco. Les sirvieron en unas vasijas un líquido transparente que al mezclarse con el agua tomaba el color de la leche. Era refrescante y tenía el gusto del anís. También una carne de ternero que cortaban en lonjas finas y cocinaban sobre un espeto. Contaron sus historias y Rahim oyó atentamente. Cuando la ocasión se lo permitía, intentaba distender con bromas procaces o comentarios siempre referidos al sexo o las mujeres. La bebida los había puesto de buen humor y se encontraron relajados y cómodos. Vieron a Inmaculado sonreír por primera vez. Una joven servía unos frutos dulces a los que había que quitarles una cáscara dura y marrón, como si fuera un papel grueso. Era hermosa. Tenía una nariz pequeña y un hoyuelo en el mentón. Sus ojos eran violetas. Pertenecían todos ellos a un pueblo del desierto y habían llegado en barco desde el norte del África. Buscaban una ciudad donde asentarse. Eran tenderos y artistas, y en viaje también aceptaban el trueque, porque era muy difícil conseguir monedas o valores por esos caminos. El médico les dijo que necesitaban caballos, alimentos y ropa. Les dijo que no tenían mucho con qué pagar, pero que si ellos aceptaban él firmaría un pagaré que podían cobrar en Buenos Aires, o podían quedarse unos días entre ellos y él ofrecería sus servicios médicos. Rahim dijo que nada de eso le interesaba. Les dieron alimentos y agua. La juntaban también de la lluvia, pero en grandes recipientes

hechos de madera y revestidos con resina. Los caballos que necesitaban eran muy caros y no tenían con qué pagar el precio que les pedían.

Mientras hablaban, Flores limpió su herida con un trapo húmedo y sacó el pote de ungüento que le había obsequiado la mujer rubia. Hizo otra aplicación. La herida ya estaba cicatrizando y sólo era cascarilla rodeada de una aureola rosada. Rahim le ofreció mantas y telas por ese ungüento curativo y aceptaron. Las mantas eran suaves y parecían estar mojadas por su frescura. Apenas rozaban la piel. Ya era de noche y decidieron quedarse cerca de la aldea a esperar el amanecer. Las mantas también los defendían del frío nocturno.

Cuando encendieron el fogón los visitó Rahim y volvieron a beber. Les habló de una tierra de infinita arena, de mujeres cuya belleza impactaba a los hombres y los hacía morir o enloquecer. Hubo lágrimas en sus mejillas cuando hablaba de eso. El alcohol provocó al médico y habló de alguien que lo esperaba: Concepción. Entonces hubo entre ellos un clima fingido de incomodidad y silencio, de no querer llegar más allá del terreno pedregoso del corazón de los hombres. Sólo Rahim dejó caer una mano en el hombro del médico e hizo un chiste sobre cómo todos habían mirado a aquella mujer de los ojos violeta. Era una de sus esposas y, sin embargo, dijo haber disfrutado el deseo y la sorpresa de los demás al mirarla. Todos rieron. Luego fueron a dormir y cuando despuntó el día ya estaban en camino a un lugar en donde podían procurar caballos salvajes, según les había indicado su anfitrión. Si lograban conseguir dos caballos el médico montaría al del Solitario y llegarían más rápido.

Inmaculado ya sabía lo de la promesa, y sospechaba también las razones por las cuales el médico tenía que llegar a Buenos Aires, pero no había nada claro con respecto a Flores. El médico tampoco lo sabía e intuía que era un mandato de la sangre, aquellas cosas que no pueden postergarse porque sin su resolución la vida es imposible. Aquellas cosas que nacen del odio o de la incertidumbre.

Habían caminado toda la noche y la luna había sido apenas una pluma fina entre la salpicadura de los astros. Lo único que podían ver con claridad era algo del camino que construían al andar y sobre ellos el lienzo manchado de plata y de fuego. Por eso al alba los sorprendieron los gigantes de piedra y monte que se erguían sobre la falda de la tierra, monstruos milenarios dueños de todo, alternando en sus lomos hileras de árboles en equilibrio y roca. En el tajo de una de las montañas caía una cascada como cordón esmeralda y se perdía a unos metros de sus miradas. Intuyeron el lago donde rompía la caída y hacia allí se dirigieron, entre zarzas y arbustos de mora que rodeaban pequeños arroyos de agua cristalina, tal como lo habían deseado. Engordaron las raciones con los frutos y cargaron agua. Parecía no ser novedoso para el médico y para Inmaculado aquel valle de dioses; sí para Flores, que abría los ojos hasta su límite, pupilas de felino en cacería nocturna. Orillas del estanque de arena y cantos rodados, y hacia afuera paredes de helechos y sauces, cabellos mojados sobre la cara del viento. Por los resquicios de la frondosidad rezumaban halos de luz que imponían el brillo de la mica bajo el agua. Se desnudaron y se sumergieron. Salieron a

secarse al sol y volvieron a nadar, una y otra vez, quizá por horas. Comieron los últimos frutos de algarrobo y moras de la cosecha reciente. Costearon el lago y se dirigieron al oeste, buscando un camino entre las montañas que los llevara a las espaldas de los gigantes. Bordeaban laderas y subían por senderos sinuosos que parecían sólo dar vueltas sobre sí mismos. En uno de esos giros se cruzaron con un hombre que montaba una mula en dirección contraria. Le preguntaron por el camino y se ofreció a guiarlos. Flores lo miró a los ojos y aceptó sin consultar, como si en la profundidad de aquella mirada pudiera haber adivinado las intenciones y los motivos, el pasado y cada uno de los hechos que habían llevado a ese extraño a cruzarlos en su destino. Prosiguieron entre senderos estrechos desde donde comenzaron a ver la legión de sierras que ocupaban el valle, país de minerales y de hombres pequeños en la inmortalidad de su entorno. El caballo se mostró nervioso por la proximidad del abismo. Entonces el baqueano le vendó los ojos con una tela y le dio la mula al médico para hacerse cargo del animal. Abrazó todo el camino su cuello y le habló despacio, con los labios casi rozando las orejas que a veces sacudía. Ladearon la montaña y dejaron abajo la vegetación para bordear sólo piedra y precipicio, y desde allí veían incrédulos los ríos y los valles por los que habían cruzado hacia unas horas y las nubes que los rodeaban. Inmaculado pensaba que podía decir en cualquier lado que había caminado entre las nubes y no sería falso, y nada de lo que les sucedería en los días siguientes lo sería, aunque todo al final de sus vidas se perdiera en el mito y en el recuerdo construido en el deseo y la nostalgia.

Iniciaron el descenso también en círculos. Al pie de la cadena que habían remontado se despidieron del baqueano y le convidaron con moras y agua. Ya casi no tenían provisiones y eso los empezaba a molestar. Pero delante de ellos se abrió otro paraíso, una llanura cercada por sus espaldas y dos grandes montes que se veían inmensos, aun en el horizonte. La llanura estaba dibujada por dos ríos que corrían paralelos, uno caudaloso y ancho y el otro un corredor de agua clara y pura. El baqueano les dijo que en el río ancho podían chucear peces que dormían entre las rocas, que así habían hecho los hombres nacidos en esa tierra en los albores. Aunque el médico y Flores ya se imaginaban cómo hacerlo. El baqueano describió el palo grueso pelado con el cuchillo y la punta afilada con el mismo, y el silencio y la posición aterida del cuerpo, atento y paciente, y la estocada firme y seca para prender la carne. Les indicó también el rumbo que él creía conducía al lugar que había descrito el Solitario.

Siguieron andando y otra tormenta los sorprendió en medio del camino hacia las dos montañas. Descansaron en una cueva al costado del río ancho. Después de unas horas, cuando la luz agonizaba en el oeste, sintieron un tronar constante y siniestro que no podía ser un trueno ni una explosión provocada por el hombre, grito grave y gutural de la tierra, trompetas del Apocalipsis. Flores notó que el caudal había subido hasta inundar el umbral de la cueva. El caballo que estaba atado afuera ya tenía el río acariciando sus patas. Pudieron escapar y subir una pendiente para ver una avalancha de piedras y troncos que arrasaba con el lecho. Llevaba paredes de barro que habrían sido de un hogar, animales que asomaban el cuello con desesperación y otros ya ahogados, plantas y ramas como si el monte se trasladara por la llanura encima del río. Cesó la lluvia pero la noche cubierta y sin luna no les dejó guiarse por las estrellas. Ni las mantas que les había dado Rahim ni el fuego pudieron mitigar el dolor del frío. Decidieron caminar, aún desorientados, para no congelarse. Se alejaron del litoral e intentaron recordar el mapa que habían trazado en sus cabezas. Cuando llegó la luz estaban rodeados por la niebla. Alcanzaban a ver sólo sus manos estirando los brazos

hasta la tensión de los músculos. Siguieron avanzando a ciegas hasta el mediodía, con pocas horas de sueño. Notaron otra frondosidad y, en medio de ella, un camino de tierra apisonada, que se perdía más allá de lo que podrían ver si hubiera estado despejado. Presintieron que habían dado con un camino oficial. Era un riesgo seguir por allí, pero debían retomar la dirección. Estaban perdidos. Caminaron despacio y se detuvieron cuando alguno de los tres creyó escuchar galopes o cuando el caballo se sobresaltó con alguna presencia extraña. En un momento el repicar de los cascos que provenía de la niebla fue inconfundible. Se apartaron y escondieron entre los árboles. Flores se aferró del caballo, con manos y piernas, y logró tumbarlo y tranquilizarlo contra un colchón de hojas. Era una partida. Llevaban lanzas y fusiles de chispa cruzados en las monturas, como si estuvieran dispuestos al combate. Uno de ellos arrastraba con una soga el cuerpo de un salvaje, lacerado y desmembrado como si lo hubieran paseado por las rocas de toda la extensión. El barro y la calina no dejaban revelar ningún semblante humano. Esperaron a que se desvanecieran en el silencio imantado del bosque y se incorporaron, pero no continuaron por allí, sino que improvisaron otro sendero perpendicular a su escondite, buscando agujeros de claridad en la bruma. Como si la tierra hubiera hecho erupción de su propia materia se levantó ante ellos un cerro enorme de tierra roja y rocas del mismo color. Se acercaron y Flores trepó unos pies por la ladera para intentar ubicar las dos montañas, pero ya no estaba a su alcance. La niebla se diluía en los valles y se llevaba con ella todo el paisaje que habían memorizado. Borearon el cerro y llegaron a un poblado. En el trayecto hasta el caserío breve,

muchas de las piedras tenían pinturas de los hombres allí nacidos antaño, pájaros de alas extendidas, cascos españoles y jinetes a caballo. Se acercaron a una pulpería en la que no había nadie. Las copas estaban húmedas de caña y una pava humeaba entre dos palos, como si la bruma también se hubiera llevado a todos los parroquianos.

Escucharon un griterío atrás del poblado, donde el cerro daba su vuelta circundado por un río rápido de aguas transparentes. Ataron el caballo y se dirigieron hacia el gentío, porque los gritos eran dramáticos y supusieron que la presencia de ellos allí era necesaria. Siguieron un camino entre hierba que cruzaba sobre un punte de troncos, por encima de un brazo de agua que corría con fuerza, acaso por el envión del río brioso que circulaba cerca de aquel cerro. No avanzaron demasiado hasta llegar a un pequeño espacio rocoso, rodeado de bosque y cañaverales, y allí estaba también toda la gente, reunida alrededor de un bulto que no podían distinguir desde afuera del círculo, ritual pagano de lamentos secretos. Las mujeres lloraban y los hombres observaban adustos el cuerpo de una niña que yacía sobre una piedra, pálido y triste. El cuello de la pequeña estaba rasguñado violentamente, y por las heridas hendidas en la carne se veían venas y músculos. Algunos estaban armados y uno de ellos, parado sobre un tronco seco que cruzaba el círculo, relataba su versión de los hechos. Señalaba vacilante un hueco en el bosque por donde, según él, la bestia había entrado, y miraba acusador a los padres de la criatura e imaginaba en voz alta una noche cerrada

por la que había caminado la niña para juntar leña. Luego puso precio al cuero del león: dos caballos y todo lo que se pudiera beber en el boliche por dos semanas. Los chivos que el león había devorado y los que podría llegar a cazar sumaban mucho más que eso. Nadie contestó el convite. Guardaron silencio mientras las mujeres cubrían con un tejido el cadáver. Entonces Flores levantó la mano y se ofreció, soportando la mirada acusadora del médico y de Inmaculado, que no entendían de qué forma iban a lograrlo. A los tres los tentó la idea de los caballos. Pero después del coraje de Flores, ver a todos atentos a ellos, ofreciendo ayuda y armas, los enfrentó con la médula de otra promesa, acaso más compleja e imposible que la primera. Flores los apartó y les dijo que él sabía cómo hacerlo, que era la oportunidad de conseguir los caballos y acortar el viaje. No se convencieron pero ya estaba la moneda en el aire. Fueron hasta la pulpería y tomaron dos carabinas máuser, lámparas, una soga y dos botellas de caña. Les contaron que la bestia mataba de noche; ya había diezmado el ganado del poblado y matado a la niña y a dos mujeres del pueblo de Quenoalichaba. Decían que era inmenso, que parado en dos patas era más alto que un hombre fornido y las garras partían troncos de un golpe.

Aún el sol asomaba por los filos irregulares de las montañas y decidieron estudiar el terreno antes del anochecer. Siguieron el curso del río hasta llegar a un codo del barranco, el cauce corría en un cañadón pero el terreno del valle apenas llegaba a unos pies de altura contra el cerro. Querían ver desde lo alto el territorio y las posibles cuevas donde podría guarecerse el animal. Hallaron un sendero angosto que subía hacia la cima.

La limpieza del espacio indicaba que era transitado. Por debajo, los pobladores miraban el avance del grupo. El médico trepaba las rocas donde no había sendero. Casi en la cima todo era pendiente y sólo había tallos de donde aprehenderse, y mientras ascendía intentaba imaginar la forma en la que Flores pensaba matar al puma. Llegó lo más alto que pudo. Veían desde allí todo el valle, el río que cruzaba el poblado y se perdía en el tumulto de un monte, herida plateada de cuchillo ancestral. Junto a ellos, entre dos rocas del tamaño de una carreta, los grandes pájaros que habían visto retratados en las pictografías giraban y caían sobre una carroña en el fondo del cañón. Se lanzaban sobre las corrientes de aire y desplegaban las alas para planear. Quizá les llegaban a la cintura; sus rostros eran maléficos y desconfiados, y eso pensaban ellos sin saber que esos semblantes eran privativos de su propia especie. A la tarde siguiente, Quenoalichaba les daría un nuevo nombre para cada uno de esos animales, una nueva dimensión sensorial a la búsqueda de la crueldad y la entrega de los seres vivos, que no estaría en la presa sino en el interior del cazador. Y esos pájaros negros se llamarían jotes, y no serían los que planeaban sobre sus cabezas esa tarde en el gran cerro ni la representación gráfica de un espíritu lindante con el corazón de la naturaleza, sino ese mismo espíritu.

No encontraron con la vista ninguna cueva y decidieron tender la emboscada cerca del río, en el codo. Cuando bajaron y contaron sus intenciones a los pobladores, decidieron posponer la cacería un día para poder hablar primero con el jefe del pueblo lindero que habitaba tras las piedras. Compartían el valle y todas las decisiones sobre él se conversaban. Los hombres en

la pulpería decían que eran la última gran familia de una raza que había resistido a los españoles hasta los últimos alientos, lo decían con cierta simpatía porque las diferencias entre ellos habían cesado hacía ya mucho tiempo. Durmieron dentro de la pulpería después de comer una carbonada regada con caña y agua. Lechuzas jaspeadas arrullaban el tiempo y las aguas por detrás de aquellas paredes delgadas también acariciaban los oídos, brisa eterna y tranquila en el corazón de la música.

A la mañana siguiente fueron a las tolderías. Siguieron el curso espejado hacia el cerro y en medio de la soledad desviaron por un sendero hacia el este. Tras el monte comenzaban las tiendas que levantaban sobre pozos en la piedra y para entrar a ellas había que bajar. Por dentro eran frescas y en la noche los protegía del viento. Todo lo hacían en la piedra: los morteros, las pinturas, los espacios para guardar los utensilios. Los recibió Quenoalichaba con aires formales, corpulento y con una barba abundante sobre la cara. Su vestimenta era tejida y colorida, y colgaban de él dijes sobrios y bellos. Todos estaban así vestidos. Los invitaron a sentarse en el espacio rodeado por las tiendas, sobre un acolchado de cueros y hojas que perfumaban la estancia. Les dio la bienvenida en español como si hubiera aprendido esa fórmula, pero después continuó hablando en esa lengua. Dijo que creía conocer el motivo de la visita y comenzó a hablar en una dimensión que no pudieron entender sino hasta un día después, cuando aquella cacería terminaría de una forma que jamás hubieran esperado. Dijo que el puma era uno y era todos, y matarlo era quitar una parte de algo. Pero llegaría un día en que se terminarían las piezas dispersas de los animales, del cerro y de ellos

mismos. Ellos también eran uno y todos. Él también había sido Quenoalichaba en otro tiempo y volvía a serlo, y dijo la palabra *tiempo* como si compartieran ese concepto, y, sin embargo, sospechaban que no era así.

Flores habló con cierto resentimiento, acaso precisaba convencerse de lo que harían.

—Una niña murió —dijo—. Esa bestia despedazó a una niña y va a seguir haciéndolo. Hay que terminar con eso.

El jefe de aquellos hombres y mujeres lo miró fijamente, en la mirada y en el semblante algo cambió, la barba pareció más oscura y él más anciano, como si el silencio lo hubiera empujado a una vejez más sabia y sentida. Como si aprender aquella lengua para comunicarse con aquellos que les quitarían sus tierras y sus animales, la autoridad sobre ellos y sobre la libertad de la naturaleza, hubiera sido en vano para ese momento preciso. Preguntó cómo harían para cazarlo y el médico e Inmaculado miraron a Flores porque era el único que pretendía saber lo que harían. Dijo que atarían a un árbol un animal para tentarlo, y cuando lo escucharan o lo vieran prenderían fuego alrededor para cercarlo. Lo habían visto hacía unos días y lo repetían como si hubieran heredado esa costumbre de sus antepasados. Quenoalichaba asintió. Hubo un silencio calmo y sirvió como prueba del favor de aquellos hombres. Llamó en su lengua a una mujer y ella le alcanzó unas hierbas envueltas en un trapo. Vertió el fruto del cebil en un mortero e hizo polvo, que mezcló con otras semillas y lo consumió. Pasó la pócima entre los invitados y todos lo consumieron. Se recostaron en el acolchado y conversaron. Nadie supo jamás qué se dijeron, pero aquello quedaría fundido en

la memoria del lugar y en sus memorias, y quienes veían desde afuera del círculo sintieron la cercanía de esas vidas como algo lógico e inevitable.

El médico percibió que las voces que cruzaban en el círculo se apagaban con dulzura en el ensueño, y cerró los ojos y no había oscuridad, sino una tarde de luz solar que no quemaba ni enfriaba, escaleras de selva aterciopelada que conducían al cerro. Los jotes caían en formación hasta la carroña de los muertos de Curupaytí, y supo que eran esos muertos porque veía banderas y cañones e insignias deshilachadas. Dejó de mirar al precipicio, o quizá fue el mismo sueño el que decidió que no mirara más hacia allí. Cuando volvió en busca del sendero para bajar, estaba el puma esperándolo. Recostado indolente, con la cabeza entre las patas, color arena, observando el lugar que era de él aunque fuera el sueño de otro. Intentó acercarse y el puma rugió incorporándose y le dio la espalda. Fue un desprecio y él lo sintió así. Abrió los ojos y todos estaban adormecidos. Cada uno en ese mismo sueño, si es que Quenoalichaba tenía razón.

Flores caminaba por el río y el agua helada aliviaba la herida en su tobillo. También un brillo vestía de plata la vegetación que lo circundaba, los hilos de oro rezumaban por el techo de ramas. Y como aquella noche en la que vio la silueta en la puerta de la choza, sabía que la encontraría y allí estaba, mojando los pies blancos y diminutos, recibiendo su presencia con la mirada azul, azul profundo y honesto acariciando el pasado, el presente y el futuro.

Volvieron al poblado caída la tarde con una extraña sensación del paso de las horas, tiempo fuera del tiempo y espacio construido en otros mundos. Comieron, bebieron y tomaron el

equipo que habían preparado para la cacería, todo en silencio y encargándose las tareas con señas. No había nubes y la luna volvía a ser llena y prometía un escenario visible. Improvisaron un vivac en el sitio elegido y ataron a la chiva a un pequeño árbol cercano, a cuarenta pasos de su posición. Esperaron atentos los sonidos, y lo que esperaban era el balido desesperado del señuelo que sonaría como una alarma. El médico observaba el monte, el cerro que se erguía sobre ellos como un gigante a punto de aplastarlos, y trataba de imaginar cuánto tiempo había estado allí, testigo del nacimiento y la extinción de tantos hombres, mujeres y animales. De tantas lunas, tantos soles y lluvias.

No llegaban cartas para Flores en el campamento de Tuyutí. Él prefería que no, acaso porque las cartas nunca llegaban cuando la tropa se movilizaba, y desde que habían cruzado el río hacia el Paraguay no habían cesado de moverse. Quizá algo sospechaba y prefería la ceguera, como si así pudiera cubrir con un manto de piedad el recuerdo de su hogar. Flores era un hombre de guerra sin quererlo, porque hay hombres que aman la guerra, que la creen la materia misma de su esencia y deben permanecer en ella o en las cosas que acercan los mismos resultados. No era su caso. Quizá no recordaba cuándo había usado por primera vez un uniforme; no le importaba. El ejército lo había adoptado y las costumbres de la vida marcial eran un hábitat inconsciente, un oficio sin pasión ni dudas. Había nacido en el norte y fue de las huestes de Quiroga hasta Barranca Yaco. Las lealtades tampoco lo motivaban. Después de Pavón se afincó en Buenos Aires, en un periodo de descanso entre conflictos. En ese nuevo hogar conoció a una mujer en el almacén de un español para el que trabajaba como dependiente; su primer empleo fuera de las armas. Llegó la niña sin esperarla, como solía llegar todo a sus espaldas. Nada ni nadie habían bendecido la unión, y la criatura parecía ser

solo una pieza más en el andamiaje caótico del conjunto. Cuando el Paraguay invadió Corrientes y Mitre dijo que en dos meses iban a estar en la Asunción, hizo lo posible para estar allí, lobo que oye el aullido inapelable de su hembra. Lo posible fue que uno de los hijos del español renunció a la guerra escondiendo el miedo con una enfermedad, y él fue su personero. Marchó con la Guardia Nacional pero en Boquerón se fundió en su vieja compañía del ejército de línea, con la que había estado en Junín.

Antes de Curupaytí se acercó uno de sus viejos compañeros de armas. Hablaron. Se enteró de algo. El sino de un odio anterior, extraño a esa confesión, le recordó cómo era odiar. Y lo hizo con todo su cuerpo y entendimiento, como hacía todo cuando se decidía. Desde ese momento determinó que pelearía la batalla sólo para que no notaran su ausencia, que sobreviviría matando, tan sólo por matar, por cancelar cualquier obstáculo que le impidiera volver, y después retornaría a Buenos Aires a arreglar cuentas sin importar las consecuencias. Y las consecuencias no lo desvelaban, ni siquiera las imaginaba. Estaba concentrado en el hecho que debía suceder a su llegada al almacén, y todo lo que ocurriera después era otro nudo en el lazo. Sentado en el vivac, acechando al puma y en la multitud de pensamientos que provoca la espera, ya no podía concentrarse en aquello como hubiera querido; algo hacía interferencia. No era el encuentro con la fiera, sino una marea de elucubraciones que le impedía continuar, algo incorpóreo y potente que no podía matar como a lo demás.

Rodearon con aceite al señuelo en una circunferencia que abarcaba un radio de cien pasos. Inmaculado, sentado en una

piedra, custodiaba el lado sur con la lámpara escondida para no alertar al puma. Lo mismo hacía en el opuesto el médico y si coordinaban, el fuego cerraría el cerco en segundos y daría tiempo a Flores, para disparar sobre la bestia. Éste iba de un puesto al otro con el fusil en la mano, hablando con cada uno de ellos, inquieto y verborrágico, como si fuera el mismo puma acorralado por las llamas y buscando el resquicio para huir. Inmaculado abrazaba su pecho con el poncho, un frío nuevo para su memoria. Junto a Flores, oían e imaginaban el río, susurro plateado del agua entre los helechos. Hablaron de eso, de cómo eran las orillas en sendas tierras, el color y la textura de los cimientos. Inmaculado miró hacia el origen del rumor fluvial.

—Deberíamos poder respirar bajo el agua —dijo—, entrar despacio, sin miedo, hasta que nos cubra. Abrir la boca, la nariz, dejar que entre y nos llene los pulmones, que el cuerpo recuerde que alguna vez estuvimos viviendo en el agua, moviéndonos y latiendo. Va a arder un poco, apenas una sensación de ahogo y después se va a meter en la sangre, como el aire, y de la sangre vamos a ir tomando su oxígeno. Ya enterados vamos a ir eligiendo ese alimento hasta que ya no exista diferencia entre esto y aquello, no más que el nuevo paisaje del fondo de un río. ¿Serán como yo me los imagino los fondos de un río?

Los dos lo imaginaron, quizá con la luz del sol multiplicándose en prisma por la superficie y llegando a cada rincón entre algas y arena, los peces nadando con ellos, rodeando su asombro. El horror que arrastraba el hombre por las profundidades y el tiempo para confirmarlo o desecharlo.

El médico, en cambio, trataba de reconstruir en su mente la cara de Concepción. Lo hacía con método, primero el cabello, rodete castaño claro y apenas algunos mechones cayendo sobre la sonrisa, y la sonrisa ya estaba instalada bajo la nariz pequeña, los ojos marrones rodeados de pecas, disparando esa mirada que batía en su permanencia y su forma los límites imperceptibles de la audacia. Y no el cuerpo, no el cuerpo sin vestido, sin interiores, la piel al filo de la tarde y los rayos entrecortados por la cortina. No eso porque lastimaba, lo lastimaban el recuerdo y la ausencia.

Horas después de esos pensamientos luchaban contra el sueño. La rutina de la dilación los había relajado y todos los sonidos comenzaron a juntarse en un cuerpo sin contrastes. El balido quebró la quietud, vidrio roto en el silencio de una mañana. Se miraron para oír la insistencia del animal, que ya gritaba con desesperación al no poder librarse de la cuerda. El rugido confirmó la presencia, y sólo pudo verse un envión recto y veloz que cruzó los cardos y las cañas, quebrándolo todo a su paso. Acercaron la mecha encendida de las lámparas al reguero de aceite, pero en la oscuridad no podían acertar a la línea, y tanteaban con las palmas los sitios de la gramilla que estaban húmedos. No encendían. Tardaron unos segundos, pero el tiempo perdió forma en la experiencia y cuando lograron prender sólo una parte del círculo, tenían la sensación de que lo habían intentado por horas. Inmaculado fue hasta el puesto a buscar el segundo máuser y volvió a su posición desde donde podía ver a Flores cerca de la chiva, que daba chillidos espeluznantes anunciando a la fiera. No podían ver al puma. No sabían si estaba ya dentro del círculo que iba cerrándose con ellos adentro, o si estaba fuera, burlándose

de los tres hombres atrapados en el fuego con el señuelo, a merced de su acecho. No podían acordar qué hacer, cada uno siguió parado en donde estaba, gritándose si podían ver algo. El médico se acercó a Flores y le dijo que se alejaran de la chiva, que si el puma estaba dentro del círculo, no se acercaría mientras ellos estuvieran allí. Se alejaron unos pasos y se guarecieron tras unos arbustos. El fuego iba alejándose del centro y ya formaba un círculo enorme que daba mayor espacio de maniobra. El primero que presintió algo fue el médico: un escalofrío, un regreso a ese sueño narcótico, acaso con otros colores y otros ritmos. No quería darse vuelta porque de alguna manera sabía qué iba a encontrar a sus espaldas. Y sin embargo, lo hizo, y allí estaba, con las patas delanteras recostadas sobre el piso y la cabeza sostenida por ellas, las pupilas dilatadas y meneando levemente la parte trasera. Comenzó a gruñir y Flores también lo enfrentó, pero ambos estaban petrificados, a merced del felino, como si aquella mirada fija y penetrante fuera también un arma para inmovilizar a sus presas. No pudieron reaccionar, había algo maravilloso y sagrado en el movimiento y el gesto, una belleza indómita y definitiva. Comenzó a temblar y después a acercarse, listo ya para dar el salto, cuando oyeron un estampido que provenía de un costado de la escena, y el relámpago de chispas iluminó brevemente sus caras y la tierra. Inmaculado había disparado. La fiera salió despedida hacia la oscuridad y oyeron en el chasquido de las cañas y las plantas que se alejaba. El disparo alertó a los pobladores que se fueron reuniendo al pie del cerro, esperando el resultado de la expedición.

Volvieron sin hablar, oyendo al gentío que los recibió con indiferencia. Ya había dos baqueanos que habían aceptado la posta del desafío y entonces nadie les ofreció otro intento. Les quitaron los fusiles, las sogas y las lámparas, como si fueran cadetes degradados de un ejército de aprendices. Esos dos hombres que los reemplazaban tendrían una segunda oportunidad después de no dar con el puma el primer día. Y en esa segunda chance lo acorralarían en una cueva de la ladera empinada, y los dos morirían; uno por las heridas del ataque, pecho y tráquea desgarrados, y el otro cayendo al vacío. El puma se extinguiría a la tarde siguiente, desangrado por los agujeros de bala, y en el futuro vendrían otros animales y otros hombres a surcar ese valle, a probar la misma sangre y a engrosar esa cadena única de tiempo y seres.

No hubo despedidas esta vez. Bajaron por un juncal sin rumbo y, a mitad del camino de salida de aquel lugar, abrevaron el caballo y lo dejaron alimentarse con la hierba fresca que crecía en los zócalos naturales. Inmaculado tomó una tacuara y con el cuchillo del médico sacó punta a uno de los extremos. Caminó con sigilo entre las piedras para encontrar el sueño de algún pez. Dormían en los diminutos lagos que se formaban en los huecos de las grandes piedras, a salvo de la corriente. Después de varios intentos logró capturar a uno de tamaño medio. El segundo era enorme y el peso doblaba la caña. Flores prendió el fuego frotando dos maderas secas. Con las mismas cañas construyeron un travesaño y sobre los dos parantes el transversal con la pesca suspendida sobre el calor. Extrañaban el tabaco y hablaron de eso y del vino y de la comida decente. Agregaron sal a los pescados cocidos y comieron con fruición. La carne se deshacía del espinazo, blanca y con un agradable gusto salvaje. Antes de caer la noche, chuzaron dos pescados más y los cocieron para llevarlos; quizá aguantaran hasta el mediodía siguiente, ya lejos del río. El médico hizo lugar en las alforjas para guardar el alimento; descartó sobres vacíos o mojados, hojas secas y trapos usados y

podridos. Extrajo también un cuaderno de cuero del cual arrancó las hojas y conservó el forro. Las tiró a un costado, entre los junco, sabiendo que ninguno de sus compañeros sabía leer para revelar lo escrito. En el diario se leía una muy pequeña parte de la vida de ese hombre, pero justo la porción en la que muchas cosas habían cambiado.

Vieron otra vez los dos montes después de un largo trecho y por la disposición del ocaso supieron por dónde debían continuar en la mañana. En la fogata que los abrigó pasaron entre sus manos una pipa hecha de caña y probaron fumar varias hierbas que habían secado, esperando encontrar en alguna un remedo de cigarro. Tosieron y rieron, y en medio de la ceremonia Flores recordó el sueño sobre el brazo cristalino, y preguntó qué habían soñado los demás. El médico contó aquello del puma y, cuando llegó el turno de Inmaculado, éste habló de un viñedo riojano en el que había trabajado su padre y luego él desde niño, una canaleta de madera que bajaba desde un cerro andino, por donde corría el agua del deshielo que alimentaba la vid. Y dijo que si había soñado con eso, era porque volvería a verlo.

Cuando comenzaron a llamar a las armas, todos sus amigos y colegas se alistaron en la Guardia Nacional. Hombres de letras, profesionales y comerciantes, individuos de buen pasar que necesitaban probar su hombría en la guerra sin saber muy bien qué llevaban hacia allí y qué traerían, si es que el destino les permitía volver, vestir el uniforme de la patria, ver la bandera flamear en territorio enemigo. Se habían acostumbrado a la sangre sin conocer su color ni el vaivén siniestro que sufre el cuerpo cuando es abandonado por ella. Él sí sabía del dolor; entonces, sentía cierta superioridad sobre sus pares.

Armaron el cuerpo médico con elementos de las principales ciudades, algunos practicantes para completar la cantidad necesaria. Y como todas las cosas que se llevan adelante, hubo primero un dibujo difuso y favorecido en la mente de alguien y después en el plano de los hechos fueron, como siempre, distintas. La bandera no era lo suficientemente larga para envolver las heridas de todos, los agujeros dentados que hacía la metralla en la carne de los soldados. Y llegó Pehuajó, Estero Bellaco, Boquerón. Llegó Curupaytí, y los caranchos cenaron el sueño de los otros, los que en Buenos Aires o en las tiendas de

la oficialidad habían decidido quiénes sí y quiénes no. Y cuántos habían pasado por sus manos hasta aquél hombre al que le hizo la promesa. Cuántos habían dejado el último suspiro frente a él, cuántas caras, cuántos ojos vidriosos y opacos segundos después, cuántas pieles como día nublado, cuántos gestos de ausencia fugaz antes de ver el misterio. Los días previos al escape ya no sentía el uniforme, no había nada que lo identificara, que lo abrigara, que lo encerrara en aquellas ideas que lo habían impulsado a cruzar el río en busca de la gloria. Y no había matado. “Y tantos, otros sí”, pensaba el médico, “y tendrían que arrastrar eso hasta la tumba”. Si les importaba. Si en algún momento de esa demencia había tiempo para pensar qué es exactamente quitar vida.

A comienzos de la campaña había comenzado un diario, y era su pensamiento en el trayecto hasta la Asunción. Lo escribía como si fuera una carta para Concepción, una carta que nunca llegaría y sólo era su voz resignificando lo que vivía en lugar de lo que había deseado. Ésas fueron las hojas que habían caído al costado de aquél lugar en la Provincia de Córdoba.

Siguieron al sur y las montañas comenzaron a menguar hacia la línea que se perdía bajo las nubes. Había algunas y cada tanto cubrían el calor y las esperaban con ansiedad. Tenían la vaga idea de que no podían provocar nada en esos días, tan sólo aguardar la suerte o la desgracia con vencida esperanza. En plena llanura sintieron el andar monótono y cómodo de la planicie, plancha de pasto y pequeños bosques lejanos que surgían sin advertencias. Después de muchas leguas ya no dieron con agua, no más que algún charco infestado, rodeado de moscas. El crepúsculo agrandó aun más el horizonte y se perdieron en la vela

nocturna, reconociendo las constelaciones y las formas caóticas de la fogata. No había ganas de hablar, estaban exhaustos. Durmieron abrazando sus rodillas, oyendo íntimamente los llamados del hambre y de la sed. Estaban cerca del camino y apagaron las brasas con tierra para no estar expuestos. Se habían descuidado otra vez desde que habían salido de los cerros. Por la mañana, el médico estaba mareado y sentía las piernas pesadas y los ojos le dolían detrás. El caballo había perdido el apetito y cuando se levantaba lo hacía sin equilibrio. Tambaleaba como ebrio y resoplaba. Caminaron la mañana fresca y al mediodía ya no había nubes, hoguera definitiva e invencible sobre el cabello y los hombros. Descansaron en una reunión de pequeños ceibos y decidieron esperar otra vez la noche para continuar, recostados en un colchón de flores rojas que cedían el color en la sequía. La oscuridad acaso les daba esa falsa sensación de que se llevarían por delante un arroyo o una posta. A media tarde divisaron jinetes en el este. Las figuras se desvirtuaban contra la cortina solar. No tenían dónde ocultarse y los ceibos estaban en el camino de los intrusos. Flores dijo que si cabalgaban por allí, también eludían las partidas del ejército. Eran doce hombres. Llevaban sables y lanzas, y cubrían con ponchos o debajo de las alforjas las insignias federales. Eran santafesinos y cordobeses, viajaban a Jáchal para unirse a Varela. Quien los comandaba dijo llamarse Ruiz y preguntó de dónde venían, y escuchó las peripecias de los tres, desde Tuyutí hasta esa tarde. Compartieron la aversión a esa guerra, pero no los motivos. Los montoneros decían que en el interior las simpatías en la guerra se sentían más cerca de López. Hablaban del desastre de Curupaytí y decían que habían muerto

muchos más hombres que lo que el ejército había declarado, y que no debían morir más. El interior se levantaba otra vez contra Buenos Aires. Compartieron la sombra, la carne seca y el agua que traían, y dieron de beber también a los caballos. Los invitaron a cabalgar. Decían que siguiendo hacia el oeste encontrarían un pueblo y que allí podían separarse, con provisiones de agua y comida. Los cargaron tras sendos jinetes y dejaron libre al caballo del Solitario hasta que recuperara la fuerza. Fueron al trote y caían hacia la curvatura del terreno a la par del sol, con un viento leve refrescando las caras, recuperando la creencia en algo mejor o más sereno. Ruiz encabezaba visiblemente el pelotón, y en su figura erguida y rígida se leían los años de combates polvorientos, de ver la muerte de cerca y hermanarse a ella con indolencia, como quien cuida a un anciano o a un estúpido de sangre ajena. Llegaron al atardecer a La Carlota y establecieron campamento en el margen de una laguna, en las afueras del poblado. Ruiz organizó su armado y envió a dos hombres a los que se sumaron el médico, Flores e Inmaculado, para procurar víveres y herrar al caballo. Entraron por una calle de polvo que terminaba en la capilla, rodeada de casas y campo y el río al final de otra calle más ancha. El almacén envuelto de faroles ya brillaba entre grillos y ranas de soledad. Llenaron agua en el aljibe del fondo del almacén, por gentileza del propietario, y mintieron procedencia y destino. No había herreros disponibles y abrevaron el caballo en un cubo, cansado y desgastado por los días de caminata y bochorno. Les regalaron tortillas viejas para acompañar la carne. Tomaron toda el agua que pudieron para reservarla como si fueran camellos. Volvieron por esa misma calle y

antes de salir a campo traviesa hacia la laguna, vieron acercarse a varios jinetes. Eran más de veinte y no podían ser los propios. Era una partida del ejército. Les dieron la espalda y caminaron rápido hasta esconderse tras unas casillas. Rodearon el poblado y de lejos pudieron ver el campamento, sitiado por las tropas. Eran más de mil hombres, con uniforme y bandera. Habían sorprendido a los suyos descansando y tampoco podrían haber hecho demasiado contra esa fuerza. Los diez hombres estaban parados en línea y el jefe de la partida les pasaba revista.

—Es Paunero —dijo uno de los dos federales.

Era el mismísimo Paunero, el que había corrido a los paraguayos de Corrientes. Lo enviaban al interior a combatir a las montoneras. Se acercó a Ruiz con uno de sus lugartenientes. Hablaron un rato y el último tomó de los pelos al prisionero y lo degolló, ante la mirada indiferente de Paunero. Vieron de lejos un chorro negro que saltó de la garganta de Ruiz y el cuerpo desplomándose. Temblaba en el piso mientras Paunero les gritaba a los que quedaban en pie. Temían moverse de donde estaban pero decidieron volver al poblado y esconderse allí hasta que el ejército se fuera. Esperar la suerte del resto de los hombres para continuar viaje. Flores le sugirió al médico quedarse y esperar. Así lo hicieron. Separados fueron hacia el caserío, y todos allí habían trancado las puertas a sabiendas de lo que había ocurrido a la orilla de la laguna. Se guarecieron en un rancho vacío linderero con el almacén. Lo último que vieron del campamento fue el fuego cocinando un costillar en una estaca, la soldadesca fumando y bebiendo sentados a su alrededor y los prisioneros

parados, mirando el festín, adornos vivos de salón. Ruiz perdía temperatura en el frío de la pampa.

A la mañana siguiente golpearon con suavidad la pared del rancho. Era el propietario que les avisaba que se habían marchado. Llegaron a los restos del campamento y los diez cadáveres estaban ya cubiertos de caranchos que defendían su comida de los palazos de los federales, entre los charcos de sangre que habían dejado los degüellos. Los caballos habían sido desensillados y pastaban dispersos o bebían de la laguna. Habían llevado cinco y los demás, los más viejos y flacos, habían sido abandonados. Acaso por eso Flores insistió en quedarse. Se repartieron los animales y se despidieron. Los federales habían decidido volver a sus pagos, y quizá así habían salvado sus vidas. Días después, Felipe Varela se estrellaría heroicamente contra las tropas nacionales en el Pozo de Vargas, lanzas contra fusiles, perdiendo a casi todos sus hombres. Una mujer le salvaría la vida arrojándose desde su caballo para cubrirlo con su cuerpo.

Ellos cargaron agua y continuaron el camino.

Era un animal criollo de color marrón raspado y en las tardes despejadas brillaba y parecía de un tono uniforme más cercano al plateado. En los crepúsculos limpios algunas sombras azuladas en el lomo lo escondían de la llanura. Una mancha blanca nacía entre sus orejas sobre el cráneo y bajaba hasta la punta del hocico. Tenía la mirada triste, y cualquiera podría decir que muchos la tienen, pero en él era más humana y sentida, como si la hubiera heredado de quienes lo rodearon: su primer dueño asesinado por su propio hermano, este último carcomido por la culpa y entregado a la muerte, y después un viaje que hizo renacer la memoria de su raza, que, abandonada por los españoles, migró por desiertos y montañas entre vientos y lluvias, en busca de pastizales. Después de La Carlota pudo cabalgar junto a otros animales y compartir el peso y la pena del viaje.

Cruzaron la planicie durante dos días, eligiendo la noche y descansando al mediodía. Aun cuando se nublabla el calor les apretaba la cabeza y lograba que las raciones de líquido terminaran más rápido. Al comienzo de la tercera jornada divisaron unas nubes negras en el horizonte que comenzaron a avanzar con velocidad para su rumbo. Frente a ellos, a varias horas de

allí, pudieron ver una posta. Se arriesgaron a reducir la distancia y llegar al refugio con la tormenta sobre ellos, para recoger el agua y guarecerse. A medio camino el viento se levantó con furia. No habían visto nada igual. Todo alrededor era un torbellino de polvo y pequeñas gotas de agua que bailaban en los remolinos. No podían ver y masticaban ínfimas piedras de arena o tierra. Tumbaron los caballos y les cubrieron los ojos con las mantas. Ellos recostados en medio de la ronda equina, reparándose del viento. El temporal demoró mucho tiempo en dejarlos incorporarse. Cuando lo hicieron, ellos y los animales tenían la piel blanca por el polvo que habían juntado. Sacudieron sus lomos y relincharon, mientras que los hombres movieron sus mandíbulas y escupieron para no masticar más la arenilla. El caballo del Solitario quedó en el piso, apenas levantaba la cabeza para mirarlos. Lo ayudaron y con esfuerzo estaba en pie, pero sus piernas temblaban y había que empujarlo para que avanzara. Tenía las orejas caídas y el pelaje opaco. A duras penas y retrasados por el caballo enfermo pudieron llegar a la posta para ver caer la luz. Esto no ocurría y comprendieron que era temprano cuando la tormenta los había dejado. Se establecieron. Ataron los animales y pusieron a llenar cuencos bajo la llovizna, aunque era sólo un mantra leve y neblinoso. Cuando realmente fue el final de la tarde, también fue el fin del caballo. Se desmoronó sobre la franja de gramilla que rodeaba la tapera, y ya no pudieron levantarlo. Ahí dejó de existir quizá uno de los últimos de su raza, Pegaso terrenal del sur de la América. El médico se arrojó junto al cuerpo y posó los dedos bajo el hocico para comprobar el aliento. Lo dejó bajo la lluvia y fue a sentarse bajo el

techo derruido, mirando hacia un lugar que desde ese momento devenía en inútil y frustrante. Con esa pérdida parecía haber menguado la urgencia y se tiraron a descansar. Flores tomó el cuchillo del médico y lo miró con lástima, y ambos sabían qué se estaban diciendo sin abrir la boca. El médico asintió y Flores fue hacia el caballo y desolló las dos patas traseras, seccionó los muslos y los colgó en una madera transversal de la estancia de la posta, mientras Inmaculado hacía el fuego bajo un reparo. El olor de la carne asada los reconfortó y olvidaron que era de un caballo que debían llevar y que era ese un camino común a todos ellos, aunque fuera una promesa ajena y el deseo de un hombre muerto. Los caranchos comenzaron a tomar cuenta de lo que quedaba y ellos cenaron oyendo el graznido de las aves. Había más estrellas que nunca, todos los ojos de sus ancestros mirando el fogón apagarse entre el sueño, ellos sin saberlo, manto de chispas plateadas, brillo de astros muertos llegando tarde a los ojos de los mortales.

Subieron a los caballos y Flores miró al médico y a Inmaculado, esperando que le dijeran el rumbo, acaso por no seguir solo en la llanura desértica que se agrandaba en la pequeñez de la posta, acaso porque ya eran hermanos de ese tiempo y ese viaje extraño, hermanos en la complicidad de la huída y en la visión horrorosa de lo que todos eran capaces.

—Voy a seguir hasta el rancho de la cruz, sin el caballo —dijo el médico—; lo voy a hacer porque no quiero haber recorrido todo esto en vano. Voy a decirle a la esposa que su cuñado se arrepintió de la desgracia que causó. Y quiero ver a sus hijos. Ustedes pueden seguir su camino.

Nadie le contestó. Enfilaron tras él y se perdieron en los albores del día, con el cielo cubierto de un gris opaco y claro, y bajo el galope sereno la tierra empapada de hierbas y flores amarillas. El aire se abría distinto cuando lo quebraban en el galope, un dejo de libertad y de liviandad sin el peso de la entrega. Cruzaron llanura hasta el sur de Córdoba, acercándose a la línea de fortines de donde debían acertar a ese que indicaba la cercanía a la cruz y después al rancho que buscaban. Borearon otra vez el camino oficial para no desviarse, pero la irregularidad del

terreno y los ríos que cruzaron —donde abrevaron los caballos y bebieron—, los desvió unas leguas de la línea. Bajo el punto más alto del sol, en busca de sombra, pudieron divisar en la lontananza a un grupo de jinetes que llegaba desde el este, envueltos en polvareda. Flores calculó que estaban a medio día de alcanzarlos. Cabalgaban desordenados y lo más probable era que fueran salvajes. El frente de la cortina de polvo era extensa, acaso debían ser centenares de ellos. Apuraron el paso y cuando vieron que la distancia se achicaba, se desviaron hacia el oeste para que no los alcanzaran en el cruce. Uno de ellos pensó que sólo escapaban y que lo hacían desde que habían vadeado el Paraná, aunque ya desde entonces tuvieran un destino. Esa huída los alejaba otra vez de lo que creían que era el rumbo que los llevaría hasta allí, y cada día la circunstancia los desviaba y empujaba como si fueran plumas de cardo y ella el viento. Una avanzada los interceptó antes de que se alejaran. Eran cincuenta, no más que eso. El médico y Flores frenaron cuando comprendieron que no podían escapar. Inmaculado no quiso darse por vencido y siguió la carrera. Lo bolearon y sus compañeros pudieron ver el remolino de cascos y gritos sobre la tierra. Fueron rodeados mientras otros dos iban a buscar al caído. Sus vestidos eran caóticos, como la forma de andar y de hablar. Los más tenían taparrabos y vinchas tejidas o de cuero. Algunos con sombreros que habían robado a cristianos y sólo dos o tres con chaquetones del ejército. Casi todos descalzos, salvo los que encabezaban la turba, que calzaban botas de potro ajustadas con cintas de cuero. Apuntaban a los pechos de los cautivos con sus lanzas emplumadas. Flores quería correrlas y recibía golpes con

las puntas en la cabeza y en las manos. Optaron por quedarse inmóviles viendo cómo revisaban sus alforjas y tiraban a tierra todo lo que no les parecía útil. Los desmontaron y los maniataron. Con una soga larga, a su vez, los enlazaron a uno de sus jinetes. Acercaron de la misma forma a Inmaculado, que gritaba de dolor cuando lo tironeaban desde el manojito de sogas que los llevaba. Tenía la clavícula fracturada y uno de los huesos del brazo se asomaba por su piel, bordeado de sangre. Los llevaron al trote, casi arrastrándolos por leguas. Sólo a veces se detenían y les tiraban agua desde las monturas y golpeaban a Inmaculado cada vez que se quejaba. Habían cargado los botines de la incursión en sus caballos: chifles de caña y tiras de carne seca, cueros de oveja y de res, utensilios de plata y una virgen de cerámica de dos pies, con el manto blanco y corona dorada, y el niño también tallado y vestido con joyas de fantasía. Perdieron la cuenta de lo caminado, sedientos y con los pies empollados, las plantas rozaron la tierra las últimas leguas. Cuando Inmaculado caía lo reconstruían en el aire en pleno movimiento; los captores apenas reducían la velocidad del trote cuando esto ocurría. El médico trataba en ese instante de improvisarle un cabestrillo, pero nunca lo lograba.

Llegaron a las tolderías y se abalanzó sobre los jinetes una masa de mujeres, niños y otros hombres, gritando y saltando a su alrededor, golpeando a los cautivos, patadas y puños y un vértigo de cuerpos como marea humana. Las tiendas eran de paja y telas, y se alternaban con algunos ranchos en dónde vivían algunos criollos prófugos de la justicia que se resguardaban entre los salvajes. A un costado habían construido lechos con paja y chala

de choclo y sobre eso piel de oveja, toda la estancia cubierta por un techo de ramas con hojas amarillas. Entre las tiendas las calderas ardían y esparcían por el campo un aroma desesperante a caldo y carne.

Los ataron cerca de donde se daría el banquete, a unos palenques donde también descansaban los caballos. Les dieron agua y espantaron a los niños que se acercaban y les tiraban puñados de tierra o piedras. Uno de los niños tomó con una vasija agua hirviendo de uno de los calderos y se las arrojó desde lejos, lluvia de gotas incandescentes pellizcando la piel. Se sentaron en la estancia los capitanes y el que parecía ser el cacique; el resto dispersos hasta donde llegaba la luz de las fogatas. Comenzaron a beber y a comer de pequeñas vasijas cóncavas donde había carne y verduras cocidas. Inmaculado gemía cada vez más fuerte y con un brazo pedía que le alcanzaran la virgen que estaba tirada entre otros cacharros al costado de una de las tiendas. Corría la caña y se vaciaban los chifles. Los que rodeaban a los capitanes y al cacique se levantaban y peleaban entre ellos o intentaban robarse la comida y el alcohol y todo concluía en un revuelco en el que nadie reparaba tan solo para reírse en su final.

Así pasaron esa noche eterna, mirando desde abajo el rodeo de los hombres ebrios, rogando que ninguno se acercara con un filo o una lanza, y mientras temían eso imaginaban defenderse sólo con las piernas.

Se acercó uno de los lenguaraces del jefe, uno de los criollos que habitaban en el perímetro de las tolderías. Les preguntó de dónde venían y hacia dónde se dirigían. Si después de ellos iban a llegar más soldados a esas tierras. Preguntó también por

qué Inmaculado chillaba de esa forma y lo hizo ofuscado, como si los gritos molestaran. Ya no tenían ganas de contar la historia de siempre. El hombre tenía el pelo opaco y enmarañado, cabello de muñeca olvidada en el techo. Vestía ropa de cristiano y una vincha ancha y negra sobre la frente. Sólo le dijeron que habían desertado y que los perseguían. El lenguaraz les dijo que estaban en las tolderías de un hombre que gobernaba desde el sur de Córdoba hasta los confines, donde nadie había llegado alguna vez, que para todo en esa tierra había que pagar tributo al jefe y que él le debía la vida misma por haberle dado un hogar. Nada de lo que salía de su boca parecía amable o sencillamente explicado; todo era una advertencia teñida de amenaza. Ordenó que les dieran agua y se retiró a la estancia de los capitanes, a seguir bebiendo. Allí seguramente les trasmitió a los demás lo que había averiguado y luego estarían decidiendo la suerte de los tres. A veces los miraban y reían mientras hablaban; otras, las miradas eran entrecejos que parecían guardar imágenes de algo terrible gestándose en el pensamiento.

La devoción por la Inmaculada Concepción de María fue el motivo por el cual llamó así a su hijo. Era araucana y se había convertido al cristianismo por trabajar con los curas españoles en alguna misión. Nadie en Chilecito supo jamás desde dónde habían llegado; ella y él recién nacido, a lomo de mula desde las montañas. Vivieron un tiempo en la iglesia hasta que se juntó con uno de los peones del viñedo. Cuando Inmaculado pudo aprehender las primeras cosas tangibles del mundo, reconoció a ese hombre como su padre y éste a él como su hijo, y creció hasta los diez años en un valle de nieve y uvas, encontrando desde niño en la severidad del trabajo las razones para vivir. Al terminar la jornada descansaban en una colina y desde allí veían el viñedo como si hubieran ayudado a que eso existiera, obreros mal pagos de un dios orgulloso. Después los recuerdos se tornaban esmerilados y confusos, y de ellos sólo se podía conocer con certeza la ausencia de su padre y una nueva vida a la que nunca pudo acostumbrarse. Una mañana de invierno su padre fue al viñedo y lo dejó dormir. Hacía mucho frío y en la tierra se asentaba un piso de escarcha. Las palabras rodeadas de hálito y temblor. Lo enviaron a lomo de mula a reparar una de las

canaletas que bajaban de los cerros. Nunca volvió. A Inmaculado le escondieron el hecho, aún cuando ya era insostenible responder a su intriga, a la sospecha que no sólo provenía de la falta del hombre con el que convivía, sino de las miradas caídas y los llantos de su madre. Se fueron a Córdoba donde vivieron otro tiempo en una iglesia de la ciudad, y más tarde a Cruz Alta. Aprendió el oficio de resero que cumplía extrañamente, a pesar de su ánimo enfermizo y su cuerpo aniñado. Sufría la vida de intemperie, sufría la brutalidad natural de sus pares y el regreso al rancho de su madre era un alivio. Hasta que ella murió de viruela en una epidemia escondida para la historia y entonces se desmoronó. Halló refugio en el chifle y en los fogones. El rancho se llenó de mugre y gallinas que saltaban por encima de los lechos; en uno se pudría su madre sin entierro. Una noche, ebrio, juntó todo lo que encontró y lo arrojó en desorden adentro del rancho y le prendió fuego, junto con los despojos maternos. Guiado por su caballo se perdió en la llanura y vio la montaña de chispas y llamas desde la distancia. Lo encontró una partida y por carecer de referencias lo mandaron a la frontera, que no estaba lejos, a defender los bordes de los malones. Allí encontró el infierno, a falta del que dejaba atrás. Vivió en los vestigios de un fortín amontonado en el sur de Córdoba, los restos del orgullo militar, un orgullo que se despedazaba a medida que se alejaba de Buenos Aires y se acercaba a la campaña, a la profundidad de una patria enajenada por el odio y la desolación. El capitán se ensañó con él. Cualquier excusa era adecuada para castigarlo. Participó de todas las excursiones y reconocimientos. En el 65 los movilizaron al Paraguay. El maltrato continuó en el campamento

de Tuyutí, y no lo soportó más cuando una noche, por haber comido a escondidas un puñado de harina, lo estaquearon y el capitán lo orinó.

La noche del día en la que le levantaron el castigo entró en la tienda de campaña en donde dormía el capitán, con una mano tapó su boca y con la otra le enterró un puñal en medio del corazón; no paró de empujar hasta que vio los ojos blancos y apagados y los dedos muertos que aflojaban la presión sobre sus brazos. Escapó y tras un tiempo de soledad y desconcierto conoció a un hombre que sería su compañero hasta la llegada de la muerte, bajo un árbol en medio de la nada. Luego esos dos hombres lo rescatarían del desierto, y ahora allí en las tolderías el dolor incontenible y persistente, atado en aquellos palenques.

El alcohol había dormido a todos, vómitos y el olor rancio que transpira el cuero del cuerpo adormecido por la bebida. Sólo se escuchaban los gritos de Inmaculado y sólo ellos parecían poder hacerlo, porque era como sentir en la propia piel ese dolor, imposibilitados de hacer algo para poner fin al suplicio. Su mano señalaba la virgen, como si no hubiera en el universo humano algo capaz de aliviarlo, y en ese fetiche de cerámica y yeso estuviera la llave de otra dimensión en donde no existiera el sufrimiento. Uno de los salvajes se incorporó molesto y fue hasta donde estaba la virgen. La tomó y se acercó. Levantó la estatua entre sus manos y la descargó sobre la cabeza de Inmaculado, partiéndole el cráneo. Quedó colgando de sus manos de una forma extraña, marioneta vieja suspendida en una repisa. Flores y el médico lo miraron esperando que moviera alguno de sus miembros, pero ya no había nada allí. El matador tiró la virgen

en una zanja, llenos sus pies celestiales de sangre y astillas de hueso, y se recostó para seguir durmiendo.

El médico comenzó a lloriquear, cada vez más acongojado y vencido, y su compañero le rogaba silencio. Le dijo que estaban vivos, que podían salir de allí. Se calmó y vio como las manos de Flores aparecieron libres. Había cortado las amarras con el facón que había robado de la tumba del negro. Lo tenía entre la ropa y nunca lo había quitado de allí, como si hubiera estado predeterminado para ese momento. Esperaron a que el salvaje que había asesinado a Inmaculado cerrara los ojos. Cortó las ataduras del médico y la de uno de los caballos que estaban amarrados al palenque. Se alejaron despacio, con sigilo, y el lenguaraz que los había interrogado los miró entre dormido, pero se dio vuelta y siguió en su sueño.

Tomaron distancia de los tolderías a pie y cuando lo consideraron prudente cabalgaron hasta perderse. El calor seguía siendo abrazador y ya no quedaban nubes para ese mes que se alejaba de la primavera con premura. Los campos estaban florecidos y eso los aliviaba un poco, cuando se recostaban en la frescura verde o en los pocos arroyos que cruzaban las extensiones, silenciados por el viento, que también refrescaba porque era constante y regular, pulmón bravo y señero que sopla hasta el ahogo. Traían de las dos pérdidas el halo de la derrota, y parecía no importarles nada, sólo llegar a donde tenían que llegar, y por momentos se olvidaban de cuál era ese sitio.

Tomaron el camino y se cruzaron con una partida. La resignación los hizo parecer desenvueltos y pasaron junto a ellos sin sobresaltos. Preguntaron por la laguna y por el tronco brotado y los soldados se miraron entre ellos porque reconocían el lugar. Los invitaron a andar juntos hasta el fortín. Les dijeron que les darían un caballo porque el que traían no iba a durar mucho tiempo soportando el peso de dos hombres, aunque la piel y la carne que rodeaban los huesos de los fugitivos habían perdido color y volumen, dibujos con mina de lápiz de siluetas

hambrientas y absurdas. Llegaron a las taperas derruidas que conformaban el fortín. Dos hileras de maderas y ramas que sostenían las barracas y un rancho alejado que debía pertenecer a los oficiales. Los techos de paja y adobe mezquinaban la sombra por los agujeros. El interior de las barricadas atestado de moscas y el hedor de los cuerpos sin higiene. La madera de los palenques había sido alimento de fogón y los caballos estaban amarrados al pie del mangrullo. En medio de todo eso, perdido en la aridez de polvo del interior, un cepo, y en él un salvaje, con la cara ampollada por el sol y la espalda con los rastros del flagelo. Oía también como si ya estuviera muerto, pero podía percibirse la respiración en cierto espasmo de su torso. Parpadeaba lento también, como si fuera a dormirse sereno.

Abrevaron al caballo y les dieron otro. Comieron carne seca y tortillas duras. Habían perdido la cuenta de la última vez que habían comido carne. Les dieron ropa que no estaba entera pero al menos cubría más que los harapos que vestían, pedazos de las mantas que les había dado Rahim y de lo que llevaban al momento de huir del campamento en Paraguay. Les dijeron cómo llegar y ellos lo agradecieron. El médico les pidió que lo dejaran ver al salvaje, pero se lo prohibieron. Montaron y se fueron de allí, y dos días más tarde, cuando nadie en aquél fortín lo esperaba, llegaría uno de los últimos malones ranquelinos y aquellos salvajes matarían a todos, incendiarían las construcciones precarias y se llevarían hasta el último de los animales.

Enfilaron hacia el sur y después de no más de una legua divisaron la laguna. La mirada del Solitario, quién sabe en que hora del día y en que circunstancia de su ánimo, la había

constituido azul y enorme. Era gris verdosa a sus ojos, espejo manchado en la tierra húmeda. Se bañaron en ella y después la rodearon hacia el este y allí pudieron ver la cruz brotada, como si un cristo natural de plantas y musgo estuviera clavado con raíces en la madera. Sólo un rancho surgió de la inmensidad y no podía ser otro que el que buscaban, el primer final de un trayecto plagado de vidas y epopeyas que no iban a dimensionar sino en el extremo de cada una de sus existencias.

El médico se apeó y aplaudió dirigiendo sus manos al interior. Un niño y una niña se asomaron. No eran las caras que habían imaginado, las que había dibujado el médico en las ansiosas anticipaciones de aquél instante, tratando de recoger las facciones del solitario para pegarlas como en un collage en dos caras más pequeñas. Los ojos de las criaturas marcaban el miedo en la fijación, un brillo apagado y constante. El médico les dijo que llamaran a su madre y ellos corrieron nuevamente hacia el interior del rancho. Adentro no se oían voces, y todo los hacía pensar que allí se comunicaban con señas o con esas miradas agobiadas por el temor y la desconfianza. La mujer salió con asombro. Ambos se presentaron y ella sólo guardó silencio y esperó más información; la forma de esa espera era imperativa e impaciente. El médico contó por enésima vez la historia, el número de todas las veces que la había relatado en voz alta para otros y de las que narró en silencio para convencerse de lo que había ocurrido, para darse aliento en los momentos en los que se veía tentado por el abandono o la rendición. La mujer escuchó y los labios se iban apretando, y cuando llegó al final saltaron las lágrimas de odio. Les dijo que no le importaba, que se fueran,

que no quería volver a verlos por allí. Luego les dio la espalda y fue la última vez que la vieron.

Antes de retomar el camino los niños los alcanzaron. Los llevaron a un paraje de sauces que llovían sus hojas sobre el margen de la laguna. Allí estaba la sepultura de su padre, marcada con una piedra blanca y una cruz, el nombre grabado con hierro incandescente, en letra temblorosa y parca. El nombre sin el apellido, acaso porque no alcanzaba la cruz para la extensión, o quizá porque quién lo grabó no conocía más que eso. Se arrodillaron y el médico ya no tenía deseos de hablar. Flores entonces dijo que el tío en su lecho de muerte se había arrepentido, que había buscado llegar hasta su hermano, su padre, para pedirle perdón. Estarían juntos en ese momento, haciendo las cosas que hacen los hermanos.

—¿Qué cosas hacen los hermanos? —preguntó el varón.

—Las mismas cosas que hace cada hombre o mujer en la tierra, pero juntos y con las ganas de que el resultado de lo que se haga sea bueno para los dos.

—¿Para qué vinieron hasta acá, si ya están juntos? ¿Si los dos se murieron?

—Para pedirles el perdón a ustedes. Va a pasar mucho tiempo hasta que vuelvan a verlos.

Allí terminó todo. El médico acarició el cabello de la niña, y ambos niños tenían el semblante triste y la mirada sin fe mientras se alejaban aquellos dos hombres que habían sacudido por mucho tiempo la monotonía tediosa de sus días, la configuración de una historia desarmada y sin piezas que iba a continuar dispersa y vacía hasta el fin de sus vidas. Ellos siguieron varias

lunas y soles por esa llanura, y llegaron a los bordes reconocidos de Buenos Aires, con barbas, polvo y cansancio que ocultaban sus viejos signos, seres nuevos que saltaban de una historia a la otra, como en viñetas de un recorte inexistente.

Segunda parte

¿A dónde van los caballos muertos? ¿O quedan en medio de los mundos, yendo y volviendo para cruzar el río con los hombres que también mueren? ¿Habrá cruzado Inmaculado en uno de ellos, plateado como el agua que bajaba de los andes a su viñedo? Uno oscuro para Ruiz, brioso y tenso, que en la carrera salvaje, tornado quimérico de músculos, le hiciera olvidar esa muerte. ¿A quién cruzará el caballo del Solitario, ahora que sus dos hombres ya han pasado?

De caballos, de pumas y de hombres muertos está hecho este país. De mujeres que dan la espalda a los fusiles y de las que empujan a sus machos contra ellos. Y de caranchos negros que esperan pacientes lo que ha de quedar.

Ya no había montañas. Se habían acostumbrado a las decisiones sinuosas del terreno y ahora en la planicie total y predecible se sentían extraños, aun cuando ya hacía varios días que atravesaban la llanura. Acaso no sólo eran los cerros y las depresiones sino también el corazón de ese viaje, sus latidos arrítmicos e inesperados, perro que baja la mirada para que no esperen su ataque.

Las primeras calles de Buenos Aires los devolvieron a sus viejas vidas, distantes ahora de un mundo que parecía provenir de una puerta equivocada del tiempo. Nada los sorprendería de allí en más, o quizá el aliento rancio de la ciudad sería la novedad, la de haber vivido en ese sitio o la de las cosas que se sumaban por el puerto como latigazos de la guerra.

Se acercaron a la urbe. El médico seguía a Flores porque la primera parada le correspondía y lo que demandaba ese acercamiento al final de su recorrido era el silencio como lazo entre los jinetes. Entraron en la explanada de la plaza Once, entre carretas sin animales encalladas en el barro, abandonadas como en naufragios de tierra, sus techos de tela blanca vibrando con los golpes espaciados del viento. Los galpones rodeaban la reunión de ruedas y más allá, detrás de los techos, podían ver una cúpula

que exaltaba la zona sobre el cielo y no podían recordar qué edificio era, qué iglesia dormía tras el mercado. Habían perdido la memoria cercana de esas cosas, las señales que confirman la pertenencia a un lugar. Entonces en esa llegada estaba en discusión el origen, las raíces y el porvenir mismo.

Más allá la ciudad crecía hacia los cuatro puntos y el médico sabía que en una de las casas indeterminadas y difusas estaban Concepción y los amigos de antaño, su familia y la familia de ella, que lo amaba como a un hijo, y pensaba en lo difícil que sería apañar ese cariño después de Curupaytí, enfrentar las preguntas que hablarían de cosas que ya no existían en su orgullo ni en su lengua.

Llegaron a una de las puertas de la galería de un galpón extenso y se apearon. Si sus descendientes, si es que los tuvieran, vieran esa tarde años después, podrían decir que era una fotografía vieja, un nublado gris plomo pintado de barniz sobre el horizonte, y los carros y el fango castigado por los cascos, los tinglados y las tejas de los barrios alejados de un mismo color, como si la mano gigante del azar los hubiera empapado con una misma pintura. Unos hombres bajaban la basura de una carreta y la tapaban con la tierra de las calles; alisaban la estrada aplastando todo, hedor de bosta y desperdicios.

Flores se detuvo frente a una de las puertas. Una cortina de tela percutida separaba el día de la oscuridad interior. Entró, indolente y decidido, y en el momento en que lo hizo su sombra por la abertura parecía cambiar el aire y el ánimo de los demás, un punto adormecido del transcurrir, estático para el mundo menos para ellos y los que ellos eligieran. El médico esperó

sentado en una pila de troncos y percibía que algo ocurriría, acaso una leve molestia en el estómago y el sudor en las manos le advertían de un hecho inminente. Para los que proseguían sus vidas en el interior de otras estancias, no ocurría nada hasta que debía ocurrir, y por eso los gritos de la mujer, las voces elevadas de los hombres tapando los chillidos y los llantos, rompieron el cuerpo sonoro del lugar, como un silbido de tren en la madrugada. Un hombre salió por la puerta y no era Flores. Corpulento y con un delantal oscuro, ajado y maltrecho en los bordes. Un hilo de sangre caía por su sien. No había aparecido tras la cortina de pie, sino trastabillando, como si alguien lo hubiera empujado desde adentro. Tras él surgió Flores, arrastrando de los cabellos a una mujer que gritaba y entre los lamentos inaudibles podían distinguirse palabras atropelladas unas con otras. Era de tez blanca y colgaban de su cabeza dos trenzas castañas, una de ellas desarmada por el tironeo. El hombre corpulento se puso de pie después de la última caída y arremetió contra Flores. Se colgó de su cuello e intentó tumbarlo, pero se deshizo de él de un manotazo, muñeco de trapo en la boca de un perro. Soltó a la mujer y fue a acabarlo. Le dio otro golpe en la cabeza con el puño del facón y aquél hombre —el médico infería que era el padre de ella y dueño del almacén— quedó en el piso lloriqueando, tomándose la cabeza con ambas manos. Volvió a donde yacía la mujer y la tomó otra vez de los cabellos. Le torcía la cabeza para poder verle la cara desde arriba, y anticipaba las palabras —apenas murmullos que el médico no podía escuchar—, con gruñidos inarticulados e imprecaciones.

Una niña salió del almacén, cabellera rojiza enmarañada y ojos azules. Se apoyo en la pared del galpón con las manos en la espalda, y miraba sin expresión aquella escena imposible. Cuando la mujer contestó, Flores levantó el brazo con el facón en la mano, pero no lo bajó. El odio impaciente luchaba por salir. Miró a la niña. Volvió a mirar a la mujer y le dio una sonora cachetada que sacudió el cuerpo de ambos. Le dijo que no iba a dejar huérfana a una criatura. Ella le contestó que no tenía miedo de morir y que la niña tenía padre. Quedó perplejo y estático, inclinado hacia ella y mirándola con desdén, respirando fuerte para no dejar salir lo que quemaba sus entrañas y que al contacto con el aire podía ser violento y fatal.

La soltó y se acercó al médico. Le dijo que lo esperara y se dirigió a la esquina que formaban el extremo del galpón y la calle ancha que lo ladeaba. Su compañero lo siguió de todas formas, caminando a unos cuantos pasos de él. Llegaron a otro galpón rodeado de carretas. Los hombres cargaban bultos en ellas, los calzados precarios con una suela gruesa de barro y manchados de harina en los hombros y en las caras. Flores se detuvo frente al flujo de trabajadores y dijo en voz alta un apellido. En la apelación no había sólo intención de encontrarlo, todos los que oyeron su voz lo entendieron así, y cierta brisa de muerte les hizo temblar las manos y las piernas, pero eso no los espantó porque estaban acostumbrados. Flores tomó una tela corrugada y sucia que tuvo que arrancar de la tierra misma, acaso enterrada junto con la basura y alisada con ella. La sacudió y la enredó en su brazo izquierdo, y en el derecho empuñó el facón. Alguien se plantó frente a él. No había furia ni decisión en su actitud. Había

quedado allí parado porque el código lo obligaba a hacerlo, la ronda de los demás que palpitaban la sangre. También envolvió uno de sus brazos con el poncho y le alcanzaron un cuchillo. Se rondaron. No hubo palabras entre ellos porque parecía estar todo dicho. El médico había imaginado muchas veces esos duelos; nunca había presenciado uno. Primero pensó que, tras el salvajismo de la guerra, aquello podía semejarse a una danza de cisnes o un cortejo de pájaros. Después recordó lo que alguna vez había imaginado y era un choque con movimientos felinos y el tajo en el momento en el que uno fuera más hábil que el otro. Sin embargo, no fue así. Apenas hubo dos o tres estocadas de Flores. Una la atajó aquel hombre de apellido Elizondo, pero a quien todos conocían por Curupí. Lo hizo con el poncho y no respondió el golpe, apenas su contrincante quedó con la guardia abierta. Los otros empellones fueron al aire. Entonces Curupí se animó. Avanzó con el filo en punta hacia el pecho de Flores y éste se corrió un paso y lo desairó. Quedó el flanco derecho descubierto y por ahí, bajo las costillas que caían de la axila, enterró el facón hasta el fondo. Cayó arrodillado, ladeándose hacia el costado herido. Soltó el cuchillo y Flores, de frente, apoyó el filo del facón en el pescuezo y lo despenó. Por fin vieron la sangre. Se abrieron y volvieron a sus trabajos, mientras el médico tomaba de un brazo a su compañero y lo llevaba hasta los caballos para escapar.

Frente al almacén todos se habían ido, excepto la niña, que acariciaba el hocico del caballo de Flores. El médico le rozó con los dedos la cabeza y la niña se corrió, asustada. Tenía los ojos de su compañero. Sería una mujer hermosa con los años. Y algunas

cosas de su niñez las entendería y otras no. Y en otra historia, despojada ya de muerte y resentimiento, volvería a ver a su padre y ese encuentro sería provocado por él en el crepúsculo de su vida, en un lugar que ninguno de los dos conocería antes de eso. Sin decirle nada montaron y se alejaron. Salieron por la calle ancha y rumbearon hacia aquella iglesia que no habían podido identificar, tan sólo para asegurarse de que podían hacerlo. La gente caminaba indiferente; algunos cubrían su cabeza del calor con una sombrilla y otros cruzaban la acera corriendo de una pared a la otra, y todo eso era ajeno al nuevo vivir de esos peregrinos, soldados de plomo que se cambian de una maqueta a la otra. Flores se detuvo y miró al médico. Pocas veces había oído su voz y esa era una de ellas.

—Yo no sigo. Tengo que volver.

El médico también se detuvo y lo miró con asombro.

—No vaya amigo. Ese lugar debe estar lleno de milicos. Va a caer por esa muerte y por desertar. Ya va a haber tiempo para volver. Escóndase en mi casa, yo voy arreglar las cosas.

—No es ahí donde quiero volver.

El médico comprendió. En un aluvión de imágenes recordó las tolдерías. Los cazadores y la niña con los pómulos lastimados y aquella mujer que a la luz de esas palabras habían ingresado en la historia de Flores. Se dieron la mano. Algo los unía y lo haría para siempre, aun cuando el azar y sus elecciones los llevarían a lugares distintos y extraños, lejos el uno del otro en la distancia física de los hombres y en los pensamientos. Lo vio perderse tras una cortina de polvo que dejaba tras de sí el viento del norte, un viento caliente y áspero, y eso fue un consuelo, un hecho

revelado por lo inesperado y lo audaz. Se dieron la espalda. El médico encaró el centro mismo de Buenos Aires y a cada calle superada que achicaba la distancia, renacía aquél viejo deseo que acompañó el camino hacia la casa del hermano del solitario, y que fue adormecido por la muerte de un caballo y por las tantas veces que el horizonte se nublaba por el cargo de la desesperanza. Mientras andaba oía una vieja canción desde el interior de uno de los ranchos que tímidos nacían entre las casas, y se veían austeros y cálidos con su barro y sus ramas envueltas por el guiño solar. La canción hablaba de un gaucho al que le habían quitado todo, la mujer, los hijos, su hogar. Y había andado en fortines y tolderías y había vuelto, pero ya no pudo escuchar si continuaba en el perdón o en la venganza, y con vergüenza deseó que fuera lo segundo.

Gutiérrez había conocido a Mariano en la campaña. Se habían cruzado en las afueras de Chascomús, cuando el azar los llevó allí para trabajar en el brote de una enfermedad desconocida. La pasión del joven lo sedujo; se vio en sus ojos, cuándo todavía sanar a los demás era para él un acto más cercano al milagro que a las obligaciones. Lo llevó a trabajar consigo. Allí el joven médico conoció a Concepción, la hija de aquel caballero que lo consideró un hijo desde el primer momento en que estrechó su mano, acaso porque no tenía descendientes varones o quizá porque el hecho de que Mariano abrazara su profesión le garantizaba alguien a quien legar su trabajo cuando decidiera descansar.

Don Juan Gutiérrez fue un ferviente unitario, después mitrista y por supuesto partidario de la guerra. Era respetado en todos los círculos por su generosidad y su afición desmedida al trabajo. También profesaba el antirrosismo en los años del tirano, pero no lo había hecho público porque atendía a pacientes del otro bando y anteponía su labor a cualquier cosa, incluso a las pasiones políticas. En los años más difíciles no salía de su casa para no llevar la insignia punzó.

La decisión de Mariano de formar parte de los cuerpos médicos que marchaban a la guerra fue un hecho de orgullo para todos. Para Gutiérrez y para su hija, que, aunque no escondía el temor por lo que pudiera sucederle en el campo de batalla, sentía una satisfacción por ceder ante la emoción y el entusiasmo de los hombres que la rodeaban. Por eso no pudieron entender cuando el comandante llegó con la noticia.

—Quizá si no hubiera sido el médico —dijo el comandante— nadie se hubiera enterado de la desaparición.

Muchos se esfumaban en medio de las batallas y era muy difícil saber si desertaban o morían o si eran tomados prisioneros. Pero había sido uno de los médicos principales de la fuerza y había huido con el caballo del Solitario, que también ya era una leyenda. Nadie sabía de la promesa, había sido hecha al oído y con la voz débil de un moribundo. Pero la desaparición del caballo, aquel hombre intentando salvar la vida de otro y el médico hablando con él fueron elementos suficientes para alimentar el mito. Don Juan, como otros, pensaba que aquel suceso respondía a motivos extraordinarios, pero no su hija. Ella no había podido soportar los rumores a sus espaldas, la vergüenza que existía nada más en su imaginación, porque aquel hecho, que tomaba trascendencia en algunos salones de Buenos Aires, en los pasillos del hospital y con forma de leyenda en los círculos militares, estaba teñido de la curiosidad y la duda, aunque nadie ponía en juicio el valor de sus protagonistas. Concepción prefirió huir también, pero hacia Europa, pensando para su hombre algunos destinos posibles: una muerte lejana, fusilado por una partida en el desierto o asesinado por los salvajes, o enredado

con alguna mujer, con una nueva vida y un nombre distinto. Concepción estaba en París, mientras Mariano estaba frente al padre de ella, quien estrechaba apesadumbrado a su hijo elegido, tratando de perpetuar ese abrazo hasta el momento de decirle que ella ya no estaba y que no volvería hasta el año siguiente o quizá nunca más y que ese viaje tenía el infame objeto de olvidarlo, aunque alimentara aun más las habladurías de la gente que se aburría con la pausa de la guerra. Había escuchado los golpes desde su despacho y al salir tuvo que hacer un esfuerzo de imaginación y memoria para encontrar en el fondo de esos ojos, abigarrados de pelos, barro y arañazos de sol, la cara de su yerno. El llanto de los dos hombres dijo algo y no hizo falta expresarlo, no cuando Mariano vio piedad en la mirada de don Juan. Lo supo. No quiso saber más detalles. Fue enterándose con el tiempo de algunas cosas, no más que los destinos de esa mujer, ahora extraña y fantasmal, después de haber cruzado el Atlántico.

—Entréguese, hijo —hablaba con voz grave y lo tomaba de los hombros con ternura paternal—. Entréguese que vamos a solucionar todo. Aquí saben que usted hizo lo que hizo obligado por alguna circunstancia. Todos lo creemos así.

Mariano guardó silencio pero se dejó acompañar hasta el caballo y el destino obvio. Fueron al destacamento y se presentaron. No declaró hasta no tener a Gutiérrez y a un juez delante suyo, además de las autoridades militares. Los testigos oyeron la historia y el médico nunca la había relatado con tantos detalles, y aquél periplo por montañas, desiertos, valles, y la llanura verde rodeada de vientos tuvo por primera vez un cuerpo de palabras

que lo respaldara. Comenzaban a existir fuera de ellos, de Flores y de él, porque los demás estaban muertos o eran parte de un mundo inverosímil y recóndito, un mundo que perdería sus huellas y sus puertas algunos años después, para desaparecer definitivamente en la amnesia de los claustros, Atlántida americana barrida por la historia falaz.

Lo llevaron a un calabozo. Las paredes rugosas transpiraban una humedad que no era fresca, un horno de barro con entrada de barrotes que eran las puertas y una pequeña ventana desde donde podía ver el patio interior del destacamento. Le quitaron los grilletes antes de empujarlo adentro, y todo lo que tenía encima, lo escaso que había sobrevivido al saqueo de los salvajes, le fue arrebatado y perdido para siempre, entre esas cosas el forro de cuero de su diario de campaña. Ya nada era de él. Por la puerta se asomó Gutiérrez. Se acercaron y él le preguntó por Concepción. El padre sólo dijo, con la voz quebrada, que había viajado a Europa y difícilmente volvería. Después, trillando el silencio que aplazaba los minutos, le dijo, que habían decidido encarcelarlo y enviarlo al frente en el próximo vapor, con recarga de servicios y degradación.

Oyó el veredicto de la misma forma que lo oiría cuando se lo comunicara el capitán, con indiferencia y tristeza, como si fuera inevitable y final, sin otra posibilidad de continuar su vida que no fuera la de esperar encerrado que lo llevaran a un lugar del que renegaba, en el que podía ver de cerca el dolor y la devastación, y entender que nada podía hacer con eso, no más que mirar y ser parte móvil de ese sufrimiento y de la muerte. Le agradeció a Gutiérrez y le hizo prometer que no iba a hacer nada

por sacarlo de allí, que lo dejaría en paz, que tenía que pagar por lo que había hecho, aunque lo volvería a hacer si regresara en el tiempo a aquel instante en el que contrajo la promesa.

Durante un día no le dieron agua ni comida; el sol por la mañana entraba al calabozo y calentaba el barro de las paredes y el piso hasta la noche. A veces algún soldado lo miraba a través de la ventana y él nada le reclamaba, vareando un orgullo que era en realidad un gesto escondido de resignación. Al anochecer del tercer día comenzó a pedir agua a gritos. Llamaba al capitán y le contestaban que no estaba. Sabía que se burlaban de él e insistía. Y los gritos se hacían insoportables y, cuando no podía gritar porque la garganta reseca le aplacaba la voz, golpeaba con un jarro los barrotes de la ventana o de la puerta. Acudieron un soldado y un oficial a quien no había visto antes. Lo reprendieron y le dijeron que se acercara con el jarro para darle agua. El soldado con un cubo intentó servirle, pero el cucharón no pasaba por los barrotes. Entonces comenzó a tirar el agua desde afuera y adrede la derramaba lejos del jarro. El médico lo tomó de la camisa y lo estrelló de un tirón contra la puerta, y cuando estuvo frente a frente soltó el jarro y lo golpeó con un puñetazo en medio de la cara. Lo sentó de bruces. Entraron cuatro al calabozo, entre ellos el soldado agredido. Comenzaron a golpearlo después de empujarlo y verlo caer. Lo azotaron con fustas y ramas gruesas, en la cara y en los brazos. También le dieron puñetazos y patadas, y no se detuvieron hasta que un sargento llegó y dio la orden de hacerlo. La cara del médico estaba cubierta por una máscara de sangre. Lo llevaron casi desmayado al patio y lo apretaron en un cepo. Desde que calzaron sus brazos y su

cuello, derrumbado por la impiedad del sol y el frío de la tiniebla que ya anunciaba el cambio de estación, ya no pudo contar días ni horas y el tiempo se fue comprimiendo en una masa de actos rutinarios, y los que no lo eran sólo se aferraban a su memoria por ser crueles o levemente distintos. Despertaba para que le dieran agua en la boca y el pan duro que mojaban y se lo hacían tragar como si fuera un pichón huérfano. Y así lo motejaron: el Pichón. Y colgaban maderas de su espalda cuando aún estaba en el cepo y decían que eran alas, y le gritaban que volara cuando lo devolvieron al calabozo; apenas podía mantenerse en pie, apoyado sobre alguno de los soldados. En el agujero negro y húmedo siguió durmiendo como si hubiera vivido una vida sin hacerlo y ése fuera su descanso, una purificación de sueño y de sombra. Separaba las jornadas por segmentos, pero sin llevar cuentas, y el cambio entre una y otra era la luz entrando por la pequeña ventana, y a cada segmento que pasaba iba perdiendo su vieja textura, la liviandad y la pulcritud de su rostro. La barba había devorado su boca y sus pómulos, y las costillas asomaban por debajo de la camisa rotosa. Estaba descalzo, pero las plantas de sus pies eran ya botas de piel humana, suela gruesa y callosa. Ese recorrido por las orillas de la locura tuvo sus límites. Comenzó a pedir agua y jabón a Gutiérrez, que lo visitaba de forma esporádica, y con ello lavaba y curaba sus propias heridas o magullones. Trataba de estar fuerte y por eso había decidido comer, aunque el tasajo y el pan no lo alimentaran lo suficiente. Comenzó a salir y a ver la luz del día. Caminaba junto a otros por el patio, dando vueltas alrededor de un mástil. Y era el mismo sol de siempre, todos y uno como había oído una vez. Y alumbraría

en ese instante a Flores y al otro día a Concepción y a todos los montes y desiertos del mundo cuando fuera su hora de hacerlo. Y sintió el encierro y las ganas de irse. De salir a cabalgar con un ventarrón helado haciendo vibrar su piel. Lo deseó con fervor, como hacía mucho no deseaba algo.

Despertó y a su lado yacía un hombre enroscado sobre sí mismo. Desde afuera los guardias se burlaban y le decían que era otro pichón, pero que ése no iba a poder volar nunca. Le faltaba un brazo. Había estado en el frente y había perdido esa parte en Estero Bellaco, después en el hospital de Corrientes durante meses. Lo enviaron a Buenos Aires y lo encerraron por vagancia. Nadie sabía exactamente de dónde era porque ya no hablaba. Sólo se lamentaba y lloraba tomándose el estómago. En principio Mariano pensó que lo hacía para llamar la atención de los guardias; pedía agua y mantas en las noches. Ya hacía mucho frío y les habían tirado unos ponchos sucios y rotos con los que se abrigaban, pero no eran suficientes. Sin embargo, comenzó a notar la honestidad del dolor. Recordó haber visto esos síntomas en el campamento: la misma posición de las piernas y los brazos contraídos sobre el pecho, como si fueran fetos. Los espasmos eran violentos y había sudor en todo su cuerpo. El olor en el calabozo era insoportable. Defecaba en el mismo lugar en el que dormía porque apenas podía incorporarse. Lo hacía cada vez más seguido. El médico y el resto de los detenidos linderos comenzaron a gritar que lo atendieran, que estaba

enfermo. Nadie acudía. Entonces Mariano comenzó a cuidar de él. Pedía agua para lavar el calabozo e improvisó un lecho con lo que encontró y recibió de otros presos. Hidrató al hombre cuanto pudo y hervía el agua que bebían para pasarla en té o en caldo, porque también necesitaba nutrirlo. Los dolores eran cada vez más fuertes, pero a medida que aumentaba el líquido en su cuerpo el semblante cambiaba. Volvió a contar los días para notar la evolución. En dos semanas estaba mejor y ya podía levantarse del suelo y comer. Muchas veces había pedido que lo llevaran al hospital, pero se lo habían denegado. No había cometido ningún delito y el capricho por dejarlo morir parecía tener más que ver con contradecir al médico. Ya saludable, lo dejaron otra vez en la calle. Se fue agradeciendo al médico, abrazándolo sólo con la mitad de su cuerpo, y esa gratitud le devolvió a ambos algunos puñados de la humanidad que habían perdido en ese lugar. Se terminaba el pequeño norte que había entretenido a Mariano en esos días. Aferrado a su escasa suerte, creyó que la lluvia, que había llegado esa tarde y que duraría semanas, servía para cambiar las visiones repetidas de su ventana de barrotes. Y pasó extensos periodos mirando cómo los charcos crecían en el barro, las múltiples finuras de la lluvia, los colores del cielo que variaban su gris cuando el sol lograba empujar apenas las nubes, violetas y rojos sobre los techos de Buenos Aires. En una de esas contemplaciones escuchó la puerta abrirse a su espalda. Eran el capitán y su escolta. Le informaron que partirían en la madrugada. Irían en convoy hasta San Nicolás de los Arroyos en busca de algunos enlistados y después hasta el Rosario para tomar el vapor que los llevaría al frente. De todas aquellas formas de la

llovizna, la noche eligió una gruesa y persistente cuando comenzaron a cargar las provisiones para el viaje. Mariano de Orma volvía a marchar hacia el combate.

El sargento a cargo de la expedición se llamaba Amado Sabino y parecía ser huraño y de un solo grito. Nadie necesitaba más para obedecerle. Lo acompañaban treinta soldados más, entre los que se encontraba el que había tumbado de una trompada y que, por ello, le había valido el cepo. Todos a caballo menos el médico y otros cuatro detenidos más, que volvían a la guerra y ocupaban una de las cuatro carretas. En otra de ellas iba una mujer, esposa de uno de los comandantes de la guarnición nicoleña, que viajaba para encontrarse con su marido, y en las restantes, equipaje y víveres, reses y tres caballos más para que descansaran los de carga. Partieron sobre la escarcha y en el pescante Mariano volvía a sentir la extensión ambigua de la llanura, la libertad absoluta y la sensación densa de no poder escapar de allí jamás, de ver el cielo celeste por leguas y creer estar siempre en el mismo sitio. Mientras duró la luz, avanzaron sin parar, aun pasando postas y sólo abrevando a los animales y comiendo rápido sobre las monturas. La mujer salió de la parte trasera de la carreta porque no soportó el calor y se ubicó junto al soldado que llevaba las riendas. Era blanca y de pelo oscuro, apenas podían verse algunos mechones por debajo de la cofia. Sus pechos saltaban escondidos

bajo el escote y podía verse el tajo sugestivo que los dividía. Allí había lunares y transpiración. Y sobre la piel de sus pechos y sus brazos desnudos, ya podía adivinarse un color rosado y daba ardor de tan sólo verlo. Muchos de los hombres intentaron recordar cuándo había sido la última vez que habían estado con una mujer. El médico lo recordaba y trataba de quitarlo de su cabeza en ese instante, y para hacerlo, para no devolver a su mente el rostro indeseado, jugó a montarse a la esposa del militar, tumbada contra unas bolsas de provisiones en la parte de atrás de la carreta. Se excitó y eso le dio vergüenza, pero luego se sintió satisfecho por haberle ganado terreno a su memoria. Al caer el sol dejaron guardia y dispusieron las carretas en círculo, como organizando la defensa del convoy, aun cuando no era región de malones ni de montoneras. Sabino mandó a buscar leña y él mismo, con ayuda de dos soldados, sacrificó a una de las reses. Ataron al animal con una soga por el cuello, hicieron lo mismo con una soga distinta y pasaron ambos extremos de la cuerda por detrás de un árbol. Dieron varias vueltas y comenzaron a tirar, cada uno de un lado, hasta que la res quedó apretada en el tronco con la soga. El sargento utilizó una faca que extrajo de su alforja y pinchó el cuello; apenas salió la punta, brotó la sangre, que se derramó gruesa y humeante en la gramilla. Afilaron con chairas sendos facones y carnearon. Estaquearon grandes pedazos de carne y llevaron el resto lejos del campamento, para evitar a los caranchos y los perros que pululaban por los alrededores. Churrasquearon hasta tarde y no hubo en esa noche diferencias ni grados. Todos bebían de los mismos porrones de caña y los que se paraban hasta la estaca, quienes fueran, atendían

el pedido de los demás. El frío era imposible. Prendieron varias fogatas alrededor y otra en el medio de la ronda de carretas, pero no fue suficiente. No tuvieron opción y se acomodaron todos en las partes traseras de los carromatos, debajo de los mantos, los embalajes con los víveres y hasta las monturas. En el calabozo se había acostumbrado al frío, por eso el calor logrado con las mantas y con el cuerpo de los demás era todavía más placentero. Soñó con la guerra. Supo entonces que, si bien no la tenía cerca aún, estaba acechándolo dentro de su cabeza, como si apersonada en un sueño o en un recuerdo supiera que estaban aproximándose otra vez a ella, su enorme boca abierta al final del camino, alimentándose de hombres, triturando con sus dientes de hierro y azufre. Antes de dormir, espió por una de las ranuras y vio estrellas caerse hasta los confines, el reflejo de los fuegos hasta algunos pies de tierra y yuyos que perdían su dominio en la oscuridad. Dorado y plateado alrededor del sueño, otra imagen que no podría olvidar y apilaría en una esquina de las cosas inútiles y bellas.

Soñó que el Solitario lo arengaba en la batalla, que él corría hacia el frente sin saber qué hacer. Tropezaba y caía en los pantanos, se incorporaba mojado y cubierto de lodo, y seguía corriendo con los gritos de aquel hombre en su oído. En su cuerpo sentía los agujonazos de la balacera enemiga, lo sacudían y el dolor era como si rodara desnudo en un campo de ortigas. Y era un sueño sin fin, una secuencia que no terminaba nunca, siempre lo mismo, hasta que despertó y pudo volver a dormirse cuando todo aún era sombra, ya sin el fuego que se había consumido.

Reiniciaron el viaje con las manos y las caras congeladas. La luz era sólo una claridad rayando los horizontes porque los hilos solares carecían de calor; eran apenas la ilusión de un brillo helado y lejano. La dura superficie que pisaban destellaba por pequeños granos de hielo y la vegetación había perdido color con la escarcha. Una de las vacas se separó del grupo, casi a media legua del convoy. Sabino envió a uno de los soldados a que la enlazara. El animal mugía nervioso y al rato podían verse remolinos de polvo a su alrededor. El soldado llegó y ya no pudieron ver más. La vaca corría de un lado a otro y algo la tumbaba al piso, un reguero de patas y tierra la perseguía. Varios cabalgaron hacia allí. A mitad de camino de los demás, los que estaban en las carretas pudieron oír los alaridos del soldado. Era una jauría. Diez u once cimarrones veteados por manchas negras y por debajo colores oscuros, quizá más claros pero oscurecidos así por el barro y el pelo apelonado de abrojos y maleza. La mitad de ellos seguía con la res, tratando de llegarle al cuello. Los restantes se habían ensañado con el soldado, presa más fácil de voltear y piel y carne más sensibles. Lo tenían tomado por las extremidades y el desgraciado defendía su yugular y su cara con el facón. Si estiraba

el brazo armado para quitarlos de sus piernas, dejaba abierto el camino a las partes más vulnerables de su cuerpo. Entonces, resistía el dolor y tajeaba a los que subían. El médico escuchó que lo llamaban y de camino al lugar pudo ver a los perros alejándose. La vaca estaba desangrándose y el hombre yacía en un charco de sangre, suya y de las bestias, con la ropa desgarrada y jadeando de dolor. Le lavaron las heridas y el médico intentó curarlo, pero las dentadas habían desgarrado la carne demasiado y perdía mucha sangre. Trató de detener la hemorragia con azúcar pero fue inútil. Lo vendaron y lo llevaron hasta las carretas. Mariano lo acompañó y fue cambiando las vendas y empujando con ellas hacia adentro de las heridas, como si así pudiera contener los fluidos o detener las gotas que caían a veces con mayor intensidad. Hacia el atardecer, ya helado y lívido, murió. Bajaron los restos de la carreta y lo enterraron al costado del camino. El médico quedó arriba, rodeado de trapos ensangrentados; su ropa estaba también manchada y la escena parecía la de un psicópata que había asesinado a alguien con los dientes. Tenía la mirada perdida en un punto fijo y Sabino lo observaba, imaginando la cantidad de encuentros con la muerte y con las entrañas ajenas que había enfrentado el médico y que esa mirada extraviada y demencial era posible en ese hombre y hasta inevitable. Lo invitó a bajarse con gentileza y con otro soldado lo llevaron hasta el pie de un arroyo para asearlo. Pasaron la noche allí, oyendo la voz del agua corriendo entre las piedras y cayendo en una cascada inverosímil en la llanura. Volvieron a churrasquear alrededor de la hoguera y Mariano no podía dejar aquella mirada, fija en la fogata, recuperando un asombro ancestral por

el fuego. Nadie habló y de a uno fueron juntándose para dormir en las carretas, salvo la mujer, que dormía bajo mitones y ponchos y no compartía nada con ellos, ni siquiera la comida. Antes de dejar la intemperie, miraron hacia arriba y vieron cómo una lluvia de astros se derrumbaban precedidos por una estela de polvo dorado, marquesina natural de la noche.

Al amanecer otearon el horizonte y vieron manojos de nubes negras que se aproximaban, irregulares y dispersas en el espacio. Algunos hablaron de tormenta y la mujer cerró las lonas con pequeñas sogas para evitar que se mojaran sus pertenencias. Pero el médico, el sargento y los soldados habían visto ya ese fenómeno en el campo y sabían que no eran nubarrones. Fue claro cuando en el piso de aquel frente negruzco pudo verse una línea roja y flameante que se agrandaba. Quizá detrás del incendio algún rayo había encendido los pastos y ahora, con el viento del sur, el infierno iba devorándolo todo tras ellos. Vadearon el arroyo y esperaron detrás de la línea de agua. Sabían que allí estarían a salvo y, si no hubiera sido por eso, quizá nada hubiera impedido que las llamas los alcanzaran. A punto de seguir hacia San Nicolás, uno de los soldados divisó un jinete que ganaba una desesperada carrera a la línea de fuego. Lo esperaron. Al llegar, saludó con la venia dirigiéndose al sargento y dio los buenos días. Tenía uniforme del ejército y su cara se escondía tras dibujos negros del hollín. Llegó tosiendo, con los pulmones lastimados y el caballo resoplando, como si fuera una extensión de él.

—Busco a Mariano de Orma —dijo.

Sabino adelantó su caballo junto al del soldado.

—¿Quién lo busca?

—Me enviaron de la gobernación. Lo necesitan urgente en la ciudad.

El sargento miró al médico y ambos asintieron. Tomaron uno de los caballos que venían atados a la última carreta, lo ensillaron y Mariano lo montó, ya con otra actitud y otro cuerpo sobre las cosas, retomando del aire una energía aérea e imprecisa para enfrentar lo inesperado, aunque imaginó cosas: imaginó a Flores, que lo habían atrapado. Imaginó a Concepción, que había vuelto y reclamaba su presencia y don Gutiérrez había mandado por él. Y como siempre sucedía, en su vida y en la de todos, nada de lo que había imaginado era realmente lo que lo llevaba otra vez a Buenos Aires.

Cabalaron intentando rodear el fuego durante lo que duró la luz, y eso los llevó cada vez más al oeste. La sudestada se detuvo y entonces giraron hacia la izquierda, rumbo al sur, y, cuando lo consideraron preciso, fueron otra vez hacia el este para encontrarse con las orillas de Buenos Aires. Llegaron a la madrugada y no habían detenido la carrera frenética porque el soldado marcaba el ritmo y no daba descanso. No se hablaron y, recién cuando llegaron a la puerta del cuartel y los esperaban varios oficiales y otros civiles, pudo enterarse de lo que ocurría. Uno de los hombres que no vestía uniforme era ayudante del gobernador Alsina, y fue él quien explicó la situación. Habían llegado dos muertos en uno de los vapores provenientes del frente y la mitad del pasaje de a bordo enfermos. El hombre del gobierno hizo una pausa, un silencio que servía para ahondar el drama que rondaba las palabras que seguirían.

—Una familia entera está enferma casi a una legua del puerto —dijo—. Todos con los mismos síntomas.

Miraba a Mariano mientras hablaba y juntaba las manos en su espalda como si no supiera qué hacer con ellas. Estaba nervioso y todos parecían estarlo.

—Ya murieron dos de esas personas y no sabemos cómo hacer para aliviar a las que quedan.

—Y qué puedo hacer yo que no pueda hacer otro médico.

Le respondió alguien desde detrás del grupo, un hombre con uniforme y con los rastros del sueño en la cara. Pudo reconocerlo de inmediato; era aquel oficial que le había dado la sentencia cuando lo encerraron, el mismo que días antes le había dicho que volvía a la guerra.

—Usted en el cuartel curó a un hombre que creemos tenía la misma enfermedad.

Mariano no contestó y el ayudante del gobernador se acercó a él como si tuviera vergüenza de decir delante de los demás lo que iba a decir. Arrimó su boca a una prudente distancia de los oídos de Mariano y le habló:

—El gobernador le solicita especialmente sus servicios. La familia enferma es amiga de su excelencia.

El médico aceptó con el silencio y pidió un botiquín y unos elementos que ya tenían dispuestos. Lo subieron a una carreta como si hubieran conocido su respuesta horas antes de que arribara y eso lo convenció de que no hubiera tenido más remedio que aceptar, porque de lo contrario lo hubieran obligado a hacerlo. Las calles que transitaron estaban vacías y en algunas casas sacaban muebles y trastos viejos y los prendían fuego. Fueron en primer lugar a ver a los amigos del gobernador. Un palacete en los suburbios antecedido por un jardín de rosas secas y vegetación exhausta, como si todo lo que rodeara la vida de esa gente también se estuviera contagiando. Entraron y el hedor los descompuso. La pestilencia tenía un olor propio

pero si se alejaban de los lugares más infestados podían diferenciar el vómito de las deyecciones. Habían concentrado a los enfermos en una misma habitación en el primer piso de la casa, y los sirvientes tenían pañuelos en la cara, ora para evitar el hedor, ora para no contagiarse. Los que habían muerto —un joven que había vuelto de la guerra unas semanas antes y su pequeña hermana de diez años— estaban en otra habitación, esperando a que los vieran el juez y el médico.

Después de Curupaytí una epidemia de cólera había azotado a los campamentos. Primero fueron los paraguayos. Las divisiones que hacían el reconocimiento se encontraban con manteles de cuerpos que dejaban tendidos en los campos a medida que el enemigo se replegaba o avanzaba. En el cuartel de la Alianza pensaban que era enfermedad de indios y de incivilizados, no faltaron los que creyeron en castigos divinos. Más tarde los brasileños. Abandonaban a sus enfermos para que los recogieran los paraguayos y éstos nada hacían o los asesinaban. Acaso un acto de piedad antes de dejarlos morir en los esteros, con ese dolor indescriptible mordiendo las entrañas. Luego llegó a las tropas nacionales y el médico vio los mismos síntomas que en aquel hombre con el que compartió el calabozo y al que aplicó lo poco que había dado resultado: hidratarlos y tratar de que no perdieran demasiado peso. En el campamento morían como moscas. El tiempo que tardaron en comprender qué les sucedía y después cómo combatir la enfermedad, fue suficiente para acabar con tantos hombres como si hubieran decidido juntar todos los ejércitos de aquella contienda y enfrentarlos a un enemigo más poderoso e invisible. Y en ese momento el médico

pensó que la peste era tan sólo una mano más de la guerra y que quizá guerra y peste fueran una, como todos los hombres lo eran, y todas las cosas del mundo, como había creído entender de lo dicho por Quenoalichaba.

Los dos cuerpos que estaban en la habitación, cada uno en una cama, tenían los rostros azules y la piel se adhería a los huesos, sábana pálida cubriendo un esqueleto. Parecían descansar y que todo el dolor se había ido para ese descanso, pero eso podía verse sólo en las manos, lo único que asomaba por debajo de los tules con los que habían envuelto las mortajas. Todo lo demás distaba de la humanidad que había tenido alguna vez. Salieron de allí consternados, sobre todo por el rostro de la niña, y entraron en la habitación donde estaban los enfermos. Eran una pareja, la madre y el padre de los difuntos, y una anciana, que había sido la última en contraer el mal. Estaba ya casi sin aliento ni pulso cuando se acercaron y falleció minutos después. Enormes jarrones y fuentes para los desperdicios ladeaban las camas y ya no podían limpiarlos bien, no alcanzaba el tiempo para hacerlo. El médico ordenó abrir las ventanas y dio órdenes de que les dieran té y caldo todo el tiempo. Envío por sandías y también dijo que se las dieran de comer. Ordenó también que enterraran los cadáveres.

Fueron al puerto. La carreta tomó una calle directa y, luego de un pequeño tiempo de ver pasar gente en otros carruajes y los últimos reflejos de la mañana en las paredes, el asfalto se abrió hacia el río majestuoso y culminaba en las dársenas, estación serena de los barcos. Habían trasladado a los enfermos a un lazareto improvisado con camastros en uno de los

galpones. El calor era agobiante y lo primero que hicieron fue pedir que dejaran correr el aire por alguna de las aberturas selladas. Allí estaban los marineros y soldados que pensaban encontrar, pero ya varios estibadores y otros marinos que estaban en tierra habían ocupado las plazas. Todos tenían los mismos síntomas. Algunos parecían sufrir el avance de la afección de forma más acelerada que otros. Ésos ya tenían un agujero en la base del camastro, a la altura de la cintura, para poder deyectar directamente en los baldes individuales. Algunas hermanas de la caridad se habían acercado desde el hospital para ayudar con el cuidado de los enfermos. Allí entre todas ellas estaba Gutiérrez, impartiendo indicaciones y mirando hacia el final de las líneas de camas, contemplando la hilera de caras sin color, los lamentos, la primera chispa mortal de la hecatombe. Se abrazaron y Gutiérrez, envejecido y cansado, le dijo que no era como lo habían visto en la campaña después de la batalla de Pavón, ni en Chascomús ni en Rueda ni en los otros pequeños poblados que se habían alarmado por un brote que tan sólo se había llevado a dos personas. Que no era como los primeros casos en Buenos Aires y que seguramente tampoco sería como él lo había visto en el frente, que allí el hacinamiento y la mugre de los campamentos propagaban la dolencia pero la cercaba en los campos del litigio. Era una ciudad y, si se esparcía por ella con la virulencia y la fuerza que traía, iba a causar más muertes que la guerra. Y lo decía como si la enfermedad fuera un ejército, hombres uniformados de negro, con palos espinados y sables, avanzando sobre la población de Buenos Aires y haciendo saltar las cabezas por el aire, gotas de sangre y vísceras regadas por las calles.

Así lo imaginaba Mariano, y juntos intentaron ordenar el lugar para acomodar a los moribundos, que ya eran muchos y en poco tiempo serían todos.

Días después de su regreso a la ciudad ya eran varios los lazaretos que había dispuesto la comisión de higiene y los hospitales estaban atestados de internos. La mitad de los enfermos que ocupaban el lazareto del puerto ya habían muerto, pero sus camas no estaban libres porque habían sido ocupadas por otras personas que vivían en las inmediaciones, y ese era el sitio de la zona para acudir. Él y Gutiérrez se quedaron allí hasta que ya no quedó nadie vivo o enfermo como para ocupar plaza y se repartieron en otros sitios. Mariano fue al Hospital Español del Perpetuo Socorro y perdió rastro de su colega hasta que supo que estaba también enfermo. El tráfico de las carretas era inusual por la noche y la madrugada y, sin embargo, podía escucharse el traqueteo a cada hora; si no era para alejar a las familias de la urbe que escapaban en pánico hacia la campaña, algunos llevando la enfermedad consigo, era para trasladar los cuerpos a los cementerios. Habían inaugurado varios: uno en el Parque de los Patricios y otro más al sur. Uno de ellos sería luego un digno parque con bronce y estatuas de próceres nacionales que aplastarían el recuerdo de los difuntos anónimos. Otros quedarían bajo las casas y las calles de una ciudad distinta, ignorándose entre sí los vivos y los muertos.

El médico llegó al hospital y enfrentó la nueva cara del desastre, porque ya eran más los internados en las grandes salas de camas con respaldares de hierro, frente a los ventanales, que hacían brillar el azul pálido de la cianosis en las caras. Mujeres,

niños y hombres. Jóvenes y ancianos. Todos igualados por la violencia natural y enigmática del deterioro humano. Los cuerpos estaban fríos y algunos a tal punto que les habían puesto debajo de las frazadas, alrededor del cuerpo, ladrillos calientes envueltos en trapos. Lo enviaron a que se encargara de las últimas diez camas y empezó a ver uno por uno a los que les había tocado en suerte. Lo ayudaban tres hermanas y una mujer de la beneficencia. Corrían de un lado al otro con recipientes nauseabundos, compresas, paños y botellas de botica. Una estaba sentada junto a un niño. No tenía más de ocho años, estaba lívido y con los rastros del sudor frío. Sus manos se perdían entre las sábanas y la cama entera parecía devorarlo, fauces míticas de una deidad carnívora. Se oía la voz de ella y un susurro que le respondía, dulce y agudo. Mariano se acercó y le preguntó cómo estaba. Le dijo que le dolía el cuerpo. Tenía calambres como todos los demás y, cuando esto pasaba, le hacían fricciones con alcohol alcanforado. Le pidió a la hermana que se los hiciera y siguió camino por el pasillo que dejaban los respaldares.

Los otros médicos y los practicantes aplicaban en sus enfermos lo que les parecía apropiado y no existía uniformidad en lo que hacían. En la mayoría de los casos un mismo tratamiento salvaba a unos y no tenía efecto en otros. En el cuartel de la Barraca de Retiro aplicaban soluciones con quinina y calomel y sales para hidratar los cuerpos secos. En otros lugares utilizaban sólo líquido como él lo hacía, y tres camas más allá de la última que atendía, aplicaban inyecciones de narceína. Siguió dando té y caldo y abrigándolos, pero horas después de haber cruzado la puerta de esa sala lamida por la penumbra de la noche

incipiente, ya se habían muerto seis de los diez que tenía a cargo. Era el promedio de todo el hospital y seguramente de toda una ciudad que agonizaba en la enorme extensión de un país en soledad y recién nacido.

Llegaron más a la madrugada y, según oía de los que venían de las calles, ya las casas eran tomadas por pequeños lazaretos sin cuidado, donde sólo restaba esperar, morir o que la suerte hiciera una excepción. Dos de las hermanas comenzaron con vómitos y entonces discutieron acerca de cómo se habían contagiado; hacía dos días que estaban allí, bebían de recipientes distintos y sólo té, y no habían comido nada en ese lugar. Pero tenían contacto con los baldes de las deyecciones, los vómitos y con las sábanas y la ropa de los infectados. Comenzaron a lavar todo después de utilizarlo y se higienizaban periódicamente. Juntaron las sábanas que habían usado los fallecidos y la ropa también, y aquéllos quedaron desnudos sobre las carretas, apilados y sin el pudor que la muerte cambia por pena y grima. Con todos esos despojos de paño y tela hicieron grandes fogatas que iluminaban los empedrados y anunciaban la enfermedad como señales de naufragos para los que se acercaban por las esquinas, y el puñado de casas que se hinchaba en la tierra podía verse desde el Río de la Plata como la vieron muchos navegantes primarios, tribus de fuego y misterio. En medio de todo eso llegó el ayudante de Alsina preguntando por él. Con verle la expresión sombría en el

rostro sabía que se trataba de don Gutiérrez. Ninguna otra persona podía significar para él una mala noticia en boca ajena. Fue así como lo pensó. Había caído y estaba en Barracas de Retiro. Había pedido que fuera él a atenderlo. Lo llevaron por las calles incendiadas montado en un alazán tostado que cruzó aquel pandemónium a velocidad, jinete solitario del Armagedón. Cuando llegó, no notó diferencia alguna entre ese sitio y todos los que había conocido en esos días: la palidez hacinada entre sábanas amarillentas y el hedor característico, la sensación ineluctable de caer también entre ellos, respirando la podredumbre, que entraba por los poros y los ojos. Gutiérrez estaba acostado, desnudo y doblado hacia arriba sobre la cama con las nalgas incrustadas en el agujero de la parrilla, defecando líquido y aire y sufriendo al hacerlo. No quiso avergonzarse y esperó detrás de las mujeres que lo asistían y de dos médicos que intentaban calmar el dolor de los calambres estomacales. Se retorció y apretaba los dientes; podían verse ya todos los músculos de la cara y del cuello, serpientes convulsas luchando por salir desde adentro. Se acercó y lo vio llorar. Por el dolor y por verlo. La mirada resistía la compasión pero terminaba por aceptarla, porque no existía ni había existido antes entre ellos, ni siquiera cuando Mariano se había entregado en el destacamento, porque allí lo creyó fuerte y entero, y ahora, del otro lado de la pena, tampoco la esperaba y, sin embargo, parecía no haber lugar para otra cosa. Hablaron del tratamiento que le estaban aplicando, pero no de los resultados, porque eso parecía obvio. Gutiérrez le pidió que hiciera algo para aliviar el dolor y Mariano hizo que le inyectaran una solución con clorhidrato de cocaína. Lo hicieron y más calmado su

padecer pudieron hablar de otras cosas hasta que la voz se hizo imperceptible, y del sueño profundo que se llevó su conciencia pasó a no tener pulso y a irse del mundo. Mariano comprendió esto cuando la piel fue tornándose nevada y ya no se movía su tórax tratando de aspirar el poco oxígeno que podía.

Volvió al hospital e intentó dormir. Antes recorrió el pasillo en la oscuridad, rozando frentes con las manos y hablando con las mujeres que pasaban la noche junto a los pacientes. Se recostó en una de las camas vacías y cerró los ojos. Los párpados temblaban como si no pudieran contener dentro de su cabeza el torrente de pensamientos. Volvió a abrirlos y se detuvo en el techo, los mapas de humedad y hongos dibujados como el contorno de continentes vistos desde una altura a la que nadie había llegado aún. No podía relajarse y se entregó al silencio, un silencio que había que entrever separando los gemidos y la voz secreta de las hermanas que acercaban consuelos y oraciones. Se levantó y se acercó a una de ellas. Se diferenciaba de las demás porque el hábito era negro y le cubría la cabeza. Miró al médico. Era de piel oscura, su sonrisa blanca y perfecta y los ojos tan negros como el hábito. Hablaba con el niño. Era un juego de opciones que él respondía con dificultad, pero con un gesto de la boca que se acercaba a una sonrisa.

—¿Mañana o noche?

—Mañana —contestó.

—¿Sol o lluvia?

—Sol.

—¿El río es sopa o es agua de mate?

—Para nadar. El río es para meterse —dijo con la sonrisa más pronunciada, transgrediendo las reglas del juego.

—¿El corazón de los pájaros es un reloj o los relojes tienen corazones de pájaros?

Lo pensó. Quizá imaginó que para lo segundo había que quitarles el corazón a todos los pájaros y no pensó en la extinción de ellos, montañas de aves muertas, sino en verlos sin corazón, y prefirió la otra alternativa. Sonrió otra vez y, con los labios casi pegados, imitó el sonido de un reloj con uno de sus dedos pequeños martillando apenas su pecho.

La hermana se fue sin mostrar de nuevo su rostro, se alejó y su figura sombría cruzó el resplandor de la puerta que separaba el cadalso del pasillo principal. Al mediodía siguiente el niño murió y fue en carreta con todos los demás a ocupar una capa de la tierra sobre la que crecería otra ciudad del mineral de los huesos. Y muchos seguirían ese destino, sin elegirlo ni desearlo, apenas proyectos de vidas arrojadas a la voracidad de las realidades.

Cuando estuvo en París fue al cementerio del Père-Lachaise. Fue a visitar las tumbas de Honoré de Balzac y de Chopin. El perfil sobre la lápida, la nariz aguileña del compositor que lo alejaba de los retratos que tanto había visto en los afiches de sus conciertos. Allí había pájaros negros también. Eran cuervos. Se posaban en las ramas de los árboles huérfanos de otoño, sin hojas y con el manto gris de fondo, la llovizna diurna de la Ciudad de las Luces. Miraban al frente como si fueran centinelas, con esa atención vigilante sobre las cosas sin llegar a observarlas, una indiferencia rígida y fingida. Sacaban pecho y gritaban sólo lo necesario y entonces nadie sabía que estaban allí hasta que oían el revoloteo o distinguían que algo negro se movía entre los tonos opacos del cementerio. Europa era un recuerdo extraño ahora, acaso inexistente, como las cosas que se recuerdan y nunca sucedieron, que fueron construidas por el deseo hasta dejar una huella sensorial clara y precisa. Y no había recordado todo eso por los pájaros, ni por el cementerio, ni por el día gris. Eso era consecuencia de otro pensamiento. Le habían pedido que le escribiera a Concepción para comunicarle la muerte de su padre. Tenía la dirección escrita en un papel que apretaba en su mano,

la dirección donde ahora vivía aquella mujer ausente y desconocida. Aunque había decidido no hacerlo, se dio cuenta de que nunca había cruzado por su cabeza esa posibilidad, la de comunicarse con ella.

Bajaron a Gutiérrez de la carreta, envuelto en las mismas sábanas sobre las que había dejado de respirar. No había cuervos ni aves distinguidas esa mañana en el cementerio que la epidemia daba a luz en el sur. Balancearon la mortaja con sogas hasta el fondo de un pozo de tierra húmeda; había llovido la noche anterior y todavía caía sobre la ciudad una llovizna concurrecida y triste. Nadie dijo oraciones ni lloró. Oyó a alguien decir que Dios se había olvidado de Buenos Aires, y él pensó que eran los hombres los que olvidaban, que el olvido no era casual, que quedaban atrás las cosas que no conmovían ni dolían y las que no daban nada a cambio de ese interés.

Cuando estaban subiendo a las carretas para el regreso llegaron dos jinetes. Traían noticias sobre un levantamiento de la población y de una multitud que ya se acercaba a la plaza. Se dirigieron hacia allí y encontraron en el camino a la soldadesca que se aprestaba a rodear los edificios de gobierno para protegerlos. Estaban armados y, sin embargo, en la calle no se respiraba el clima denso de las revoluciones. Quien no había huido estaba muerto o enfermo, o encerrado, como si el cólera pudiera manipular los picaportes o romper las ventanas. La pueblada había copado la plaza y pedía la renuncia de las autoridades municipales. Habían despertado de un letargo de estupidez donde todo resultaba ser mágico o divino: los castigos y los alivios. Nada tenía ver con que los pozos de agua estuvieran cerca de

los pozos negros ni con la guerra ni con la desorganización de los lazaretos.

Llegó Alsina con su séquito y entró al edificio municipal. Lo hizo decidido, como si compartiera la exasperación de todos, pero en realidad estaba aterrado, nadando entre brazos y gritos para llegar hasta la puerta. La gente quiso ingresar con el gobernador y los soldados que rodeaban la entrada arremetieron contra la muchedumbre, algunos con la bayoneta en punta para hacer distancia. Hubo heridos y caídos y entonces, los que estaban en la primera fila, frente a la amenaza de las armas, se defendieron a patadas y algunos a cuchillo y palos que les alcanzaban desde atrás. También cayeron algunos soldados y se oyeron los primeros disparos. Hubo dispersión y la plaza quedó vacía a la mitad, la desolación necesaria para que pudieran verse los cuerpos baleados manchando la tierra. Tomaron una carreta sin caballos y la cargaron con despojos de otros carros, madera y heno que había en la entrada de un establo. Le prendieron fuego y se parapetaron detrás de las llamas, y empujaron el carro encendido contra la guardia, cometa lento de cola humana. Hubo más disparos, pero detrás de la columna que había avanzado contra el edificio se abalanzó toda la gente y volvieron a ganar la plaza. Los soldados se resguardaron dentro del edificio y, cuando algunos ya se aprestaban a incendiarlo, hizo aparición el gobernador y anunció la renuncia de los municipales y dio una lista de acciones para detener la enfermedad. El médico estaba entre los que escuchaban y oía con descrédito muchas de esas falacias, sabiendo por vivir de cerca la lucha contra esa desgracia que no

tendrían ningún efecto más que calmar el terror y la desesperación de la masa iracunda.

Hacia el otro año el cólera morbo se iría de Buenos Aires. Se habría llevado más de mil seiscientas almas, entre ellas la de Marcos Paz, el presidente en ejercicio, y se extendería a otras ciudades y mataría más aún. Dos años después vendría la fiebre amarilla y sería peor, y aquellos que creían en el castigo lo confirmarían, agonizando con el cuerpo hirviendo entre hemorragias y dolor. Y la guerra seguía, con sus pestes, su dominio, cómoda y exultante, caminando hacia la Asunción.

Le restituyeron el grado militar como reconocimiento a su labor durante la epidemia, pero lo enviaron al frente y con la recarga de servicios que le habían prometido. Todavía quedaba mucho por hacer en los hospitales y en los lazaretos que continuaban en pie, pero eso sólo lo pensaban él y los internos, y no las autoridades que deseaban que se cumpliera toda ley, como si de esa forma pudieran acercarse otra vez al orden.

Viajó al Rosario por tierra y después de allí cruzó en vapor hasta Corrientes. El primer tramo sólo durmió: el traqueteo fue un arrullo y no importaron ni la luz ni el calor que envolvían las lonas de la carreta. El sueño fue profundo y reparador; sólo despertaba para churrasquear con el resto del convoy en las noches desiertas y silenciosas. Ver sólo oscuridad en tantos días le daba una sensación satisfactoria de lejanía del mundo, como si viviera en una dimensión sin sol, sin gente y sin nada que la gente pudiera provocar, protegido sólo por la ausencia y un techo negro dibujado de constelaciones.

Llegó al Rosario por segunda vez y recordó la belleza de la ciudad incipiente. La capital frustrada de Urquiza que había nacido junto a una capilla de la virgen, hermana gemela de

Valparaíso y Montevideo, villa hermosa que más tarde mostraría su lado siniestro de trata y secuestros, estirpe convencida de anarquismo y gringaje. Se alejó para siempre de ella sobre el cuerpo marrón mineral del Paraná y la vio desde allí, perdida entre techos y humo.

Pasó por Corrientes y estuvo en los hospitales militares sólo dos días. Llegaban los heridos de Tuyú-Cué y la sorpresa había desaparecido ya de todos los rostros, porque, desde hacía casi cuatro años, ver los cuerpos agujereados por la metralla ya era parte de esa nueva existencia. Otros mil habían quedado regando su vida en el campo, y los paraguayos con pocos hombres habían secuestrado las armas y ganado el terreno. El ejército aliado había retrocedido hasta Tuyutí y hacía allí lo enviaron, al lugar desde dónde había comenzado y que marcaba el reinicio de todo. Al llegar estudió el entorno y no quería que nada se repitiera, acaso porque había acostumbrado sus ojos a cosas nuevas, horrorosas o bellas, y el único pavor posible era el de volver a ser el de antes en un mismo lugar. Mitre había vuelto a Buenos Aires para asumir la presidencia y ahora el imperio disponía del mando de la guerra en manos de Caxias. Los generales argentinos sólo esperaban las órdenes y esa espera dependía de lo que la escuadra brasileña hiciera sobre el río Paraguay, empeñada en forzar los pasos de Curupaytí y Humaitá, precisos para bombardear desde allí la capital y avanzar sobre las últimas fuerzas de López.

Se presentó ante el general Garmendia y se puso a disposición. El general tenía una mirada profunda y certera; los bigotes que terminaban en punta sobre sus labios le daban un aire de honorabilidad y distinción. No era muy alto y cada mañana tenía

el uniforme como si lo hubieran almidonado el día anterior. En ese momento era un militar que exaltaba la caballería en la batalla y erigía códigos nunca escritos sobre la lealtad. En los atardeceres, antes de la fuga total de la luz, solía pintar en la entrada de su tienda, con la camisa blanca arremangada y una expresión que lo alejaba de su espectro marcial. También escribía crónicas para un diario en Buenos Aires, y en una de ellas hablaría con desdén de la entrada a la Asunción, de ciertas conductas inhumanas y poco decorosas de los militares brasileños, pruritos que el general olvidaría años después en la campaña del desierto y al mando de las fuerzas que reprimirían los levantamientos radicales.

Garmendia recibió un pedido de Cordovil Maurity, marino al mando del monitor Alagoas, quien le solicitaba un médico para tener a bordo y así reforzar la enfermería, en vistas del ataque al paso de Curupaytí. Se trasladaron los servicios de Mariano de Orma a la escuadra imperial, y dos días después una canoa lo acercaba al gigante de hierro que se aprestaba a remontar el río Paraguay en busca del combate. Estaba cerca de la orilla y se levantaba de la superficie como un monstruo, Kraken del hombre libertado en las selvas del nuevo continente. Una chimenea oscura lo coronaba y los cañones rodeaban el perímetro bajo la cubierta. Detrás de él las otras naves de la escuadra imperial se alineaban: otros monitores, acorazados, cañoneros, bombarderos y vapores más pequeños con tropas, enjambre de reptiles pesados al acecho. Los marineros eran hombres avezados, y los oficiales, distinguidos y experimentados en el arte de la guerra naval, herencia del talento portugués para la colonización y el saqueo. Los troperos sólo llevaban cambás, esclavos negros traídos desde

San Pablo, comprados por el gobierno para ser primera línea de fuego y engañados con una libertad imposible. Estaban hacinados en los barcos, miles de ojos cansados esperando que abrieran las compuertas al combate, como si esa fuera la redención.

Fue presentado al resto de la tripulación con los respetos debidos y se acomodó en uno de los camarotes. Más tarde lo llevaron a la enfermería, un habitáculo con tres camillas cuya ventana daba a un corredor de la cubierta, y en esa cubierta los cuerpos heridos recostados sobre sábanas. Ordenó bajarlos y que los llevaran al campamento de Tuyutí. Pasó revista a los practicantes que lo ayudarían, volvió a su camarote y se recostó. Miró sus manos y sus pies y se reconoció. “Soy Mariano de Orma”, pensó. “Soy el de ahora y soy el mismo que fui antes de esto. Soy el médico que fue a la guerra y escapó de ella para cumplir, a medias, una promesa. Soy el que ha regresado, soy otro”.

Velaron armas durante dos días y en la noche del tercero —febrero cargado de calor y humedad—, fueron contra las defensas del primer paso. Navegaron despacio para no ser descubiertos hasta que dieron la alerta desde tierra. Los soldados paraguayos encendían fogatas en la costa para que los artilleros pudieran ver los barcos. Comenzaron a tronar los cañones de las naves; las chispas y el fuego completaban la línea de impacto en las costas donde estaban ubicadas las baterías de defensa, veintidós cañones que durante una hora dispararon a mansalva contra las naves. La mayoría de las balas se hundían en el agua del río que estaba bravo y molesto, y podía verse su vaivén en la luz amarillenta de las llamas y las explosiones. A veces el ruido del impacto cambiaba y se sentían también alaridos, y eso significaba que se había hecho blanco. Un acorazado destruyó la cadena que unía las chatas que contenían el avance en el canal, mientras otros barcos, escupiendo infierno sobre los árboles, bombardeaban Humaitá. Era necesario aprovechar el envión y la oscuridad. Tres acorazados esperaron a que los monitores se juntaran con ellos por detrás. Unieron a cada uno con un cabo y avanzaron en una escuadra de seis hacia el segundo paso. Mientras

realizaban las maniobras notaron extraños movimientos en el agua. Algo se acercaba a ras de la superficie como un grupo de yacarés y parecían ser demasiado anchos y aparatosos como para semejar a esos animales. Iluminaron con cohetes desde el insignia y comprobaron que se trataba de jangadas, canoas y chatas con paraguayos que intentaban un desesperado abordaje de la escuadra. Los soldados enemigos se sorprendieron ante la luz que los descubría, y abrían los ojos con sorpresa y se quedaban estáticos, niños descubiertos en sus escondites de juego. Giraron los cañones hacia ellos y los atacaron. Fue disparar a capricho y ver saltar por el aire los jirones de agua, trozos de botes y hombres. Cuando los sargazos se esparcieron por el río, naufragio voraz de un viejo orgullo americano, las naves imperiales avanzaron soberbias hacia Humaitá. Tenían órdenes de no disparar para no delatar posiciones y hacer más fácil la puntería de las baterías que eran seis veces más numerosas que las de Curupaytí. Pero fueron otra vez descubiertos. Encendieron más fogatas para hacerlos visibles y los ciento cincuenta cañones que ladeaban el paso abrieron fuego, y estuvieron rodeados de luces los primeros segundos, un instante de brillo esplendoroso y cálido que arrojaba sobre la selva una fiesta de colores dorados. Pero la espectacularidad duró sólo lo que tardaron las balas en llegar a la materia, madera y hierros que sostenían las naves invasoras. Las antecedía un silbido siniestro y creciente y despedazaban las partes con fuerza caótica. El médico se asomó por la ventana a cubierta y vio una nube de astillas que se cernía al barco desde babor a estribor. Salió y pudo ver llamaradas que subían por la proa, como si llegaran desde el agua y abordaran vengando el

coraje de los que habían intentado hacerlo minutos antes. Los estruendos eran atroces y no parecía haber lugar en la nave que no hubiera sido sacudido por el fuego paraguayo. Agujeros y maderas levantadas en punta, el estómago del monitor estallando desde adentro. Comenzaron a llegar los heridos. Nadie los traía porque quien no estaba herido estaba combatiendo. Se arrastraban por los estrechos pasillos y llegaban partidos y sangrantes. El médico atendía a los que estaban en la enfermería y daba indicaciones a los asistentes, practicantes y soldados heridos en recuperación, y él recorría el barco en busca de más caídos. No había tinieblas alrededor; todo era luz, fuego y relámpagos amarillos que se sucedían desde las costas. El barco se balanceaba como en un tifón y eran las olas que causaban las explosiones en el río, y quizá fuera también cada impacto sobre el casco. El médico se tambaleaba con cada sacudida y lo hacía para esquivar las esquirlas y los pedazos de madera que saltaban en todas direcciones. Arrastró a dos o tres heridos hasta la enfermería y ya después no pudo salir más porque el fuego era intenso. Se asomó por última vez y vio cómo el monitor se alejaba de los otros cinco que formaban la escuadra. Habían destruido el cabo que los unía a la bahía y todos lograron cruzar, menos ellos, que quedaron en medio del fuego permanente y salvaje de las baterías. Intentaron volver, lo hicieron una y tres veces, y no lo lograron. Siguió adelante, tolerando el cántaro de balas. Pasaron, pero absorbieron todo el fuego y, al llegar al otro lado, tenían tantos agujeros que el barco se ladeaba de un lado al otro y crujía como si una fuerza invisible lo masticara. Continuaron camino hasta el fuerte de Laurel y luego se unieron

a los acorazados en Tayí. Embicaron junto a otras dos naves destruidas y el resto siguió hasta la Asunción. El silencio bajó sobre ellos como una tormenta invisible de quietud y negrura, y el río se aquietó, mientras surcaban por él como acariciándolo. Las llamas que sobraban del castigo y que traían en varias partes eran los últimos resabios de luminosidad. Bajaron en botes a los heridos y los llevaron a tierra, el médico con ellos. Los muertos fueron arrojados al río durante la batalla o al final de ella, cuando dificultaban el paso por los pasillos; los reptiles tuvieron su banquete de carne mechada con la pólvora. Estaban ahora tras líneas enemigas y hacían todo en silencio; el terror los acompañaba. Mucho después volvería a subir a una embarcación y cruzaría mares embravecidos y lejanos, y el peligro sería ellos mismos desafiando la estirpe de los océanos fríos.

Los demás intentarían tomar la fortaleza de Humaitá y fracasarían. Desembarcarían los cambás y los estarían esperando tras una pronunciada curva del río, la hechicera muerte detrás de los muros, de las casamatas artilladas y de los kilómetros de trincheras. Nacidos en el cautiverio de las plantaciones y dejando una libertad prometida lejos de los lugares que creyeron suyos y que sólo soñaron. Sería la última victoria paraguaya de la guerra y no habría comienzo del fin, porque había terminado todo hacía mucho tiempo para que la idiotez de algunos extendiera sin sentido la matanza. Mariano volvió con las tropas nacionales emplazadas en Las Palmas, cerca de la Asunción, para iniciar el ataque final, que sería comandado por Caxias en Lomas Valentinas, y ese tiempo de sangre y fuego daría aún sus últimos alientos sobre la tierra, dragón de nácar maldito renacido en el bártro.

Cuando terminó la batalla, que después con los años daría nombre a los mitos que bañaron de gloria a los unos y a los otros, las lomas estarían cubiertas de cuerpos: miles de hombres, niños y ancianos mutilados por las bayonetas y la metralla, regando con sangre esa tierra cuyo nombre, Lomas Valentinas, sería escrito en los anales vencedores. Y quedaría sólo eso, el nombre de aquellas mesetas y las historias que es propicio contar, que agrandan, desfiguran y olvidan la vida de cada uno de ellos. “Nadie los conoce ni los conocerá jamás”, se decía el médico al recorrer lo que quedaba, “nadie reconocería sus caras cuando la corrupción y el tiempo desplegaran sus fuerzas sobre el paraje”.

El primer día de combate el ejército imperial había avanzado sobre las trincheras de Pikysyry, y en ellas sólo había niños que no podían tener más de doce o trece años, ancianos y heridos de batallas anteriores, con sus carnes colgando inútiles, trapos morados de sangre seca envolviendo los cuerpos, grillos tardíos muriendo de frío en el invierno. Cuando los cambás la cruzaron, quitaban las barbas postizas de los cuerpos infantiles, disfraces que les ponían los oficiales para que parecieran bravos en la distancia. Todos estaban desnutridos y las costillas eran un

blanco fácil para enterrar entre ellas las bayonetas y las lanzas. Los brasileños avanzaban y la desorganización del ataque los hacía aislarse entre trincheras. Eran emboscados y caían como moscas, pero la superioridad numérica era tan abrumadora que las montañas de negros muertos parecían no hacer diferencia en el resultado. Los paraguayos fueron replegándose hacia la última trinchera de Itá-Ybaté. Rechazaron el ataque con cuantiosas bajas y se reagruparon en la retaguardia tras una zanja por la que corría el agua hacia el Potrero de Mármol, escondidos en trincheras de sesenta centímetros de profundidad donde estaban protegidos al frente pero descubiertos en los flancos. Durante el ataque del segundo día de los seis que iba a durar aquella locura, se abatió sobre el campo una intensa lluvia y el barro vistió de un solo color a todos ellos. Se mataban indistintamente, como si jugaran un juego en el que nadie podía salir vivo, disparar y clavar hasta que sólo quedara uno. El color informe cambiaba abruptamente cuando desde las baterías imperiales comenzaban a abrir fuego sobre las posiciones paraguayas, y detrás de las explosiones de lumbre rojiza saltaban por el aire los pedazos humanos entrecorados con barro y ropa. No fue sino hasta los últimos días que Caxias se convenció de que no podría solo con sus hombres y pidió a Gelly y Obes que movilizaran a los argentinos, y éstos inclinaron por su número la batalla. No cesaba el temporal. Los cegaba la cortina densa de agua y el humo que dejaban en el éter las baterías aliadas. Entonces, los que estaban dentro de las trincheras veían cómo saltaban sobre ellos los enemigos y todo era cuerpo a cuerpo, gritos de coraje falso y de dolor. Los batallones de Córdoba y Santa Fe cruzaron la línea Itá-Ybaté, y como

tantos otros quedaron aislados por adelantarse demasiado y fueron emboscados y rodeados. Sufrieron fuego a quemarropa y el asalto de una pequeña avanzada de caballería que los degollaba en pasadas, ángeles negros de la muerte que viajaban con la niebla. Los pudieron sacar otros batallones, pero quedaron en el campo muchos heridos y no podían retroceder fuerzas para llevarlos a la enfermería del cuartel. Corrieron la voz y el médico se dirigió hacia ellos. Tomó un caballo y lo flanquearon otros tres soldados de caballería que lo protegían. El campo era un caos y podían distinguir a los enemigos porque estaban descalzos y con taparrabos; llevaban tacuaras o fusiles y quedaban rezagados de la retirada después de que los aliados penetraban sus líneas. Se apeó para atender a los heridos y vio la batalla desde adentro. Disparos y relámpagos que antecedían a los gritos, explosiones que desbarataban pequeñas fortificaciones y baterías paraguayas. Ya no quedaban hombres allí; todos se habían replegado hacia Potrero de Mármol, donde decían que estaba el refugio de López. De una trinchera, a tan sólo algunos pasos desde donde habían improvisado el lugar de atención, emergieron seis o siete niños, descalzos y flacos, con fusiles de chispa que accionaban contra una ola de infantería que avanzaba a reforzar el ataque. No alcanzaron ni hacer fuego, cuando quedaron suspendidos de las bayonetas y descartados hacia un costado como puñados de heno, los cabellos sucios y enredados. Uno de ellos, raquítico y con una sola pierna y una herida de bayoneta calada que casi partía su torso en dos. Un viejo militar encabezaba una avanzada final de caballería: veinte jinetes casi desnudos con lanzas y sables, estrellándose contra la línea de imperiales que elegía

blanco con serenidad. El viejo tapaba con la mano izquierda una herida en su cabeza para que no saliera de allí la masa encefálica y con la otra disparaba su carabina dando alaridos. Al final del último día, el médico veía las caras con semblante sufriente y de horror, apiladas unas encima de otras en las trincheras o en el borde de ellas, sumergidos en el agua putrefacta. Todo el campo estaba salpicado de cadáveres y los caranchos caían en desorden, desesperados, como si supieran que ésa sería la última gran batalla de la guerra, entrenados en la naturaleza para ese momento preciso en el que no podían fallar, como tantos de esos jóvenes patricios y nativos que esperaron su bautismo de fuego sin saber que era en realidad el último sacramento.

El médico llegó al campamento de Trinidad, donde las tropas argentinas daban por finalizada su parte en la guerra. El ejército maltrecho y famélico sobaba sus heridas entre las tiendas y comía la carne que hacía meses no probaba, la hacienda que fue sobreviviendo a la campaña y la que secuestraban en las estancias paraguayas. López se había refugiado en Cerro León con un pequeño ejército, pero sería hasta muchos meses después que moriría en el lecho de un río flaco, frente a la bala de un brasileño, sin gloria ni más exequias que el llanto de su amante y la compañía de su hijo menor, también ultimado. Y eso ocurriría después de una larga marcha de muerte y demencia hasta la frontera del Mato Grosso, pero eso sería otra historia, enorme en su forma de averno exuberante y fantástico.

La enfermería del campamento desbordaba de internos, todos con las consabidas heridas de metralla y lanzazos, y enfermos de disentería, doblados por el dolor y apremiados por la fiebre. Los atendían como podían y con los escasos elementos que podían bajar de las naves de la escuadra imperial, porque ya no tenían conexión con los hospitales de Corrientes ni había flujo de suministros para el campamento. El médico precisaba medicinas

y vendas, y solicitó permiso para ir hasta la Asunción. El ejército imperial había avanzado hasta allí y había montado hospitales en la vieja capital, botín de guerra de las fuerzas de la Alianza. Cabalgaron, él y un soldado, alejándose del Paraná y ladeando después los edificios de la vieja ciudad jesuítica de la Santísima Trinidad, la sombra invisible de los jesuitas caminando resignados al puerto de Buenos Aires para regresar a la persecución sangrienta de la corona. Cruzaron a lo ancho por el sur, por Caazapa y Paraguairí, vieron a lo lejos las leves montañas de Cordillera y todo lo que los rodeaba era un jardín verde intenso con ríos que vadeaban como a una pulida superficie de espejo. Llegaron a la Asunción al oscurecer y la divisaron por las grandes fogatas que se sucedían por las calles, piras gigantes de muebles y ropas: era todo lo que los cambás no podían cargar hasta los barcos. Corrían con platería, sillones de un cuerpo, alfombras de Estambul, y, mientras tanto, hacían rodar barriles de vino con los pies, riendo y gritando obscenidades a la memoria del mariscal López, al que creían ya muerto. En el medio de la urbe habían rodeado el palacio de gobierno con baterías y lo bombardeaban, astillando también las pequeñas casas que lo rodeaban y que contrastaban con su austeridad frente al enorme edificio de tres pisos y arcos redondeados. Las puertas y las ventanas de las mansiones asuncenas estaban cerradas, y sus habitantes habían huido al norte o cruzado la frontera al Chaco. Los que habían decidido permanecer allí eran golpeados en las calles, muchos de ellos asesinados y las mujeres violadas o también golpeadas. El médico miraba junto a su compañero aquél desquicio: los imperiales izaban la bandera extranjera en cuanto lugar pudieran y saqueaban los

hogares patricios del viejo y pujante Paraguay. Pensaban en ello como algo irreal y extravagante, Sodoma y Gomorra posibles por una violencia atroz.

Llegaron al hospital que habían montado en una casa, a tres calles del palacio en ruinas. Estuvieron un buen rato hasta que se apiadaron de preguntarles a quién buscaban, un soldado que aun hablando otro idioma dejaba entrever su brusquedad y desinterés. Los vio un oficial y atendió sus pedidos. Cargaron en el morral del teniente y en una alforja las vendas, los medicamentos y un recipiente con una bebida de caña que se empeñaron en regalarles aun cuando la habían rechazado una y otra vez. Empezaron el regreso sin prisa, pero deseando dejar atrás la Asunción, como si al hacerlo dejaran en el camino cada una de las visiones terribles y recurrentes de la guerra, los nombres y los rostros sin ellos, ahora quizá huesos y despojos entre la hierba y el humo. Al otro día, cuando el sol se hacía sobre el este, el médico ya estaba envolviendo las heridas con las vendas. Resurgía una extraña paz de viejas cosas, aunque fuera aún en ese día y en ese lugar una parte más de aquellos seis años. Daban las vendas una y otra vuelta, se filtraba la mancha roja y era preciso cambiarla. Y así cada vez. Rezumando la sangre de esa herida *in aeternum*, por siglos y generaciones.

Tercera parte

¿Nada queda de los que se van? Los giros de la tierra devoran su recuerdo. Se van nublando y desvaneciendo hasta desaparecer. Sólo quedan sus voces.

¿Quedará todo lo que han dicho girando en el viento? ¿Podremos escucharlos otra vez cuando alguna de sus palabras reaparezca en el desierto o en las calles?

Estúpidos los hombres, no entendemos a la muerte. Ella no tiene orden, anda perdida como esas palabras. Y nosotros la tentamos. Medimos el tiempo para encontrarla. La llamamos y ella viene y nos encuentra a todos juntos en el campo de batalla y en los lazaretos. Y no elige a pocos, sacia su hambre de una vez y al rato llega otra hambre, como si no hubiera comido nada.

Yo aprendí de la muerte, la muerte que me pareo como una sombra.

Aprendí de ella a salvarme.

Aprendí de ella a vivir.

Se sorprendió por la belleza que podía guardar un simple arroyo: los árboles que entubaban un sendero cristalino, la sombra fresca que resaltaba aún más el brillo y unos cuantos breves espacios de luz que rodeaban todo de color vivo. Por momentos se ensanchaba entre grandes arbustos y plantas de agua, y ahí el sol caía impiadoso y terrible en la tarde de fines de mayo. No faltarían en el resto de su vida paisajes como ése, sobrarían a sus ojos y se acostumbraría a girar sobre su cuerpo y ver árboles y río.

Corrió hacia la tienda de la enfermería por las cosas que le habían pedido. Era un niño para todos los que lo rodeaban en el campamento, viejos soldados y oficiales de la guerra, heridos algunos y otros viajando con urgencia hacia el origen de los disparos. El hombre a cargo de los practicantes, un médico silencioso y hosco, también veterano de la guerra, lo trataba con brusquedad e indiferencia. Era así con todos los que lo rodeaban, incluso con los heridos, como si quitarles el dolor y mantenerlos con vida fuera tan sólo un trabajo desquiciante y molesto. El joven había participado en el conflicto para la armada, pero antes de Curupaytí había pedido la baja para terminar sus estudios y ahora volvía a cumplir con las fuerzas nacionales, efectivo en la

columna a cargo de Conesa, que estaba destinada a sofocar el levantamiento de López Jordán. Días antes, habían asesinado a Urquiza en su propio palacio y ante su familia, y el interior era otra vez un hervidero de revoluciones y asesinatos. Fue derivado a la enfermería como practicante. Dejaba crecer su bigote y una pequeña barbilla entre el labio y el mentón, pero aún así lo desbordaba la juventud, y quizá lo acompañaría toda su vida, como una fuerza que trascendía la perennidad de su carne. No era demasiado alto, y Mariano de Orma lo volvería a ver en otro pedazo de la extensa tierra y viviría con él en la complicidad del coraje y de lo justo, y comprenderían ambos que la estatura de los hombres no se medía hacia arriba. Ahora lo tenía allí, frente a él, con el uniforme bailando en su cuerpo, monigote azul en la comedia equivocada, entregando en sus manos el pedido y deslizándolo con la mirada la voluntad de cumplir con lo que se le pidiera. Fue en la punta del Arroyo del Sauce, cerca de Paraná, una batalla de apenas dos horas y pocas bajas. La última del médico vistiendo el uniforme de la patria, atuendo que había deseado más que a sus títulos y que ahora era sólo fajina y tela que desgarrar para serrar miembros.

Estuvieron en Entre Ríos hasta fines de mayo y, cuando López Jordán huyó a Corrientes, volvieron con el primer contingente a Buenos Aires. El prófugo, hombre nacido en un hogar de caudillos y guerreros, hijo de un gobernador y sobrino de Pancho Ramírez, huiría a Brasil en busca de ayuda para derrocar al gobierno porteño y traicionado caería prisionero a su regreso. Estaría detenido en Goya, en Paraná y en Rosario, y se escaparía de allí disfrazado de mujer, ayudado por su esposa y compañera.

Moriría muchos años después, asesinado en las calles húmedas y empedradas de la capital. Y esa historia atravesada por el médico y por tantos otros sería vista en el futuro por los demás y agenciada en sus intereses y en sus odios. Algunos dirán que matar era costumbre o inevitable, y así se irían devorando los hombres y algunos ganarían y otros no, y la mayoría tan sólo serían extras en la película de los tiempos.

Regresaron por caminos familiares y por otros en los que nunca habían estado, pero no cambiaban demasiado las cosas y sabían de su novedad porque los nombres eran desconocidos. Quizá alguno tuviera un nombre nuevo, y eso continuaría pasando siempre con parajes, ciudades y calles, porque quien prevalecía hacía sus propios homenajes y reescribía la historia.

Mientras marchaban, el médico miraba a sus compañeros de armas, nacidos en los montes y en la llanura, sus músculos endurecidos en la faena rural y en la carrera por las hierbas, y sus cabellos crecidos y raleados por el viento, la humedad y el sol. Después, renacidos en la fragua del combate, con el dolor acariciando sus ojos, las manos hartas y extrañadas de la tierra, se preguntaba si él se vería así, si era peor en él ese enajenamiento por recibir de los demás el llanto y las súplicas.

Acamparon en un solar, a prudente distancia del río que se desbordaba por las lluvias permanentes en su cuenca. Sacrificaron y carnearon y hubo churrascos en el fogón. A medida que se acercaban a Buenos Aires, el ánimo cambiaba; los hombres volvían a cantar y a recuperar la sonrisa y la palabra. Pero también se escondía allí una desdicha velada. Estaban desorientados y perplejos, como si no fuesen ellos los que volvían sino

lo que quedaba, los restos de lo que eran y la falsa nostalgia por lo que hubieran querido ser.

Llegaron al otro día. Hicieron pie en uno de los destacamentos y de allí se fueron despidiendo, con el sueldo y sus pertenencias. Se terminaban sus servicios, pero el médico no sabía aún adónde ir ni qué haría. Lo llamaron a la oficina del comandante, como si supieran de sus dudas. Estaba entregado a cualquier decisión y no pensaba discutir nada. Incluso tenía sospechas de que le dirían que iban a extender sus servicios, y no pensaba objetarlo. Quería que decidieran por él, como cuando era un niño y no le preocupaba la hora que seguía, sino la repetición del juego que lo estaba entreteniéndolo en ese momento. Se cuadró con desgano frente al comandante y se sentó cuando se lo indicaron. Fue felicitado por su desempeño. Éste le dijo que todo lo demás quedaba en el pasado y ambos sabían a qué se refería. El oficial encendió un cigarro y le ofreció al médico y luego cebó un mate y lo ofreció también, extendiendo la mano con la yerba y la bombilla humeantes. El médico chupó de la bombilla hasta que se oyó el gorgojeo final y entonces dejó el mate cerca de la mano del comandante y habló.

—Cometí un error y pagué por eso —dijo—. Y volví a Paraguay e hice lo que tenía que hacer. Lo hice porque fue lo que me propuse hacer con mi vida y eso coincidió con lo que me exigía el ejército, y en esto no quiero mentir. Jamás disparé un arma ni empuñé un cuchillo para herir a otro. Todo lo que he tenido en mis manos ha sido para aliviar o al menos es lo que he intentado hacer. Y Dios, si es verdad que reina sobre este suelo y todos, bien lo sabe. Ahora he decidido que no tengo

a donde ir. No quiero estar en Buenos Aires. No quiero volver a mi casa ni a mis viejas cosas. No quiero estar ni en sus hospitales ni en sus cuarteles. Quiero seguir en servicio y que me destinen lejos de aquí.

—¿Tiene pensado algún lugar?

—El norte de Santa Fe o el Chaco. Si quizá hubiera allí un fuerte o algún destacamento en donde pueda colaborar, estaría agradecido.

El comandante se tomó su tiempo antes de contestar y aun así no lo hizo. Lo miró y abrió uno de los cajones de su escritorio y de allí retiró un papel sobre el que escribió con una pluma. Llamó a un chasque, un niño que no llegaba a los diez años, mal vestido y con cara sucia, y le pidió que se dirigiera a un lugar que el médico no alcanzó a escuchar. El niño salió corriendo y, cuando se quedaron nuevamente a solas, el comandante le dijo que se podía quedar a tomar unos mates esperando la respuesta, que esas cosas llevaban tiempo y que, si se extendía la espera, podía descansar en las barracas. Así lo hizo.

Cenaron en la galería con una fogata al pie de la entrada. Comieron carne y papas y bebieron caña. Hablaron de la guerra y de los hogares, una conversación que en Paraguay y seguramente en cualquier ronda nocturna del ejército se había repetido sin cansancio, y aún arrancaba de ellos las mismas sonrisas y la misma emoción que entonces. Fueron a dormir con la velada callada y quieta, cuando el frío no podía apagarse ni con el fuego ni con el alcohol. El médico se dejó caer sobre el catre y se cubrió con todas las mantas y un quillango, frotó sus pies ásperos unos con otros para convencerse de esa sensación de comodidad que

se había ido de su vida en los últimos años, y pudo dormir al fin sin el temor de que algo ocurriera.

Cerca del mediodía el comandante se presentó en la barraca y le hizo la propuesta. No dio explicaciones acerca de por qué no podían enviarlo al lugar que había solicitado y, una vez que hubo terminado de hablar, el médico ya estaba convencido de su nuevo destino porque ya no soñaba las cosas antes de que sucedieran ni se las imaginaba, deseaba algo tímidamente y esperaba a que el futuro lo sorprendiera, y sabía que no estaba bien, que en algún momento debía recuperar las riendas de su propio porvenir, aunque éste lo arrastrara luego a sitios indeseados o extraños.

El ejército comenzaba a extender la línea de fuertes al sur de Buenos Aires y había una Comisaría Nacional en Rawson que precisaba un médico, un pequeño contingente militar en medio de una colonia galesa.

A los tres días se embarcó rumbo al golfo nuevo, donde muchos años antes habían naufragado los galeses que habían visto en la Patagonia una tierra de promesas y de un frío familiar, remedo de una nación inventada en la nostalgia. Navegó por el Atlántico, bordeando la Argentina en ciernes. El color del océano se iba azulando y el viento del sur atería sus manos. Muchos años después, una cifra inalcanzable para él en su pensamiento, después de un siglo de horror y destrucción, vendría una época en la que pararían para siempre los barcos, abandonados por el quiebre de las empresas que los gobernaban, y quedarían varados en los cauces, ciudades de luz en medio del río y de los mares, sus hierros marchitos en sueño, los hombres de a bordo

velando el regreso y sus brazos llagados en la baranda de proa. Y pensó en la esperanza como en una daga de doble filo o una ironía, porque por allí mismo habían llegado otros hombres desde la vieja Europa, buscando ciudades de oro y nuevas almas para la cruz, y morirían solos y desarraigados, asesinados o devorándose entre ellos, como bestias que solían ser cuando se lo proponían.

Desde Madryn fue con un baqueano hasta la colonia de Rawson. Las casas de tejas rojas con el techo de dos aguas, la iglesia en el centro del poblado y las pequeñas lápidas de los primeros que dejarían los huesos lejos de su patria. Para llegar hasta allí habían vadeado ríos cristalinos, azules también y helados, y los caballos saltaban y movían las patas para secarlas después de cruzarlos. Los tajos azulados que marcaban la pradera estaban rodeados de tierra con manto verde intenso y territorios plagados de pinos, hasta que bruscamente se abría ante ellos una seguidilla de leguas áridas donde la única vegetación era arbus-tos enanos pisoteados por guanacos y avestruces que huían en bandadas cuando oían el galope.

Los esperaba en la plaza central, el comandante a cargo de la Comisaría Nacional con uniforme de gala, ribetes dorados y cordones. Un soldado lo acompañaba con la bandera argentina y, con ellos, dos extranjeros, uno con la bandera galesa, blanca, verde y el dragón rojo. Juan Murray Thomas se llamaba quien le extendió la mano y le dio la bienvenida. Era fornido; su cabello, rojizo y enrulado. La barba le cubría el mentón y en ella había huellas blancas de los años. El comandante era de nombre Flores, pero nada tenía que ver con su viejo camarada, ni en lo físico ni

en la templanza. Los rastros del alcohol le rasguñaban los ojos y su nariz estaba morada y venosa.

Hizo la venia y no pronunció palabra, y luego de las presentaciones, lo llevaron al destacamento, que estaba alejado de la colonia y allí vio su barraca y la enfermería en donde trabajaría. Aquel lugar era una reunión sorda de taperas rodeada por el murmullo de un viento despiadado y constante. El comandante y cuatro soldados —todos castigados y enviados allí desde los fuertes del centro— eran la tropa destinada a la colonia en ese momento. Tenían de hacienda un rebaño de ovejas y algunas cabras que ordeñaban sólo cuando necesitaban la leche. Vivían de las provisiones que les bajaban y no hacían más que dormir y emborracharse, y hacer alguna expedición sin riesgo cuando Flores se encaprichaba. Marchaban a Madryn o a cualquier lugar cercano, lejos de la línea imaginaria donde suponían que comenzaba el territorio de los indios.

Los galeses no los necesitaban. Eran una comunidad cerrada y celosa, y creían tener el derecho a esas tierras por pioneros y por vivir de ellas y en ellas. El ejército para ellos era una molestia, una presencia del gobierno en un espacio que era desconocido, virgen y peligroso para los patricios porteños, y de ese dominio se relataban historias y mitos que terminaron por justificar la extensión salvaje de la civilización sobre un orden natural y distinto.

Nunca pudo entrar a ninguna de las casas de tejas rojas. Los colonos tenían sus propios médicos y entonces su lista de pacientes se agotaba en ese minúsculo grupo de borrachos y vagos con los que compartía la estancia. Algunos criollos comenzaron a

asentarse en los alrededores y a veces precisaban de sus servicios. También una pequeña comunidad de pescadores y marisqueros de Madryn. La mayoría de las consultas eran por los animales como si su anatomía fuera igual a la humana por tener también ojos, patas y orejas, y entonces comenzó a observar los cadáveres de las bestias para enterarse de ellos, y con la costumbre y la práctica de los años aprendió lo suficiente. Estuvo allí para ver cómo crecía la colonia, como había sido mudada a Madryn por sugerencia del gobierno y cómo los galeses habían regresado a su viejo lugar porque la tierra era mejor. También vio cambiar a los comandantes del destacamento y cómo iban engrosándolo con más soldados, anticipando las intenciones del congreso de llegar al extremo sur con las tropas.

Se quedó en Madryn en aquel traslado frustrado de la colonia. Construyó su propia casa a metros del mar y junto a una capilla. Y ya todos lo conocían: los pescadores, algunos galeses que habían decidido establecerse y los criadores de ganado. Le decían don Mariano y, aunque recibía sueldo y provisiones del ejército, siempre le regalaban comida y ropa de lana. Desde su vestimenta hasta su lecho eran de piel de carnero y oveja, y junto al fuego y el viento, el mar interminable que se abría por detrás del golfo, aprendió a querer el lugar, a sentirlo un hogar después de viajes interminables, de raíces largas que lo ataron al azar desde el cruce del río en Corrientes. Las cosas comenzaron a alentar un sentido de pertenencia, la vista del océano, los galeses caminando en silencio, con la cabeza gacha y saludando sólo con la mirada, la mujer y su perro, parados todas las mañanas en la puerta de la capilla.

Cuando llegó el invierno, vio la nieve por primera vez. Iba hacia una posta, a varias leguas al sur de su casa, alejándose del sendero de la costa. Uno de los hijos del pastor estaba con dolores en el pecho y se nublaba su vista. Tiempo después la vería de nuevo: grandes extensiones hacia la lontananza, absolutamente blancas y fulgorosas, y manchas oscuras que cruzaban la diafanidad levantando pequeños espamentos de nieve que eran zorros o pumas, y era más notorio cuando eran tigres, los pocos que quedaban y habían sobrevivido al clima y al hombre. Dos días más tarde la nieve llegó a Madryn. Las tejas de su casa repartían el hielo hacia los costados pero quedaban manchas blancuzcas que dibujaban nubes en un cielo de tormenta. Y ese día, con el mate calentando su mano, miró el mar con el último resplandor y sintió también por primera vez que había ganado la paz.

Fue a la plaza a recibir la encomienda que llegaba desde el destacamento de Rawson. Cruzando uno de los vértices de la plaza, lo comenzó a seguir un perro conocido, y al pasar por la puerta de la capilla vio otra vez a esa mujer parada en la puerta, observándola como si quisiera ingresar y no pudiera. Se acercó a ella y la saludó. El saludo fue respondido con la voz tomada y vio su frente pálida y sudorosa. Le dijo que estaba enferma y que seguramente tuviera temperatura. La mujer asintió como si no le hiciera caso pero se lo agradeció y aceptó que la viera en el transcurso del día.

Por la tarde fue a su casa. Era una de las cabañas de los pescadores que adornaban con un color variopinto la calle que moría en el puerto. Golpeó y ella se asomó sorprendida, y cuando vio al médico avergonzado, parado en el umbral, lo invitó a pasar. Tenía un vestido de lana que le quedaba pequeño y eso ajustaba su cuerpo y resaltaba los pechos, la barriga chata y las piernas armoniosas de las mujeres que no han parido. Los primeros minutos, allí esperando a que lo invitara a sentarse, fueron incómodos y las primeras palabras parecían disparos en el silencio. Comprobó su temperatura con la palma de su

mano en la frente, mientras ella contaba historias del puerto y de su perro. Hablaron de su salud hasta que oyeron ambos un trueno que venía del corazón mismo del océano, y el relámpago que vino de allí, grito refulgente de Poseidón, iluminó por unos segundos la sombra de la cocina. La mujer dejó el mate sobre la mesa y cambió la voz para decir algo que nada tenía que ver con la conversación, y él lo entendió así desde que salió la primera sílaba de sus labios.

—Dios sabrá por qué pone tormentas donde el hombre busca su pan —dijo—. Dios, que está allí encima de su hijo clavado, iluminado por los cirios que prendieron las mujeres para que vuelvan sus hombres. También los que prendieron hace un mes para los que salieron en la última tormenta, y que alguien se encarga de apagarlos de noche (el templo es de madera) y volver a prenderlos en la mañana.

La costumbre de los cirios comenzó junto con la de encender fogatas, carpas de leña ardiendo en la arena, pero los hombres dijeron que apenas se veían entre el manto de lluvia y las olas, la altura de las olas cuando el mar está enloquecido. Era más fácil seguir las luces de las casas sobre la colina o la luz del pequeño campanario de la capilla.

”¿Y si prendieran una gran fogata en la costa y comenzaran a volver todos los que desaparecieron, ánimas perdidas encontrando a sus mujeres casadas con otros, dos pescadores reclamando una misma mujer que a su vez ya está con un tercero?”

”Yo espero. No voy a prender un cirio ni me voy a arrodillar en el atrio frente a todos, pidiendo que vuelva. Van tres meses, no más. Y una isla o un barco, cualquier cosa los puede haber

resguardado. Yo no voy a dejar que pase el tiempo porque es eso lo que los mata, que los días se van y todos dejan de preguntar, y empiezan las miradas caídas, los silencios. Yo lo he hecho. Todos los matamos. Y cuando ha pasado un mes cuelgan el nombre del barco en el pizarrón de la iglesia, y ése es el epitafio. Yo voy a borrar el nombre y voy a sonreír. Y voy a estar despierta para escuchar la puerta.

Afuera la lluvia se engrosaba y, mientras ellos se rodeaban de ese mundo de palabras, las ráfagas sacudían lo vulnerable y lo empapaban, y todo parecía serlo, como si fuera a desaparecer en cualquier momento cuando el aire se decidiera a acelerar su pulso.

—El ruido de la puerta es bueno —continuó—. No como en las guerras, que viene alguien a avisar que han muerto. Un hombre con uniforme que trae cartas del gobierno. Aquí, si suena la puerta, son ellos, que han vuelto. O sus ánimas, si prenden la fogata gigante en la costa.

”Para los que quedan, desaparecer es peor que morir. Porque las cosas de la muerte están en la cabeza: los detalles. Si se lo llevó el mar, si se golpeó con alguna madera del barco roto, si está dando vueltas sin fin en el remolino de sal. Los vamos matando así, y después con el olvido. ¿Mientras lo espere se mantendrá vivo? ¿Funciona así? Detrás de la tormenta estamos nosotros. Él sabrá por qué pone aquí las tormentas, por qué nos puso aquí a nosotros y este acuerdo sin salida con el mar para comer.

Mariano no quería interrumpirla, pero sintió la necesidad de decir algo para que ella comprendiera que la estaba escuchando.

—¿Usted es de aquí?

—Yo sí. Mi hombre no. Él no nació en este puerto, vino por mí. Él es de un valle donde las tormentas se van quedando en las cuchillas de las montañas y nunca llegan a la ciudad. Los relámpagos se ven entre las nubes, lejos, como si todas las noches hubiera fuegos de artificio. Allí todos vuelven: los que crían chivos, los que arreglan los jardines, los mozos, los dependientes. Todas las noches entran por la puerta que vela la llama de la cocina, y para sus mujeres es un hecho ordinario y predecible. Acaso alguna tarde han pensado en lo bueno que sería que no llegara, y poder hacer el mate y no oír más nada que sus pies arrastrándose debajo de la mesa.

”Cuando los hombres se van no hay tiempo para estar solas. Estamos con la ventana, con los gestos de los demás que caminan por la calle y hablan del clima sin mirarnos, entendiendo la impertinencia o esperando un comentario. En el horizonte se van juntando las nubes, y hay ciertos colores, ciertas formas contra el atardecer que van anunciando la tempestad, ese olor a tierra húmeda que es en realidad el aire quebrado por la fuerza de la electricidad. Si yo tuviera que pararme frente a la gente, como en una escuela, y explicar esto en lo que se supone soy sabia, no sabría cómo hacerlo. Qué dibujar en el pizarrón para que se figuren cómo son las cosas antes del viento y el agua. Pienso pizarrón y pienso en el nombre del barco, el nombre del barco escrito en el pizarrón de la santa capilla de mierda que se encarga de lamentar por nosotros nuestro propio crimen. De dejarnos prender llamas diminutas que no va a ver nadie desde el océano.

”A veces golpean, pero sé que es Isabel, la esposa de un compañero de mi hombre, que viene, como todas las tardes, a preguntarme si sé algo. La veo pasar por la ventana, no la dejo de mirar. Aunque haga ya más de tres días que llueve en el horizonte, que está violeta y grisáceo como la piel de los ahogados. ‘No, Isabel, no, no sé nada. Nadie más que vos golpeó la puerta esta semana’. Y cada golpe hace retumbar la madera en los nervios como si temblara el mundo, y me disparo desde donde esté, aun sabiendo que podés ser vos o cualquiera, aún cuando fue la tercera vez (una antes de hoy) y que fue más calmo, porque pude anticipar tu perfil amargo y caído por la ventana que no paro de mirar.

Mientras hablaba, observaba la ventana como si fuera inminente la aparición de esa mujer y acaso porque había pensado que en su lugar habría golpeado y pasado por esa ventana muchas veces al día.

—En el establecimiento de Roque hay una pintura que es una tormenta. No sé si está bien que haya en ese lugar de pescadores un cuadro así. En la espuma que empuja el mar hacia las rocas, hay manchas rojas. Parece una marea de sangre. Roque dice que una vez leyó que el pintor, cuando era niño, acompañaba al padre a su trabajo. El padre era barbero. Y él veía como en la palangana caía la espuma con restos de sangre. Y por eso esa marea. Detrás de todo hay un motivo. Por eso nos puso aquí. Por eso hay tormentas.

Se colmaron sus ojos de lágrimas y las disimuló con un estornudo. Luego se limpió con la manga y se levantó a poner otra vez la pava en la estufa.

—Cuando pase otra semana voy a dejar de esperarlo. El golpe de los puños de Isabel sobre la puerta ya no me va a sobresaltar. Voy a despertarme y va a ser normal y corriente que no haya nadie en el oeste de la cama, y sólo una taza de mate cocido y el silencio de la mañana partido por mis pasos. Y va a sorprenderme. Las huellas de mar en el piso, la arena y el olor del pescado fresco. Verlo sentado sobre la madera del pórtico, tejiendo los agujeros de las redes. Y ahí sí voy a encender una vela, para agradecerle.

Mariano le dijo lo que tenía que hacer para superar el resfrío y el dolor en la garganta y se fue. Camino a su casa, vio el mar y le dio escalofríos. La inmensidad nocturna y helada, la muerte allí reinando, donde el hombre no puede respirar y es obvio y natural que ella gobierne.

A la semana volvió a verla. Golpeó la puerta y lo hizo pasar. Ya estaba mejor y su voz era más clara. Hablaron de muchas cosas, pero no del océano. Hacía frío y ella con cierta complicidad le ofreció aguardiente cuando la pava se quedó sin agua. Bebieron hasta tarde y, cuando se iba, ella se acercó a la puerta con él y lo abrazó. Lloró y él no la vio pero sintió el quejido en su oído y los dedos que se cerraban con congoja en su hombro. Durmieron juntos y se fue al amanecer; una ventada glacial terminó de despertarlo en el camino y las luces débiles y melancólicas que suelen tener los puertos parecían temblar con los ladridos. “Se llama Carmen”, pensó, “y es la segunda mujer que me ha visto desnudo”.

El tiempo fue pasando como algo sin sentido, siempre las mismas cosas que nunca lograban alterar su ritmo severo y predecible. Una vez a la semana se encontraban y repetían lo de esa noche. No hablaban de nada, y a veces ni siquiera se saludaban en la puerta, sólo salía rápido para que nadie lo viera y volvía a su casa entrada la madrugada. No necesitaba pretextos para ir; ella lo esperó siempre y nunca lo rechazó, aun cuando había estado llorando. Algo fuera de lo que eran juntos los unía tan sólo en ese instante de piel, y después volvían a sus entidades, disímiles y desencontradas no sólo entre ellas, sino con el resto del mundo.

Una de esas noches, cuando cruzaba el puerto yendo para la casa de Carmen, oyó un llanto apagado detrás de una carreta estancada en un callejón. Estaba tras la pared trasera de uno de los establecimientos donde servían a marinos y pescadores. No solía hablar con nadie ni detenerse, no, si no se lo solicitaban. Pero aquello parecía ser extraordinario, porque nadie lloraba en las calles a menos que estuviera indefenso, no en esos lugares donde la gente se encerraba con sus familias o en sus comunidades. Caminó despacio tratando de adivinar de qué se trataba y buscando no pisar vidrios ni piedras que lo delataran. Llegó a

estar a un metro del bulto desde donde venían los llantos y pudo distinguir a un hombre de pie contra la carreta, los pantalones en los tobillos y el miembro flácido en su mano, tratando de empujarlo contra las nalgas desnudas de una joven, a quien tenía aprisionada del cuello con la otra mano, tendida sobre la parte trasera de la carreta. Por las insignias de la chaqueta comprobó que era un sargento del ejército, absolutamente borracho porque no podía mantenerse en pie mientras intentaba penetrarla. Era una joven galesa, las medias y los botines característicos y el cabello castaño claro. No paraba de llorar ni de tratar de sacarse de encima al hombre, pero la tenía con fuerza, todo el peso de su cuerpo depositado en la mano que apretaba el cuello, y el resto de sus extremidades tratando de lograr equilibrio. Salió de su escondite y le gritó que la dejara en paz. Lo dijo a cierta distancia para ver cómo reaccionaba. El sargento lo insultó y desde su cintura sacó un cuchillo y lo encaró. Se acercaba haciendo zigzag, torpe y grotescamente, y a dos pasos de alcanzarlo, cayó de bruces. Se levantó entre insultos y arremetió otra vez. Mariano retrocedió porque sabía que así se alejaba de la joven y le daba tiempo y espacio a que escapara, pero no quitaba los ojos de encima de su agresor. Comprobó que era una bayoneta, larga y calada pero sin filo; la hoja era alta y gruesa y sólo llevaba peligro en la punta. Lo esperó y cuando llegó hasta él le tomó el brazo que sostenía el arma y lo empujó hacia atrás. Trastabilló y cayó, y su cabeza se estrelló contra una piedra, galleta vieja quebrándose, y un charco de sangre comenzó a rodear el cuerpo, un halo viscoso más oscuro que la sombra.

No se dejó ganar por el pánico y comenzó a mirar a su alrededor, buscando a la joven o cerciorándose de que nadie había visto nada. Estaba solo, con el cuerpo de su víctima aún caliente. Se fue del lugar hacia la casa de Carmen y se quedó allí hasta la madrugada. Luego fue a la suya y durmió hasta que escuchó los golpes en la puerta. Vio por la ventana que se trataba de una partida: siete soldados y un cabo, que era el que gritaba su nombre. Detrás de ellos había una carreta. Apuró el mate y salió. Le dieron un planazo y mientras lo maniataban trató de explicarles que había sido un accidente, pero sabía que no les importaba y que su suerte estaba echada otra vez. No se resistió y caminó hasta la carreta. Lo tiraron atrás, donde también estaba el cadáver del sargento que habían levantado antes de ir por él. Lo habían cubierto de sal. Tenía la barba escarchada, estaba azul y despedía un hedor insoportable. La parte de atrás del cráneo estaba destrozada y la bayoneta aferrada por los dedos ateridos por el frío y luego por el rígor mortis.

Lo llevaron a Rawson. Cuando lo bajaron en el destacamento, no llamaron a un juez ni le dieron explicaciones, aunque haberlo tirado junto al cuerpo era suficiente para que supiera de qué lo acusaban. Lo llevaron al destacamento y en el patio lo estaquearon casi desnudo. Estiraron las sogas hasta que los músculos de las axilas y las piernas se tensaron al límite del desgarrar. Le tiraban agua en la boca y eso le mojaba el pecho, y por la noche la sudestada lo hacía tiritar y se dormían sus miembros por el esfuerzo y el frío. Se orinó varias veces y eso humedeció también sus pantalones, empeorando todo. Otra vez perdió noción del tiempo y contaba apenas su paso cuando podía diferenciar

la luz de la oscuridad sobre sus ojos, adormecido y a veces en un estado de sopor que aturdiría sus sentidos. Carmen solía ir a darle de beber y comer, y no siempre la dejaban ingresar. En un breve intervalo de lucidez Mariano le preguntó si había vuelto su hombre y ella sonrió con ternura. Dijo que no ladeando la cabeza y acarició la frente helada del médico.

En un momento de sol intenso sintió que lo desataban. No tenía control ni sensibilidad en sus brazos y los pusieron junto a él como si fueran sus armas o pedazos de ropa que sobraban a sus costados. Lo alzaron y la sangre volvió a recorrer sus venas y el hormigueo le devolvió la sensación de vida. Escuchó gritos. Provenían de una figura borrosa ante sus ojos nublados, algo que iba tomando la forma de un hombre con uniforme, rígido y de mediana estatura. Comenzó a reconocer el rostro y cuando lo llamó por su nombre comprendió. Era el practicante que había conocido en Arroyo del Sauce, ya hombre y con los rastros de otras guerras y de otros caminos. Faltaba su brazo izquierdo, y detrás del bigote y los grandes ojos había vestigios de aquel joven que miraba azorado todo lo que ocurría, grabando en su memoria la anatomía de los heridos en batalla. Una franja de cabello encanecido cruzaba su cabeza. Estaba junto a un galés que no dejaba escapar ni gestos ni palabras. Ordenó que lo llevaran a las barracas y lo dejaran descansar. Lo tomó del hombro y le dijo que iría a visitarlo por la mañana, cuando se sintiera mejor.

Luis Fontana había perdido su brazo en un enfrentamiento con los indios en los años en los que el gobierno lo había enviado a explorar el gran Chaco. En el recorrido del río Paraguay, rodeado de la belleza salvaje y exuberante, había cruzado varias

veces la vuelta que los españoles llamaban Ferosa, y con ese nombre fundó una ciudad para tallar su nombre en la historia. Había nacido en Buenos Aires, pero de niño se había criado en Carmen de Patagones, donde había aprendido a cabalgar tomado de las crines de los caballos del frío, el viento helado despertándolo con el alba y ante sus ojos la extensión infinita de los confines, y quizá fuera eso lo que le dio a él y a otros hombres la ambición de avanzar sobre el vacío. Era joven cuando conoció a Mariano de Orma en el levantamiento de López Jordán y en ese reencuentro en Rawson era gobernador del Chubut y llevaba la orden y su sueño de seguir hacia el oeste para descubrir el paraíso que los tehuelches decían que dormía al pie de la cordillera.

Con la rodilla y muy despacio tocó el hombro del médico y, cuando éste despertó, le alcanzó con su única mano un mate caliente y se sentó a su lado, en una banqueta que se hizo traer desde la cocina. Le preguntó si lo recordaba y Mariano dijo que sí, que después de eso jamás lo olvidaría, y aquel hombre no dijo nada, tan sólo lo ayudó a incorporarse con su mano derecha y le alcanzó ropa del ejército y nuevo calzado. Salieron a la luz y ya era de tarde, pero había pasado un día desde que lo habían desatado. Había dormido más de un día, después de varios de viajar por rincones siniestros de sus recuerdos y de su mente. Había soñado y, al despertar, no lo recordaba. En ese sueño el sargento ebrio, salado y con la cabeza rota le ordenaba que le cortara las manos a todos los cuerpos del campo y ahí estaban los niños y los ancianos de Lomas Valentinas, putrefactos pero vivos. Y cortaba con la sierra desde la muñeca; por las venas

interrumpidas salían pus y sangre negra. Juntaba las manos en los bolsillos que rebalsaban de ellas, los pequeños dedos infantiles asomando por sus pantalones.

Fontana lo nombró a sus órdenes pero nada se dijo de su libertad. Sabía lo que había ocurrido y jamás se volvió a hablar de ello. El resto de los soldados del destacamento dejaron de mirarlo con rencor y lo respetaron porque lo sabían cercano al gobernador, aunque para ellos fuera un prisionero aún, a pesar de continuar solitario e inaccesible en su cabaña de Madryn. Pero eso tampoco duraría demasiado. Meses después de volver a su casa, un chasque le acercó una carta de Fontana. Le rogaba que lo acompañase a la campaña hacia el oeste y no pudo negarse. Juntó sus pocas cosas, las prendas de abrigo y su chaquetilla. Salió cabalgando a Rawson y vio a sus espaldas, por última vez, la pequeña acumulación de cosas y memorias que habían formado su vida en aquél puerto: su casa, los barcos, la piel y la tristeza de Carmen, el deseo de una vida sosegada y evidente.

Llegó al campamento de Piedras, en el extremo de la colonia y junto a un río sinuoso esmeralda que cruzaba entre lomas y árboles flacos. La expedición estaba financiada por los galeses porque eran ellos quiénes deseaban tierras más fértiles y habitables, y porque también daban crédito a las historias de los tehuelches. Se concentraron meses antes en el campamento y pretendieron enseñarles a los colonos la vida de la campaña, pero comprendieron que eran hombres duros de campo, sabían manejar armas de fuego, boleaban guanacos y tenían habilidad para el ganado y los caballos. El hombre que diez años antes le había dado la bienvenida en la plaza de Rawson era el que comandaba la legión extranjera, y al mando de toda la expedición estarían Fontana y el exgobernador Tello. Treinta jinetes armados con sable y fusil Rémington. Veinte cargueros con víveres para tres meses y ocho veces multiplicados los caballos montados, para refresco y reserva, y mulas de carga. El médico recordaría sólo algunos nombres de quiénes partieron con él en aquel viaje: Juan Murray Thomas y varios Jones por parte de los colonos. El sargento Franco, Ramón Calvo, Ricardo Campos, Pedro Derbes y Juan Evans que era el baqueano y quien conocía

más allá de lo visto por cualquiera de ellos. Todos estarían registrados en los diarios del viaje menos él, que allí figuraría para la historia posterior como un desconocido, porque Fontana lo había pedido así; seguramente él lo sabía, al igual que Thomas y quizá Tello, pero no el resto de los hombres que fueron pintando alrededor del médico un halo de misterio y curiosidad.

Salieron al alba en el despunte de la primavera, un fresco modesto y seco anunciaba un clima agradable y parecía comenzar todo con buen augurio. Marcharon hacia el oeste por la costa norte del río. El médico iba en la cola, y desde atrás podía ver la mistura inaudita de razas y lenguas que serpenteaba junto al río para descubrir el nuevo Edén, imagen anticipatoria de una civilización forjada en la mezcla: uniformes militares y bandera blanca y celeste que habían saludado con salvas antes de partir, chambergos los galeses, galeras de alta copa, poncho sobre el jaquet y quillangos cruzados sobre las monturas, para cuando arreciara el frío.

Siguieron el margen fluvial los primeros días. Fontana estaba empeinado en no acortar camino aunque el agua sinuosa y torrentosa los llevara hacia el sur, a veces haciéndolos desfilas en paralelo a la cordillera, que era el sitio que buscaban encontrar.

El primer destino ya explorado era el Valle de los Mártires y para ello debían arribar primero a la región occidental próxima a los lagos, después de cruzar leguas de bosques impenetrables. Un año antes, cuatro galeses habían llegado hasta allí en busca de oro y mejores tierras, y esa ambición los condujo hasta la muerte en una emboscada de los indios del cacique Foyel. Marcharon

una semana y bajó repentinamente la temperatura. Por la noche los quillangos y el fuego no eran suficientes para evitar el frío que se rezumaba del suelo y de las piedras que a veces los rodeaban en inmensos cañadones que encajonaban el río. Acampaban en las quebradas para usarlas de reparo y en la luz avanzaban por valles verdes y fértiles. En uno de los campamentos a la sombra de un cerro, oían el viento colándose y silbando agudo entre los orificios rocosos, y uno de ellos dijo que no podían verlo y que era extraño que alguien pudiera poner nombre a algo invisible, que en todo caso lo que veían o escuchaban era el efecto de él en las cosas, como ese aullido o las copas de los pinos meciéndose.

Atravesaron durante días una extensión de bosques en la que el río y sus brazos se azogaban en la sombra plateada de la tarde. El silencio era insoportable y, cuando era profundo y extraño, algunos hacían la señal de la cruz, acaso precedida de algún escalofrío o de los vellos de la nuca erizándose, como si alguien los observara desde atrás de cada uno de los árboles. Llegaron al Valle de los Mártires y los galeses se aferraron a sus rémington como si pudieran allí volver al pasado y ayudar a sus compatriotas, pero aquello era un paraje desolado y quieto, y la presencia de ellos parecía ser ofensiva para la soledad milenaria. Acamparon sobre la noche y exhaustos se enterraron bajo las mantas y dentro de las tiendas, a excepción de Evans, Fontana, Thomas y el médico, que rodearon hasta tarde uno de los fogones, bebiendo y hablando de aquellas tierras. Los temas fueron las siembras, los arroyos y los metales que escondía el hielo que se deshacía en la cordillera y bajaba en forma de caudales frescos y puros hasta los valles. Calcularon las distancias y

parecían repartirse el país como si hubieran encontrado un cofre de monedas españolas en la moldura del cerro. Mariano dijo que el hombre achicaba el mundo porque sólo importaba para él todo lo que podía poseer, nombrar y transformar, que sólo era real cuando ya lo había transformado y entonces todo lo cercano a sus ojos e inasible era en realidad invisible e inútil. Fontana dijo que el mundo era el hombre mismo y que nada existía sino era a través de su mirada. La historia del lugar que pisaban era la historia del primer ser humano que había visto aquello por primera vez, y por eso y otras cosas que dijo, todos dedujeron que su anhelo era encontrar el rastro de un hombre primario cuya descendencia eran los salvajes que habían poblado esos dominios durante siglos. Evans los escuchaba y no formaba opinión, pero algo le decía que había cosas que jamás entenderían, ni él ni todos ellos, y que aquellas montañas guardaban con recelo los secretos de su origen y de su propósito, vedados para siempre a la venalidad de los mortales.

Se movilizaron y más tarde llegaron al Paso de los Indios. Las enormes rocas penitentes parecían las ruinas de una civilización antigua: paredes y arcos de templos y palacios donde la magia era el fervor y la muerte. Decidieron vadear el río para retomar el rumbo hacia el oeste, pero era ancho y la parte más angosta era la más profunda. Decidieron arriesgarse por allí. Un grupo de ellos retrocedió unas leguas para conseguir madera y armar balsas. Acamparon en la orilla. Sobre el atardecer llegaron con madera y leña y comenzó la construcción de las embarcaciones. El médico cruzó con una soga en la cintura y ató en el otro margen un extremo. Las primeras balsas con las provisiones

y algunas mulas llegaron sin dificultad, el médico y otros tres hombres haciendo el pasamano sobre la embarcación. La última de ellas ladeó a un costado y cayeron dos mulas y los últimos bultos, entre ellos el botiquín del médico, y quedó colgando uno de los hombres, aferrado a la madera que comenzaba a deshacerse por la fuerza de la correntada. Era Calvo. Trataba de alcanzar la soga, pero ésta estaba lejos y los restos del naufragio se dispersaban con él, y las mulas ya mostraban las patas asomadas por la superficie, huesos y cráneo rompiéndose en el canto rodado de los cantiles. Eligió una madera y se dejó arrastrar por el cauce hasta llegar a la soga. Cuando lograron sacarlo, el médico se ató la misma soga a la cintura y se sumergió para alcanzar el botiquín que estaba trabado en unas ramas y piedras, en medio del río. La corriente era tan fuerte que por momentos el árbol que sostenía la cuerda se movía y sus ramas crujían, y todos temieron que la soga se cortara. Lo logró y, cuando pudieron arrastrarlo a la costa, quedaron recostados en la orilla, exhaustos y sonrientes por lo hecho.

Tardaron un día con su noche para vadearlo por completo y cuando estuvo todo presto para continuar los galeses se detuvieron y decidieron no hacerlo. Habían encontrado durante el cruce una piedra cubierta de polvo de oro y deseaban quedarse. Cuando Thomas se dirigió a Fontana para comunicarle la intención, los otros galeses ya estaban con las rodillas sumergidas en una parte poco profunda, quitando piedras del lecho y rompiéndolas con un pico para luego pasarlas por la batea. Cuando Evans vio esto, recordó lo dicho por el médico aquella noche y comprendió a qué se refería. Fontana no estuvo de acuerdo y

todo elevó su tensión cuando los soldados desnudaron sus espadas y se acercaron a los colonos que se negaban a seguir camino, y Fontana se interpuso entre ellos para evitar la riña. Thomas se quedó a un costado, acaso con la intención de que la situación se desmadrara para sacar provecho de ello. Se reunieron ambos, cada uno con un testigo, y parlamentaron. No llegaron a un acuerdo y entonces Fontana dijo que, si no continuaban, lo haría él con sus hombres, que tenía una misión del Congreso de la Nación que debía cumplir y que lo iba a hacer. También dijo que los colonos eran libres de hacer lo que quisieran y que no iba a haber represalias, pero que quedaban a merced de lo que ocurriera de allí en más, porque nadie del ejército los iba a proteger de los indios ni de nada que les pudiera hacer algún daño. Les ofreció retardar tan sólo un día la marcha para que marcaran el territorio y luego seguir. Por la tarde de ese día de prórroga, volvió al campamento un grupo de colonos acompañados por el sargento Franco que habían ido en misión de reconocimiento hacia el oeste, por el curso del río Tecka. Habían encontrado los restos de un fogón aún caliente y el rastro fresco de tres indios. Esto asustó a los colonos y, caída la tarde, decidieron seguir con la columna y en la mañana así lo hicieron. Antes de marchar, los galeses le pidieron a Fontana que llamara a ese lugar Cañadón del Oro, y para muchos fue una ironía y hasta una provocación. Pocos conocerían lo sucedido en ese lugar y apreciarían ese nombre como tantas otras cosas cuya historia desconocían.

Partieron del punto de encuentro del Chubut con el Tecka y atravesaron un valle de sauces y volcanes en cuya boca dormían lagos de agua caliente y de fondos que parecían eternos. Alrededor había lagos helados, azules o verdosos según la posición del sol y de las montañas. Arribaron a los Valles del Charmate y a partir de allí todo era desconocido para Evans y, por ende, para todos ellos. Incertidumbre en cada giro de las quebradas o detrás de las lomas. Atravesaron el río Tecka por un vado marcado de huellas humanas, acaso de los indios que habían dejado las fogatas y llevaban igual rumbo, y vieron por delante cantidades de guanacos, ñandúes y mulitas que casaron para la cena. Subieron por una loma que se les plantaba en el camino y estuvieron en pendiente casi una hora. El esfuerzo los había separado y por eso los primeros que llegaron al nivel más alto fueron los que advirtieron a los rezagados, con exclamaciones y gritos, de lo que escondía aquella elevación. Algunos se arrodillaron y agradecieron y otros sólo se sentaron en la tierra para contemplar aquel oasis, campos eliseos abrazados por los Andes. Nadie podía hablar frente a ello y sería Fontana quien lo describiría

en su diario de viaje y cada uno de los testigos, en el calor de los hogares, correría hasta la copia de aquella página para poder explicarlo:

...al pie de la meseta en que estábamos, vimos una gran laguna con juncos, en donde revoloteaban centenares de gaviotas de cuerpo y alas color blanco aplomado y la cabeza negra, varios cisnes nadando y en la playa una bandada de flamencos que ofrecían a la luz el soberbio matiz de su rosado plumaje.

Después, levantando la vista, se descubría una espléndida región donde alternaban praderas cubiertas de verdura, bosques y arroyos correntosos.

Las manchas oscuras de las sierras altísimas que habíamos observado el día anterior las veíamos convertidas en frondosos bosques y las fajas verde oscuro y blancas en el centro que bajan serpenteando desde la cima de las cumbres nevadas eran arroyos cristalinos festoneados de árboles que le dan sombra y que escalonados acompañan a la corriente sonora de sus aguas, perfumándola con el aroma de sus flores, hasta precipitarse en la planicie del valle, donde se esparcen para reunirse con nuevas cintas de plata, y, así hermanadas, llegan a formar un río mayor.

Descendemos al llano y al ver próximos los objetos, todo cobra mayor prestigio; la tierra, ante todo de excelente composición, es tan fresca, tan suelta y rica en materias fecundantes, que parece que el arado lo hubiese surcado recientemente; es, sin exageración, algo como la tierra preparada de nuestros jardines y sustenta con prodigalidad una verde alfombra de variadas clases de plantas forrajeras que llegan hasta el pecho de los caballos.

Después de esto, causa verdadera sorpresa encontrar sembrados inmensos de frutillas, como para abastecer cualquier ciudad populosa, flores exquisitas por todos lados, a punto de que en menos de una hora se coleccionaron más de treinta especies y el colono Wagner me presentó un ramo que bien podría haber figurado en un salón o en el tocador de una dama elegante.

Estábamos, pues, en las montañas de la precordillera, cuyos picos nevados habíamos visto días antes desde la Gruta de las Lechuzas.

Lo llamaron Valle de las Frutillas y allí acamparon para pasar la noche, y muy pocos pudieron conciliar el sueño, azorados por la belleza desbordante e inquietos por lo que podría llegar en los días siguientes, si es que habían hallado aquello a tan sólo horas de enfrentar lo desconocido. El clima de la noche parecía confirmar la sospecha mítica de haber encontrado un paraíso, y muchos de ellos se tiraron a la intemperie con la cara al cielo empolvado de estrellas, sin más abrigo que el quillango como cama y una manta, a imaginar cada uno su pequeño mundo en esa porción de la tierra y del tiempo. El médico tomó una antorcha de una de las fogatas y recorrió las reuniones de los hombres y les hizo quitarse las botas y revisó sus pies. Traspasó las ampollas con alfileres e hilo y las curó. Algunos de ellos tenían ampolladas las plantas hasta los tobillos, y otros no habían cambiado su calzado desde el cruce del río Chubut y se habían formado en sus dedos sabañones e irritaciones en la piel. Cuando terminó con todos se recostó y también se descalzó. Hizo curaciones y masajes en sus miembros, su hombro estaba casi en carne viva

de llevar el peso de un morral. Al llegar una brisa cerró los ojos y dejó que la sensación de la caricia en sus pies llegara despacio a su cerebro. También la caricia en sus manos y en su cara. Con los ojos cerrados veía más astros, como si hubiera podido juntar a los que estaban encima de ellos en ese momento y los que había visto sobre Paraguay, sobre Corrientes, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Sobre Madryn también. Todos esos brillos vivos en su memoria para cuando quisiera encenderlos.

Continuaron por el curso del Tecka y salieron a los campos de Súnica. No había árboles y los arbustos no alcanzaban a superar la altura de sus rodillas. Atrás dejaban aquel valle irreal y entraban en extensiones de pasto, pletóricas de rebaños salvajes. Cuando tornaban la vista, veían a sus espaldas un tono rojo en el piso del horizonte y eran las frutillas de aquel paraíso, y tenían la sensación de que habían crecido millones durante la noche, porque habían cosechado un gran número para el viaje y aun así seguía habiendo cantidades deslumbrantes. El sol arreciaba con su luz de verano y las primeras gotas de sudor los convencieron de guardar el abrigo que habían preferido en el alba. Una pequeña loma escondía a los ojos un manojito de columnas de madera tallada y otras esparcidas en el terreno, juntas unas de las otras. Eran tótems de un cementerio indio y algunas de las maderas estaban recién pulidas. La pendiente los impulsó hacia allí y tuvieron que sofrenar los caballos para no atropellar la necrópolis. Uno de los galeses se negó a hacerlo y dando un grito desafiante cruzó la tierra negra entre las lápidas y los fetiches. Fontana frunció el ceño y miró inquisidor a Thomas; se habían detenido junto al cementerio y el único alejado era el galés, que

dejaba de sonreír después de percibir el malestar del resto de la expedición. Thomas se acercó a él. Los demás miraban en la distancia, expectantes. Le habló y aquel hombre le contestó con cierta audacia, y, cuando lo hizo, Thomas le gritó y amenazó con desenfundar su espada. Entonces aquel hombre, con la cabeza gacha, se bajó del caballo y volvió sobre sus pasos. Con cuidado extremo, como si cada movimiento pudiera despertar el osario y levantar un malón espectral, acomodó con la punta de su bota la tierra que había removido y trató de poner cada cosa en su lugar, y luego se alejó de espaldas a los tótems, haciendo la señal de la cruz como si eso tuviera algo que ver con aquel sitio.

Siguieron en silencio, algunos de ellos molestos. Acaso porque la presencia de aquel cementerio confirmaba la inutilidad del descubrimiento del paraíso anterior, pero no era así para todos, porque la mayoría creía en una categoría humana de civilización y de alma y sólo los que pertenecían a esa jerarquía podían descubrir. Y hasta que esos ojos azules y de piel pálida no miraran esos sitios no se consideraban descubiertos para la ley universal. Fontana decidió adelantarse junto a otro y ellos continuaron la marcha serena por aquella planicie verdosa y fresca. Leguas más adelante los vieron agazapados tras unas piedras; les hicieron señas de desmonte. Pararon las bestias y dejaron los caballos al pie de un pequeño arroyo y se acercaron en columna, caminando encorvados casi al ras del piso. Fontana señaló hacia adelante y en la línea que marcaba su dedo se divisaba un conjunto de toldos con el rastro humeante de un fogón. Era un aduar indio. Rodearon los toldos y fueron acercándose al acecho, tigres de paja sin rueda ni hambre. Cerraron el círculo y

los sorprendieron reunidos alrededor del fuego, cocinando unas hortalizas y hablando en su lengua. Nadie se sobresaltó a pesar de las voces estentóreas de los militares y de la exhibición inútil de los rémington. Eran dos indios, uno adulto y otro anciano, y una mujer joven y una anciana, y junto a ellos seis niños. Algunas reces gordas, caballos y una jauría eran su hacienda. Estaban bien ataviados y limpios. Las mujeres tenían un vestido que descubría un hombro, ceñido al cuerpo por una faja colorida y un pañuelo largo en la espalda. Tenían vinchas con dijes de plata y cuentas colgando de ella y unas botas de cuero de animal, que estaban cerca del fogón porque en ese momento estaban descalzas. Los pies de la más joven eran pequeños y delicados. El hombre que se acercó a hablarles se presentó como Martín Platero y todos menos el médico habían oído hablar de él. Había cabalgado con Moreno hasta los confines del sur, cuando este último había visitado las tolderías de Shayhueque. Todos ellos provenían de allí y estaban buscando otra parte de su pueblo y de sus familias que escapaban del ejército y de los cazadores de indios contratados por ellos. Los dos hombres vestían poncho colorido y una vincha ancha y blanca ya deshilachada, y, a pesar de su condición, no dejaban de ser altivos y orgullosos y de hacerles notar tan sólo con la mirada que los intrusos allí eran ellos. Los tomaron prisioneros y le pidieron a Platero que fuera su baqueano a cambio de buen trato y de dejar a las mujeres y a los niños en el próximo campamento, y éste aceptó sin dudar. Lejos de tranquilizarlos, esa actitud los hizo desconfiar. Les dejaron levantar las pertenencias y se llevaron requisados las reces y los perros que podían servir para la cacería. Platero se puso al frente de la columna junto

a Fontana y avanzaron. Desde un ángulo cerrado que comenzó a abrirse hacia los flancos, los enfrentó un horizonte extenso y lejano, y por el oeste podían verse a lo lejos los picos nevados de una cadena también eterna y descomunal.

Ya iban dos meses de expedición y por las noches helaba y se rodeaban los campamentos de una escarcha vaporosa y con la luz volvía el calor arreciando y definitivo. Marcharon durante tres días por los viejos territorios del cacique Foyel; dormían a solitud del cansancio, comían y bebían montados. Los niños iban con los soldados, y las mujeres y el indio anciano en medio de la columna, vigilados a desgano. Fijaron el campamento treinta y seis de la campaña junto al margen del río Quinnua, y allí un verano antes se habían enfrentado las lanzas de Foyel con unos veinte soldados comandados por Enseis, y podían verse vainas servidas, flechas y un guante ensangrentado. Las mujeres se apearon y comenzaron a trabajar sin que nadie les dijera nada. Juntaron leña, prendieron un fogón y sobre él posaron cacharros con verduras y carne. Le pidieron permiso a Platero y éste a Fontana para emplazar un pequeño tótem a un costado de la expedición y se lo permitieron. Antes de comer fueron allí, murmuraron y cantaron en voz baja. El viento llevaba a los oídos de los cristianos esa música dulce y algunos creyeron que las voces serenas y la paz quizá no conocieran dioses y fueran tan sólo humanas.

La mujer joven se llamaba Sayen. Tenía los ojos negros y su cabello del mismo color, algunos mechones caían sobre su cara, y era morena y suave como su voz y sus pies. Siempre se quejaba cuando algún cristiano le daba una orden y Platero la reprendía, pero ambos sonreían cómplices, como si esa fuera una cualidad de ella ya conocida por todos e imposible de cambiar por capricho de nadie. El resto de su cabello estaba retenido en la espalda por una trenza y la vincha plateada que caía sobre su frente parecía una corona, reina bella y soberbia de las naciones australes.

Comieron y se juntaron alrededor del fuego como cada noche de los campamentos, y el médico atendió laceraciones pequeñas y ampollas. Platero y los suyos estaban en otro fuego y desde allí venían también voces de regocijo y los gritos agudos de los juegos infantiles. Corrían con antorchas entre los pequeños toldos que habían armado y parecían grandes luciérnagas sonoras. Estaban sanos y fuertes, y el médico pensaba que eran sencillamente niños, aquí y detrás del océano y en Buenos Aires. Y eso lo hizo sonreír, acaso porque es lo único que puede devolver una mirada que se fija sobre niños en juego. Cuando amplió su espectro, comprobó que Sayen lo observaba y que arriesgaba también una pequeña sonrisa al mirarlo. La descubrió hermosa y secreta, y sintió algo parecido a la esperanza, algo que nacía potente desde la energía de esos niños corriendo y de los ojos negros salvándose de la oscuridad.

Cuando todos dormían, Fontana, Evans y el médico permanecieron en el fogón. Invitaron al indio que a un costado de la tienda fumaba pensativo. Bebieron caña y Evans le preguntó de dónde venían y Platero les dijo que de una nación de manzanares

y lagos que recorría el río Limay hasta el Nahuel Huapi. Montes interminables de esa fruta que alimentaba a todos y les daba la chicha y el dulce. Lagos y ríos transparentes, claros y puros como las primeras mañanas después de la nieve. Dijo que Shayhueque había sido su jefe y el último cacique de un pueblo de corrales llenos, de agricultores, tejedores y trabajadores del metal, que fijaban su residencia en ese lugar y convivían en el equilibrio establecido por Nguenechén. Y todo eso había sido desde que la deidad los había guiado hasta el Mapu, pero había encontrado su fin con la llegada de los soldados. Después de haber arrasado con salineros, ranquelinos y puelches, todos maloneros del desierto pampeano, habían ido al borde del Neuquén para tomar sus tierras. Los vichadores los habían visto reunidos allí al mando de Napoleón Uriburu y de nombre Cuarta División para todos, armados con fusiles, cañones y sables. Los machis soñaron a Nguenechén y éste anticipó días funestos, y sería cierto. Uriburu no parlamentó y cruzó el río matando. En Choique Mahuida la Primera Compañía encerró en una montaña a unas cincuenta lanzas y los huiliches prefirieron arrojar al vacío y morir destrozados contra las piedras antes de caer prisioneros. El capitán Luciano, quien los guiaba, murió peleando solo y cubriendo el salto de sus hermanos. En Las Barracas, el cacique Marillán se largó a lanza y corceles contra los cañones y nadie sobrevivió. En Auca Mahuida el mismo Uriburu resistió un ataque de Baigorrita. Asesinó a casi todos. El cacique huyó y le dieron un balazo en su caballo. Se levantó de la tierra, montó otro animal y logró escapar. Dos lunas más tarde, lo rodearon. Se bajó del bayo y los esperó con cuchillo y lanza en mano, solo y cansado

de huir. Herido de bala y espada, cayó y lo quisieron arrastrar al cantón de Paso de los Indios, pero se resistió. Arrancaba las vendas de las heridas y pedía que le dieran un arma para matarse. Lo asesinaron.

En Biobío, el Sargento Mayor Ruibal había avanzado demasiado con una vanguardia y se encontró con las tolderías en pie de guerra de Purrán. Eran miles de lanzas y se disponían a una contraofensiva. Entonces Ruibal los invitó a parlamentar. Cuando se acercó la comitiva con el luncu y sus capitanes al sitio pactado, los acibillaron en una emboscada. Capturaron a Purrán y lo llevaron a la isla Martín García, de donde escaparía más tarde sobornando a un guardia con la historia falsa de un tesoro de plata.

Podía verse el brillo de la tristeza en los ojos de Platero y todos rodeaban la luz del fuego y las palabras con un silencio fúnebre, como si en las brasas ardientes de aquél centro estuvieran los restos de esa nación primordial. “Después”, dijo Platero, “seguiría Napoleón Uriburu y mercenarios de él avanzando hacia el sur de los lagos y hacia el oeste, rastreando en la cordillera lo que quedaba de ellos, para terminar con esa sangre y esa lengua como si así pudieran expulsar a Nguenechén para traer a otro”. A veces él se preguntaba qué pasaría si todos ellos desaparecieran, y ya no había machis a quién consultar. ¿Guiaría Nguenechén a los demás? ¿Nacería otro tiempo con ese a quien los cristianos llamaban Dios?

Oían eso como si no lo supieran y, sin embargo, muchos de ellos habían escuchado antes sobre el avance de las tropas bajo el río Neuquén y de las matanzas. Fontana apoyó una mano en

el hombro de Platero y se levantó. Se encerró en su tienda a dormir y lo hizo sin dar ninguna indicación, algo que era extraño en él, como si ya no hubiera más nada que decir en esa noche.

Fontana insistía con encontrar el paso del Senguer, creyéndolo un río y un sitio parecido al que habían descubierto entre lagos y frutillas, y Platero intentaba decirle que no era como lo imaginaba. Aun así, dejaron el campamento y se dirigieron hacia allí. Cumplió el teniente coronel su promesa y dejó a las mujeres, los niños y el indio anciano en el campamento. Se despidieron de Platero y miraban la columna alejarse, la mujer y el hombre ancianos recostados en un quillango y los demás de pie, atentos al horizonte como si con aquellos hombres se alejara la última oportunidad de algo indescifrable y quimérico. El médico se apartó del resto y volvió. Llevaba una alforja repleta de frutillas, que mantenía frescas mojándolas en los arroyos, harina y tasajo que guardaba de sus raciones. Acaso no era necesario porque abundaba el alimento y la caza, y las mujeres sabían bolear, pero Mariano llamó a Sayen y le extendió la alforja con los víveres. Ella asintió y dijo el nombre del médico. Y los que rodeaban esa pequeña comunión fueron testigos en la distancia de esos dijes de arena del tiempo que se volaron, y lo que dijeron aquellos ojos quedaría lapidado por siempre en el silencio.

Anduvieron leguas entre mesetas por un terreno arenoso y áspero, donde la vegetación era sólo arbustillo espinoso y musgos que abrazaban las rocas. El viento era furioso y persistente, agitaba los labios hasta secar la saliva y los cabellos. Cuando venía desde el sur parecía traer el alma de los hielos eternos y les frenaba el avance, espíritu de resistencia de los calcus enfadados. Llegaron al paso y Fontana desmontó y comenzó a insultar y a patear con su bota las piedras pequeñas y las plantas porfiadas que no soltaban las raíces. Miró a Platero como esperando una explicación y éste le dijo que le había advertido, que el paso de Senguer era ése y no había otra cosa con el mismo nombre. Abrieron los mapas y comprendieron que habían malinterpretado las pistas que les habían dado los tehuelches. Fontana decidió seguir. El guía indio apoyó la decisión y dijo que más adelante todo mejoraba y todos desconfiaron de él, sobre todo los galeses y Evans. Cruzaron aquel paraje desolador y llegaron al pie de una colina, rodeada de tres columnas monolíticas que la custodiaban. Las piedras estaban desnudas y parecían tótems de una civilización de gigantes originarios escondidos ahora entre las montañas nevadas, agachados tras ellas y esperando para devorarlos. Subieron la colina y en la cima el paisaje les devolvió otra vez la belleza. Al pie de ella, hacia el sur, se extendía el lago más inmenso que habían visto, un mar entre continentes de agua verdosa y agitada cuando la ventada la provocaba. Por doquier podían ver pequeños lagos y arroyos cercados por plantas y árboles, truchas saltando en los cauces y en el cielo los cóncores que se aventuraban desde los Andes para la caza sencilla. Bajaron y bebieron agua de aquel oasis. Hundían las manos en

el lago y cumplían un ritual inexistente, un acto que mandaba el instinto, pero que no tenía asidero alguno, ni en sus historias ni en la historia de ningún hombre en el planeta. Levantaron tiendas en la penumbra. Fontana subió otra vez la colina por el mismo camino que los hizo llegar, y desde allí, sentado con las piernas hacia delante y mateando con un pequeño fuego, observó el lago. Se había alejado porque los demás habían decidido llamar a aquel espejo de agua con su apellido y se negó. Pero verlo desde arriba con el último resplandor del día no tenía que ver con su nombre, sino con el deseo de grabar en su memoria la vista con la que se habían encontrado esa tarde y poder describirla en los salones del Club del Progreso para que pudieran entender la pena que había valido el descubrimiento y quizá la vida de los hombres que habían llegado antes que él. Los del viejo mundo que buscaban uno nuevo y también los que habían nacido allí y pertenecían a la tierra y les pertenecía ésta, por derecho de origen. El médico lo alcanzó y se sentó a su lado. Fontana, ofreciéndole un mate, le agradeció que lo hubiera seguido hasta allí, que lo hubiera apoyado cuando los galeses no querían seguir camino y cuando hubo que luchar contra los ríos y la desconfianza de todos. Y lo dijo como si fuera la última vez que lo vería.

—Cuando estaba en el Chaco —dijo— una de las hijas del hombre santo de la tribu de los matacos se prendó de uno de nuestros soldados. Él también. Se cruzaban a escondidas, porque para esa gente era prohibido mezclarse con cristianos o al menos era lo que pensábamos nosotros. Llegaron órdenes de Buenos Aires y tuvimos que mover el destacamento unas leguas río arriba, y emprendimos la expedición por el margen,

bordeando la selva. Pero era tan espesa que a veces llegaba hasta el comienzo mismo de la orilla y no había forma de poder evitar una cosa o la otra, a veces con el agua marrón hasta la cintura y otras avanzando de a pasos por la espesura, a merced de fieras y salvajes. Lo hicimos durante días. Un anochecer, acampados en un claro, vimos salir de la pared de plantas y troncos a una mujer desfalleciendo. Estaba rasguñada hasta en el último rincón de su cuerpo casi desnudo. Magra y desgredada, era aquella hija del sol que había recorrido leguas, día y noche, hasta reencontrarse con quien había elegido. Sólo pueblos de esa estirpe pueden ser tan leales por naturaleza.

Bajaron y se reunieron con los demás para el fogón. La noche fría fue abarcando los alrededores del lago y cuando el viento se levantaba furioso, podían oír las olas que morían en la costa. Horas después, cuando todos dormían, alguien despertó al médico. Lo hizo muy despacio para no alertar a quienes compartían con él la tienda. Era Platero, que le decía que se levantara y que recogiera sus cosas. Sus caballos esperaban afuera, equipados con alforjas muñidas de alimento y agua, sendos rémington y abrigos para distribuir entre más personas. Un poco más despierto, las cosas tomaban forma en su cabeza: la nueva fuga, su acompañante, la anécdota de Fontana de la noche anterior y el sentido exacto de su destino, casi cíclico y repetido, que podía hallar una forma más o menos lógica entre fronteras del caos.

Cabalgaron hacia el norte en busca de los demás. Al este febo venía desde el mar y traía medidos resplandores entre los cirros y la sombra que los acompañaría contra la tierra. No sabían, y nunca iban a saber, que una expedición saldría en

captura y que recorrería los mismos pasos que ellos durante cinco días hasta perder el rastro en los arroyos y ríos que alguna vez habían vadeado juntos y tras un vendaval que se llevaría las huellas. Y Platero habría escapado en los escritos de Fontana porque tenía que justificar su ausencia, pero no la del expedicionario desconocido. Ese hombre enturbiado en el misterio recuperaría por fin su libertad y esa figura quedaría diluida bajo las voces de otras hazañas y así protegerían su nombre y su historia en aquel viaje a la cordillera.

Se encontraron con Sayen y con los niños en el paso del Senguer. Los había sorprendido en el campamento un escuadrón de cazadores de indios y cuando esto ocurrió, estaban los ancianos cuidando los toldos, mientras ella y los pequeños pescaban en un arroyo cercano. Cuando volvieron, hallaron a los perros destripados y a los dos ancianos acribillados y sin orejas. Eran hombres de Napoleón Uriburu que cobraban monedas de los ingleses por cada indio y debían probarlo. Borraron las huellas y se dirigieron hacia el oeste para entrar en las montañas y perderlos en los valles. Acomodaron a los niños como pudieron en los tres caballos que tenían, y hacían descansar a las bestias a cada rato, desmontando y caminando ellos a la par por grandes tramos. Los forajidos les habían robado las mulas, los caballos y una res que les habían dejado de alimento. Platero los fue llevando por senderos imperceptibles y desconocidos por los cristianos, cruzando espejos de agua que parecían profundos, bosques de secoyas y badenes que superaban con balsas escondidas en la espesura. Subieron una colina por un camino de ripio y por esa misma dirección arribaron a un pequeño valle rodeado de montañas de piedra, desde donde podía verse la extensión de

varias leguas hacia abajo a través de un hueco de aire protegido por las laderas. También había una cueva donde podían caber cuatro hombres y fue desde allí donde construyeron un entoldado para ampliar la estancia. Encendieron la hoguera debajo de la piedra para que no los delatara el humo y calentaron el lugar. Uno de los niños era hijo de Sayen y los otros cinco eran de su hermana. A ella la estaba buscando. Le habían dicho que había viajado hacia el sur y hacia allí se dirigían cuando los sorprendió la expedición. Se turnaron con Platero para hacer guardia con el fusil y al médico lo sorprendió la oscuridad. No había luna y frente a él se levantaba una pared eterna de negrura. Era imposible llegar hasta ellos en esas condiciones y se envolvió en el quillango para dormir. Más tarde sintió un cuerpo pegarse al de él. Se quitó las botas como pudo y los pantalones, y sintió el roce de sus pies con los otros, calor de caricia tersa y eléctrica. Envueltos en la oscuridad y en los distintos murmullos del aire, escuchaban a lo lejos la queja de las fieras y del céfiro rozando la roca y la piel de los manantiales, resguardados y protegidos de los miedos y de la muerte latente.

Por la mañana Platero se fue. Nadie preguntó por qué y no lo hizo a hurtadillas. Todos se sabían con distintos destinos y el papel de Mariano allí era el de cuidar a esa mujer y a esos niños y así lo aceptó, y quizá Platero lo había llevado aquella noche del campamento con ese objeto, quizá con la ayuda de Fontana, pero eso nunca lo sabría el médico. Se despidieron encontrando los brazos con fuerza y le dijo hermano en una lengua que días después entendería. Aquel ser de muchos caminos y lunas se refugiaría en los toldos de Cual, luego viviría en una reserva de

Valcheta, arriados todos ellos por el ejército de línea y terminaría sus días en Carmen de Patagones, viviendo de la molicie y de la caza de ovejas ajenas.

Discutieron si seguir viaje o no. Sabían que aquellos cazadores iban tras su rastro. Desde ese mirador podían avistar todo el valle y anticipar al menos un día antes la llegada de intrusos, si es que éstos no cabalgaban de noche. Pero una vez que los rodearan, o tan sólo encararan en dirección a ellos, no tenían escapatoria. Por detrás estaba la ladera empinada de una montaña alta y el único camino hacia abajo descendía al valle. Tenían muchas municiones pero tan solo un Rémington. Montaron y se dirigieron hacia el sur, bordeando la cordillera. Cuando veían senderos transitables que ingresaran a las cadenas nevadas, se internaban y recorrían hacia el oeste los bosques, y después volvían a retomar el rumbo hacia el sur, por su interior o por la espalda del lado este. Durante algunos días el viento venía del mar, pero luego la sudestada se quedó y avanzaban lento contra esa fuerza que quería empujarlos otra vez hacia el Senguer. Los ríos de deshielo cruzaban su camino, agua cristalina y helada, y por momentos los bosques los encerraban entre pinos y secoyas, troncos esparcidos sobre las hojas marchitas, del mismo color de ellas y con un aroma a madera húmeda y el perfume suave y refrescante de la vegetación. Llegaron a otro lago, semejante a un mar por su color marino y la distancia de la costa vecina, que se perdía en el horizonte, como si perteneciera a otro continente. Parecía incluso más grande que aquel al que habían bautizado con el nombre de Fontana y su oleaje era más agitado y constante. Acamparon cerca de sus orillas, protegidos por una

reunión de pinos que escondían también jardines repletos de cerezas y otros frutos dulces y exquisitos. Después de levantar toldos y de hacer una fogata emparedada por ramas y mantas, Mariano se alejó con el fusil hasta un espacio abierto que se encontraba en dirección al lago. Se quitó el poncho y con dos o tres ramas, una grande y gruesa clavada en la tierra y otra montada en cruz, construyó un hombre de ramas y vicuña, muñeco parado tristemente delante del agua, balanceando su cuerpo con el viento. Dios estéril creando hombres que no caminan. Se alejó unos metros y ejecutó el primer disparo. No pudo ver después del culatazo adónde había llegado el proyectil, pero ni siquiera había tocado al espantapájaros. Volvió a disparar y esta vez una pequeña nube de polvo se levantó cerca del blanco. Lo hizo hasta la caída de la luz y los niños lo observaban como si estuviera loco, pero Sayen ya imaginaba su propósito. Lo esperaron para comer. Luego se abrigaron y se juntaron unos con otros para darse calor, y cuando los niños dormían, ellos se separaron en otro lecho hasta el amanecer, el alba poderosa de los fríos que dejaba hielo y escarcha a su llegada.

Amanecidos, rodearon el lago hacia el oeste y bajaron hasta cruzarse con un río que no pudieron vadear y lo siguieron con el mismo rumbo, alejándose de la cordillera. Eso los preocupaba y no podían volver sobre sus pasos, porque al seguir el margen fluvial habían entrado a un cañadón que los emparedó durante leguas, y esa posición los dejaba a merced de quien pudiera verlos desde las laderas. El río no era ancho y por momentos estaba ladeado por tierras marrones que caían a la costa en forma plana y armoniosa, y a medida que se alejaban de la

sirga levantaban la altura hasta llegar a ser montañas de piedra y tierra custodiando la comarca. Subieron por una de esas pendientes y llegaron a unas cuevas que se ocultaban en la cara interna de la cañada. Había manos grabadas en las paredes de la caverna, espirales rojas, animales y hombres extraños con brazos que eran serpientes, rojos, verdes y negros. No podían ver el fondo de las cuevas y eso les despertaba desconfianza. Entonces, siguieron ascendiendo por un sendero entre las piedras y llegaron a una meseta alta del cañadón, desde donde podían ver la herida del terreno y el río azogando el valle. Descansaron los animales y se sentaron al borde del precipicio para mirar, y uno de los niños fue el primero que vio los puntos oscuros que se acercaban desde el oeste. Estaban a tres o cuatro horas y eso era muy poco tiempo para alcanzarlos porque eran seis jinetes y ellos con niños y animales que los hacían andar lento. Sayen dijo que sabía que eran los hombres del campamento y, si no lo eran, igual significaban una amenaza. Montaron y se alejaron a distancia del borde para no ser vistos; fueron hacia el norte. Si tenían suerte, los hombres seguirían por el cañadón hacia el este, se perderían y les dejarían otra vez el corredor para llegar al sur. Siguieron hasta la noche y parte de ella también cabalgaron. Cuando estuvieron seguros de haberse alejado lo suficiente, decidieron acampar para descansar los caballos y darles de comer a los niños, pero ambos sabían que no estaban a salvo. Ambos montaron el pequeño campamento resguardado entre algunos árboles junto al rumor de un hilo de agua de deshielo y, cuando terminaron, Mariano miró a Sayen y ella comprendió. La

abrazó, tomó el rémington y algunas provisiones, varillas secas y un cuchillo, y se alejó a galope tendido sobre sus propios pasos.

Mientras regresaba a la cañada en la oscuridad, hubo un segundo en el que pensó y trató de reconocerse y de saber qué estaba por hacer aquel nuevo hombre, con una voluntad y una idea foránea a sus viejas convicciones y sus quehaceres. Y cuando el pensamiento llegó como una cuchillada, su cerebro lo espantó, abrió y cerró los ojos y el brillo de la luna llena prendió y apagó la noche en sus párpados, y siguió sin pensar hasta que encontró el cañadón.

Los cazadores llegaron al campamento y encontraron a dos ancianos cargando una caldera sobre el fuego. Los sorprendieron y los viejos indios miraron sin soltar la carga y les temblaron los brazos. Lo hicieron por unos segundos, hasta que los rodearon y el caldero cayó salpicando las patas de los caballos. Eran seis hombres de poncho y vincha, algunos con sombrero de copa y alero corto y pañuelos al cuello. Estaban todos armados con pistolas, fusiles y cuchillos largos. Uno de ellos era del norte y los demás de las orillas de Buenos Aires. Se habían despegado de la Cuarta División después de la campaña a la cordillera y ahora trabajaban por encargo, pero nadie los consideraba desertores y ejercían su autoridad como si lo que hicieran fuera en nombre del ejército o del gobierno.

Uno de ellos se bajó y dio un golpe de puño al anciano. Cuando cayó pesadamente en la tierra lo tomó del pelo, se lo corrió a un costado, telón de lana blanca veteada, y apoyó el filo de su cuchillo en la oreja. Antes de que diera el tirón, intervino otro de ellos. Sin desmontar, le dio un planazo a su compadre en

el hombro y lo dejó de rodillas como había quedado el anciano, tratando de llegar a la espalda con el reverso de la mano para aliviar el golpe. Le dijo que era un viejo y que al menos lo despenara antes de cortarlo. Entonces el hombre montado sacó de la alforja su pistola y le voló la cabeza al indio. Su cómplice, dolorido en la espalda, lo desorejó. Aquel asesino a caballo era el jefe de ellos y le decían Colorado. Nadie conocería jamás su nombre, salvo un juez de paz y su comandante durante la campaña del desierto. Ni sus mujeres ni los hijos que estaban dispersos lo sabían. Era de tez blanca y pecosa, pero el alcohol y el sol le habían cuarteado y colorido la cara. Tenía pocos dientes y los que persistían estaban picados, maltrechos y manchados por el tabaco. Entonces la boca era un agujero oscuro que se ensanchaba con la muerte ajena y se abría para hablar poco. Comenzaron a disparar a los perros que habían rodeado a la anciana para defenderla y en la balacera la mujer cayó acribillada junto con la jauría. También le arrancaron las orejas. Esos disparos fueron escuchados por Sayen a poca distancia de donde estaba sucediendo, pero sabía que no debía ir porque no podía hacer nada para impedirlo y manteniéndose alejada de allí, protegería a los niños. Los abrazó, les pidió silencio y lloró despacio, con miedo a que oyeran los quejidos. Los hombres tomaron lo que pudieron y siguieron el rastro de la expedición creyendo que eran otros salvajes, y así siguieron hacia el oeste.

En ese trayecto hasta el cañadón del río, donde acamparon siguiendo otro rastro, habían cruzado a los galeses que perseguían a Platero y al hombre desconocido, y ambos grupos se encontraron cerca de la cueva donde se habían refugiado el

médico, Sayen y los niños, y nadie se dio cuenta de eso. Después de algunos días de cabalgar, entraron en el cañadón y acamparon para subir al otro día a las mesetas porque habían perdido el rastro nuevamente.

Mariano llegó al lugar aún en la oscuridad, y cabalgó despacio los últimos tramos para no avanzar demasiado y perderlos. Había contado con que acamparían y así lo hicieron, y que lo harían junto al río para abreviar los caballos y tampoco se equivocó en eso. Esperó sentado, defendiéndose del frío con los brazos y con un poncho. Con los primeros reflejos en el borne del este, siguió bordeando el río desde la altura y pudo ver los restos de la fogata humeante junto a las tiendas. Ató el caballo lejos del filo del precipicio, extendió el poncho en la tierra y se acostó allí, apuntando con el fusil hacia el campamento. Quizá pasó una hora hasta que salió el primero de ellos, descalzo y envuelto su cuerpo en una manta. Llevaba en su mano las botas de potro y el resto de las prendas. Se arrodilló en la orilla y comenzó a asearse. Con la cara mojada entre las manos escuchó el estruendo, pero no pudo discernir si había sido un disparo, un trueno o una roca que había caído desde las montañas a la cañada. Giró y miró hacia la meseta, por casualidad al punto exacto desde donde partió el segundo disparo. Al mismo tiempo se asomó el Colorado para ver qué ocurría y allí fue testigo del momento en el que el plomo atravesaba la cara de su hombre, haciéndolo saltar hacia atrás de una forma singular, con la espalda arqueada y los pies recogidos. Se acercó agazapado. Su compañero tenía un agujero humeante en el rostro bordeado de carne quemada y por la nuca asomaba la lengua por otro hueco y podían verse algunos

dientes dispersos en la arenilla. Escuchó el tercer disparo y sintió el aguijonazo en el muslo. Fue como si alguien lo hubiera empujado y cayó de cuerpo entero con las manos sobre el agua. Alertó a los demás a los gritos y todos salieron de las tiendas y se parapetaron tras las rocas y bajo las laderas, mirando con temor hacia todas direcciones.

Mariano fue en busca de su caballo, se montó y comenzó a cabalgar hacia el este, bordeando el río. No podía volver al norte porque llevaría el rastro hasta Sayen y los niños, y cuando se separaron durante la noche, ambos sabían que iba a suceder eso. No tardó mucho en encontrar un vado por donde poder pasar hacia el otro lado, y eso lo angustió porque comprendió que, si lo hubieran hallado cuando iban todos juntos, no tendrían que haber pasado por todo eso ni separarse. Pero las cosas se habían dado así, nunca salían como deseaban, y volvió a repetirse esa frase durante un tiempo sobre su caballo, mientras veía pasar a su derecha el reflejo en los lagos de los andes encanecidos por las nieves eternas. Ahora sí era un alma sin rostro ni nombre, un destino de nuevo y último círculo del infierno, más profundo que el que le tocaba a todos con los que se había cruzado: Flores, Inmaculado, Ruiz, Platero, el soldado negro muerto bajo el árbol, los cazadores del litoral, el Solitario, el sargento y el que había caído hacia unas horas junto al río, las dos cargas que llevaba en su espalda y que le daban el pasaje a ese círculo.

Después de dos lunas de intentar girar hacia el oeste hasta la cordillera y subir hacia el norte en busca de Sayen, lo sorprendió una tormenta. El viento era helado y caía aguanieve que se estrellaba contra su rostro y sus manos, como gramilla de brasas escupidas por dragones boreales. Avanzó despacio y penosamente sin poder ver el rumbo y todo alrededor era distancia e intemperie. En una leve depresión del terreno recostó el caballo contra la pendiente y lo cubrió con las mantas y el quillango, ambos escondiéndose del frío y del viento que traía consigo el aluvión de lágrimas polares. Horas después era una nevada decidida y voraz que había cubierto todo suelo que alcanzaba la vista. Se despertó y notó frío el cuerpo del caballo. Estaba muerto. Su cuerpo estaba tan congelado que era innecesario e imposible abrirlo para poder calentarse en su interior. El sol seguía escondido tras una bóveda plomiza y ya no sentía los dedos de sus pies y el costado de su cara que había quedado descubierta. Con las manos ateridas corrió, la nieve e hizo un pozo en la tierra congelada para hacer fuego. Lo logró y pudo calentar sus manos y sus pies, pero ya no tenía alimentos y la carne del caballo estaba cristalizada y demoraría horas en poder ser comestible.

Se aterró cuando comprendió que no podía llegar a ningún lado, en medio de la nada atestada de nieve. Caería la noche en cualquier momento y el frío sería impiadoso y definitivo. Trató de pensar. Había encendido el fogón con las ramas que traía en la alforja y ya no le quedaban; de aquel fuego sólo restaban varillas carbonizadas. No podía entonces ahondar el pozo y cubrirse con el fuego como había aprendido del pueblo de Quenoalichaba. Las mantas no alcanzarían y lo único que imaginaba era caminar hasta que las piernas no dieran más, no permitir que la sangre dejara de circular. Se envolvió con el poncho y el quillango y con el resto de las mantas hizo retazos para envolver sus pies dentro de las botas y también sus manos. Puso nieve en su boca para hidratarse y comenzó a marchar. Lo hizo sin detenerse durante horas, por momentos levantando las piernas hasta el estómago para romper la capa de nieve. Si alguien lo hubiera visto de lejos, no hubiera comprendido por qué se detuvo. Como algunos animales cuando no pueden más, que simplemente se frenan y se desmoronan, cayó hacia atrás, sentado. Con sus brazos abrazó las rodillas y esperó la muerte. Por detrás de él cruzaron una zorra con sus cachorros, y lo que esquivaban era tan sólo un accidente del paisaje, un elemento estéril de su entorno. Ellos allí eran la vida, la única real y posible. Y como si fuera una burla todo aquello, la vida una obra absurda dirigida por un ciego, paró de nevar en el momento exacto en el que se desmayó.

Los zorros también se detuvieron, pero fue para tomar otra dirección, como si hubieran sentido la proximidad de alguien tras las paredes blanquecinas de la llovizna. La hembra dejó pasar a los cachorros y los siguió hociqueando hacia atrás,

oliendo la presencia extraña. Al rato apareció una carreta con dos hombres en el pescante, traían amarrado a ella otro caballo e iban cargados porque la madera se arqueaba demasiado en su parte inferior. Llevaban cueros y mercadería para una estancia; habían llegado hasta un puesto para venderlos, pero la tormenta les había impedido continuar. Vieron el bulto y comentaron que, si hubiera nevado un rato más, aquello estaría cubierto y no lo habrían encontrado. “Tuvo suerte”, dijeron. Lo levantaron y lo llevaron a la parte de atrás. Parecía estar escrito que otros lo arrojaran en las carretas, inconsciente o perplejo, y pensar en esa situación le arrancó una leve sonrisa. Lo cubrieron con los cueros y le dieron mate caliente y tasajo de carnero. Su cuerpo fue recuperando el calor. Durmió hasta que la carreta se detuvo en la puerta del casco de la estancia y lo llevaron a un galpón, y allí siguió descansando, abrigado y con fuego a su lado.

En el sueño recortó parte de aquel fragmento de su vida y por momentos creyó estar en el campamento de la Alianza, esperando con una angustia acostumbrada que trajeran los despojos de los soldados; por otros momentos estaba con Flores y con Inmaculado o con Sayen, y los climas y los días se mezclaban como si alguien hubiera tomado el universo y lo hubiera sacudido hasta que las cosas ya no encajaran en su realidad.

En la tarde de la jornada siguiente, cuando pudo levantarse, conoció al dueño de la estancia. Era inglés y eso se notaba en sus facciones, nariz flaca y larga y los pómulos hundidos, ojos azules con pequeños puntos negros alrededor del iris y una sonrisa distante pero sincera cuando asomaba. Era fornido y taciturno. Le decían Padre, chilotes, indios y criollos cuatreros que habían

huido de los fuertes de línea. Los había rescatado y todos tenían trabajo, casa y comida. Muy pocos hablaban entre ellos. Padre era juez, protector y verdugo en su casa y entre los hombres. Se dedicaban a los cueros, a la esquila y a explorar más allá del río Turbio para ocupar tierras con yacimientos de carbón y vender-selas al gobierno.

Le dijo que podía quedarse todo lo que quisiera, que dormiría en el galpón con el resto de los peones y que mientras estuviera allí debía ganarse el pan y la cama con trabajo.

Quería reunir jornales hasta que pudiera comprarle a Padre un caballo para seguir hacia el sur o hacia la cordillera en busca de Sayen. Después de mucho tiempo volvía a tener un objetivo y la última vez de eso había sido cuando estaba en la búsqueda del rancho de la cruz, para conocer a los sobrinos del Solitario.

No pasó mucho hasta que aprendió todos los oficios: a enlazar corderos, esquilar ovejas, limpiar cueros y arrear. Y tras ese tiempo en el que fue confundiéndose con todos ellos, las mañanas y las tardes comenzaron a irse de sus manos, enlazando ganado y mateando en los galpones entre trabajos, rodeados todos de un silencio que sólo se cortaba con alguna risa o tosido, como si escondieran así su presencia del mundo y de sus pasados.

En una de las faenas, un hombre cayó de su montura y se fracturó un brazo. Era uno de los indios, un yagán que había llegado desde las tierras del fuego en silencio y así seguía, y nadie conocía su procedencia ni su historia. No había un médico hasta el final del río Gallegos, y era un viaje largo cuando nevaba. Mariano lo entablilló y le inmovilizó el brazo y habló con el

capataz para que lo eximiera de trabajo hasta su recuperación. Ese hecho lo confirmó como médico de la estancia y desde entonces su trabajo fue otro. Trajeron botiquín desde los puestos del norte, elementos y medicinas. Igual que en Rawson, trabajó en animales, se hizo fundamental allí y un hombre querido por Padre. Conoció las tierras áridas del Turbio, los hielos gigantes que flotaban en lagos al pie de la cordillera, el bosque marrón ocre que los escondía. Las riadas corriendo sobre el hielo, apropiándose de los campos a su antojo, brazos diáfanos del invierno enlazando la gramilla.

Una mañana acompañó a Padre al final del río Gallegos. Algunos le decían al lugar la bahía de San Alfonso y para llegar hasta allí fueron al norte hasta cruzarse con el río y siguieron su cauce hasta la desembocadura, al puesto nuevo de la prefectura. Las extensiones perpetuas de blancos plenos y las manchas móviles que la surcaban, guanacos, zorros y aves de rapiña que esperaban la muerte en círculos. Y para ellos la muerte de los demás era su vida, y así parecía tener todo sentido en el infortunio de unos y el provecho de otros. “Pero eso era sólo válido para las bestias”, pensaba el médico, “porque los hombres se ven tentados de que sea así para justificar su crueldad”, como él lo estaba haciendo en ese instante para exorcizar los últimos acontecimientos de su pasado reciente.

Se detuvieron a dormir en un puesto a medio camino. Había dos pastores y las ovejas se habían dejado cubrir por la nieve para poder comer el pasto. El hálito rodeaba el aliento y también la respiración de las ovejas desde abajo de la nieve, como si fueran pequeños volcanes en erupción. Alrededor del

fuego, Padre les habló de su tierra: el sur de una isla neblinosa rodeada de mares salvajes que habían destruido a la Armada Invencible. Les dijo que extrañaba a su gente y al lugar de sus raíces, pero que en esas tierras del sur había conocido otros hermanos y había encontrado su nuevo hogar, un paraíso lleno de riquezas y destino que debía agradecer ayudando a los demás. Hablaba y el whisky iba adormeciendo su lengua y su pensamiento, y las palabras parecían torpes pero honestas.

Siguieron hasta el otro extremo de la franja de tierra y cuando llegaron a la ría, creyó que era el mar. Allí dimensionó otra vez todo su camino desde Corrientes hasta allí, casi toda la extensión del país. Y como Fontana y otros hombres, había visto las selvas y los litorales, y la cordillera y los lagos azules rodeados de albura imperecedera. Siguió hasta más allá del puesto de prefectura para negociar con una estancia amiga, leguas detrás de la desembocadura. Cruzaron una estepa árida, también repleta de guanacos y ñandúes. El crepúsculo y el reflejo rojizo del cielo avanzaban, frescos, inmarcesibles y lumínicos. Llegaron al comienzo de un camino de polvo; a los costados, la flora pequeña y áspera, máculas de nieve y una cortina mercurio cayendo por detrás de todo. Dejaron los caballos amarrados a un tronco flaco. Ascendieron hasta las fauces de un inmenso cráter; el ojo de la tierra mirando hacia arriba a los astros hermanos. Alrededor de él, se levantaban tribunas naturales de piedra y tierra, circo romano para ver tan sólo el fondo del cráter. Cien metros hacia abajo, en el fondo, un lago congelado, garzo y traslúcido. Desafiaron el frío y la llegada de la noche contemplando el paisaje. Volvieron a cabalgar cubiertos de luceros y el viento

del sur los empujó hasta el punto en el que tenían que virar al oeste. Descansaron en la misma posta y pasado el amanecer estaban otra vez en la estancia. Algo los unía después de ese viaje y quizá fueran las visiones que compartieron o la sensación de estar buscando siempre un lugar al que sentir propio.

Cuando entraron fue a buscar al yagán como todas las mañanas para ver cómo estaba su brazo. Antes de viajar ya podía moverlo y estaba haciendo algunos ejercicios livianos para recuperar fuerza. Su nombre era Lem y en su lengua significaba “sol”, pero eso lo sabría luego. Le dijeron que había ido al límite del campo para arrear el rebaño hasta el galpón de la esquila, y eso lo alegró porque ya estaría bien de su brazo para montar y llevar adelante esas faenas. Su satisfacción iba un poco más allá porque era Lem y se preguntó cuánto tenían que ver con eso Sayen y Platero y cada uno de los hombres de las naciones originarias que había conocido desde su fuga. Por algo que no pudo entender, supo en ese momento que su tiempo en la estancia estaba agotado y que debía seguir viaje. Lo decidió allí, parado frente al horizonte que extendía sus azules violetas hasta donde llegaba su visión. Una opresión extraña, como si no fuera suficiente para su idea de libertad poder correr durante días hacia los cuatro horizontes sin que nada lo detuviera. O quizá ya había elegido algo que allí no estaba y debía seguir su búsqueda, como cuando decidió hacerlo aquella noche después de Curupaytí.

Habló con Padre y éste lo entendió. Esperaría hasta la mañana del otro día y no tendría que agradecer nada porque el caballo ya era propio y las provisiones que se llevaría le pertenecían por trabajo.

Estuvo en vigilia la mitad de la noche, pensando el trayecto y planeando en su mente cada paso que debía dar. Junto a su lecho, bajo unas mantas, había preparado su montura con las alforjas, alimentos, agua y municiones para el rémington. Al alba se disponía a irse cuando el capataz le dijo que lo buscaba Padre. Fue hasta el casco y el inglés le pidió que le hiciera un favor. Había llegado un grupo de hombres que trabajaban para él y uno de ellos estaba herido. Le pidió que hiciera lo posible para aliviarlo y el médico tomó sus pertenencias y se dirigió hacia el galpón donde estaban los recién llegados. Eran cuatro hombres abrevando los caballos y dándoles pienso en la boca, como si estuvieran alimentando a sus propios hijos. Estaban desalineados y se notaban en sus caras los días de marcha. Le dijeron que el herido estaba en el interior. Entró y lo vio a mitad del galpón. Estaba recostado en un catre con una pierna desnuda; habían cortado la tela del calzoncillo y remangado el chiripá hasta la ingle. En el muslo tenía un agujero violáceo, el pus rodeaba ya las laceraciones y algunas moscas revoloteaban la zona presagiando lo peor. Acercó una palangana y comenzó a lavar la herida y a quitar con el cuchillo el tejido muerto. El olor era insoportable y aquél hombre bebía caña del pico de una botella, mientras Mariano revolvía el oscuro orificio de carne. Lo miró y el herido sonrió, y en su cara rojiza y blancuzca se dibujó un hueco de oscuridad, siniestro y voraz. Bajó la vista para seguir

con su trabajo pero por el rabillo del ojo vio algo que llamó su atención. Las moscas que bailaban sobre la herida se posaban sobre una bolsa de cuero que había al pie del jergón y pudo distinguir en el interior orejas humanas, podridas y deformadas y algunas con hormigas recorriendo sus paredes. Acaso los dos comprendieron a la vez, porque los hechos se desencadenaron a velocidad. El Colorado recordó a los galeses que habían cruzado luego del campamento y que les habían hablado de un guía indio y un médico. Relacionó lo posible y supuso que, si no había sido aquel hombre su verdugo, un frágil médico con manos incapaces para la muerte, habría sido entonces su compañero, y para él era exactamente lo mismo, suficiente para saldar una deuda. En un movimiento veloz le quitó de la mano el cuchillo e intentó enterrarlo en el estómago del médico, pero éste en el forcejeo retrocedió y el filo se incrustó arriba de la rodilla. Antes de que se alejara del todo se incorporó en el camastro y latigó con el cuchillo hacia el pecho, pero otra vez falló y alcanzó a rasgar la piel del vientre. Mariano estaba sorprendido por la fugacidad de todo aquello y atinó sólo a encerrar la herida entre los dedos y sintió que emanaba sangre, el calor del líquido entibiado en sus entrañas. Se sentó en el piso a esperar la acometida pero el Colorado se detuvo desconfiado, y Mariano pudo notar que la mirada de su atacante estaba concentrada en el bulto de ropa que yacía junto a su mano derecha. Reaccionó. Por allí asomaba el mango de un revólver y lo tomó con prisa. Nunca había usado uno, pero podía darse una idea por haberlo visto en la guerra. Apuntó al Colorado y apoyó el dedo índice en el gatillo. Gritaron los dos, y el médico, sin pensarlo, disparó, y las chispas y el humo

nublaron el momento en el que el plomo atravesó la garganta, y el alarido del Colorado sonaba ahora ahogado y gutural. Trataba de detener con sus dedos embarrados el chorro delgado de sangre que salía impulsado de su cuello hacia el piso, y cayó flácido sobre el lecho. Quedaron las plantas de los pies, mugrientas y percutidas, hacia Mariano.

Escuchó los pasos en la tierra y en la galería del galpón y otros disparos, algunos cercanos y otros que provenían de lejos. Saltó por la ventana a la carrera y, entre la polvareda, el griterío y los disparos, pudo ver una cara conocida. Vio también a su caballo y junto a él estaba montado Lem. Lo ayudó a subirse al animal y salieron a galope. Lem se retrasaba y con el rifle del médico cubría a balazos la huída, y pudieron tomar distancia. Salieron a la llanura y, antes de llegar a una loma, pudieron ver que eran los cuatro restantes los que los perseguían. Entonces Mariano le dijo que superaran la loma y que él siguiera cabalgando con ambos animales. Así lo hicieron y antes de bajarse acomodó las alforjas y algunos ponchos de Lem sobre su ruano, y así pareció que se alejaban ambos. Pero en realidad el médico los estaba esperando sobre la loma, apuntando con el rémington a los jinetes que ya estaban a tiro. Sentía fuego en el vientre y un dolor punzante en la pierna y sentía el frío como si estuviera caminando por el interior de aquellos lagos, con la superficie hasta el pecho. Se concentró e hizo fuego. El que encabezaba el grupo cayó, se enredó en el estribo y quedó cabeza abajo; su cráneo dio en la tierra y en las rocas. Disparó por segunda vez y no le dio a nada, pero el grupo trotaba dudando de enfrentar la balacera. El tercer plomo dio de lleno en el pecho de uno de los

caballos y rodó a tierra aplastando al jinete y destrozando sus piernas. Los dos restantes se fueron y lo dejaron allí, con el animal agonizando y el hombre sin poder incorporarse. Lem volvió en su búsqueda y antes de seguir volvieron hasta el animal y lo remataron. Prendieron una fogata junto al herido y se fueron.

Al médico se le cerraban los ojos por el dolor y el frío, pero Lem parecía impasible frente a eso. En realidad sabía que no había chances para él a menos que llegaran a un lugar donde pudieran verlo y eso estaba lejos, muchas leguas más allá del cráter. Cabalgaron el resto del día hasta una enorme franja de agua y el viento nocturno la agitaba hasta la tormenta. Lem lo bajó del caballo, casi desmayado, y lo reposó contra una roca. Lo desabrigó, abrió su camisa y tomó el botiquín del médico. Lo despertó, le pidió que lo ayudara a coserlo. Lo hizo con un extraño pelo de animal engrasado y una aguja de hueso, mientras Mariano prensaba la herida con sus dedos para que ajustara la costura. Después encendió un fuego y sacó de sus alforjas grasa animal, la fundió y la colocó sobre la herida para cauterizarla. Mariano se retorció por el ardor y sobre el final de toda la curación parecía haber sufrido todo lo posible y se durmió. No alcanzó a ver las canoas de tronco que llegaron a recogerlos entre la marea pálida del estrecho de Magallanes. Lem vio luces acercándose entre la niebla y el oleaje, y eran las fogatas que traían encendidas sobre las canoas. Las embarcaciones estaban construidas con corteza de árbol y unidas con barbas de ballena y

fibras de plantas. Si alguien desde el cielo, algún dios u hombre alado, pudiera ver aquel arribo, sería una visión de varios fuegos, luces amarillas y rojas avanzando por el paso marítimo, bravío y extenso, que unía las aguas de ambos océanos cruzando la tierra de los yaganes, alakalufes, haus y selk'nam.

Eran pares de Lem. Esperaron junto a fuegos a que parara el viento y, cuando lo consideraron propicio, los subieron en una de las embarcaciones y cruzaron el estrecho por su parte más angosta. El médico veía entre sueños el reflejo de las fogatas en las caras de sus salvadores, que lo rodeaban en cuclillas, las narices chatas y la pintura sobre las mejillas. Ese sueño de realidad alternaba con otras imágenes que provenían de su misma profundidad: jinetes con velos negros que recorrerían la tundra nevada, llevando las antorchas de las que no salían lenguas de fuego sino chispas que proyectaban una luz incandescente y dolorosa a los ojos. Gritos de espanto a su alrededor y los alaridos de esos seres que semejaban al graznido de las aves de rapiña, los pájaros negros que podían cambiar de nombre según la región, pero que eran similares en su fisonomía y en la espera macabra de sus banquetes.

El viaje continuó por tierra hasta la toldería. Era un grupo de chozas de maderos entramados y sobre ellos enlazadas tiras de piel de foca, que volvían a la vivienda impermeable y térmica, con fuegos dentro de cada ambiente. Lo recostaron dentro de una de ellas, sobre pieles, y lo desnudaron. Le pasaron por el cuerpo grasa de animal y curaron la herida otra vez con otras pócimas. Recuperó la conciencia y vio allí a su lado a Lem. Éste le explicó que cabalgaba por los alrededores de los galpones

cuando oyó los disparos, que reconoció a esos hombres que eran pagos por Padre para cazar salvajes y les había disparado porque ellos mismos le habían dicho que él estaba en el interior luchando con el jefe herido, creyendo que era correcto ayudarlos a ellos y no a él. También le dijo que le devolvía el favor de su brazo, pero que lo había traído donde su pueblo porque necesitaba su ayuda. Le puso un género húmedo y frío en la frente y le pidió que siguiera descansando. Pasó así cuatro días con sus noches y la mañana del quinto pudo incorporarse con mucha dificultad. Habían curado también la herida de su pierna, pero la de su vientre no tenía buen aspecto y había perdido mucha sangre. Necesitaba alimentarse y eso hacía constantemente con pescados y mariscos que cocían en pozos de piedras ardientes y sazaban con la sal que extraían del mar. El campamento estaba sobre una bahía en la orilla de un canal ancho, y tras ellos, la cordillera, y más allá del canal, el final del mundo conocido. Había islas, muchas de ellas, y les habían servido de refugio a sus antepasados cuando otros pueblos los guerreaban.

Lo llevaron a una de las islas con el resto de la tribu. Ese día el canal era una plancha cristalina, aunque en la distancia podía verse la violencia de las olas que se alzaban con el viento. Caía una llovizna fría y tenue, se pegaba a las pestañas, a la madera olorosa, al silencio que se rompía sólo con algunas de las voces, con el rumor austral del aire. Por ese lugar habían cruzado por primera vez los barcos españoles y portugueses, habían desafiado la fama destructiva de los mares del sur con su perennidad. Los hombres que habían dejado en el reflejo de su lomo plateado la impresión de sus ojos asaltados por la emoción y

la sorpresa, la avidez de la inmortalidad y la aventura. También dejaron esparcidos en el fondo helado los restos de sus naves y sus propios huesos de tumba ignorada y lejana.

En la isla había decenas de chozas. Vio mujeres y niños de esa etnia por primera vez. Ellas eran de baja estatura y gruesas; los brazos eran débiles, y las piernas, flacas. Eran excelentes nadadoras y muchas lo hacían en invierno, cuando la temperatura del agua era mortal para los blancos. Todos vestían ropa de cristianos y sólo algunos, los más viejos, andaban desnudos como otrora lo hacían sus padres y abuelos, defendiéndose del frío con el fuego y con la grasa de ballena. No tenían jefes, caciques, ni capitanes, todo lo decidían en conjunto y tampoco se establecían más de lo necesario en un mismo lugar, y probablemente pasaban más tiempo en las canoas que en tierra. Sobre la orilla a la que habían arribado había centenares de ellas, naves de los años de la historia futura que desafiaban los mares indómitos.

Lo llevaron a una de las chozas y en ella, bajo mantas y alrededor del fuego, yacían los enfermos, tiritando por la fiebre y la mayoría de ellos agonizando. Se acercó un anciano con la cara pintada de blanco, negro, y rojizo, en barras que caían de los ojos como si las hubieran lavado las lágrimas, y unas plumas de ave que colgaban de su cuello y de uno de sus brazos. Llevaba sobre los hombros y la cabeza piel de animal. Era el Yekamush, el hombre santo. Le dijo que no podía saber de dónde venía ese mal. Que de una luna a la otra caían cada vez más. Llevaban en ese momento a una mujer envuelta en cueros, lívida y flácida, y la arrojaron a un pozo alejado del poblado, con objetos que Mariano no alcanzó a distinguir. Muchos de los convalecientes tosían de una forma

seca y dolorosa, y los esputos eran sanguinolentos y espesos. Les tomó a todos la temperatura con la palma de la mano en la frente y era alta. El médico sabía que era irremediable y le preguntó al Yekamush si era la primera vez que ocurría y éste le dijo que sí. Y ambos pensaron que era imposible, que se trataba de un pueblo de cazadores de ballena y de lobos marinos, que andaban desnudos y surcaban los mares helados, y que lo habían hecho por generaciones. Entonces el médico comprendió que a la muerte la habían traído los gringos en sus ropas y que ellos mismos se habían sentenciado al vestirse con ellas. Había niños y mujeres entre los moribundos y nada se podía hacer, más que separar a los enfermos de los sanos y rogar que la epidemia se extinguiera. Fue muy difícil explicarles a los hombres y muchos de ellos se negaron a dejar a sus familias y allí se quedaron, muriendo con ellos en la soledad de un inframundo gélido y olvidado.

Cruzaron a otra isla y allí armaron las nuevas tolderías. En pocas horas habían construido una pequeña ciudad de troncos y piel de foca y lobo marino, fogones que daban calor en los interiores y pozos donde ya se cocinaban los peces para la comida nocturna. Mariano era el invitado de Lem y allí permaneció con los canoeros, compartiendo toldo y recorriendo ambos la zona. Vio con ellos la habilidad del arpón y los humores distintos del océano. Vio la ceremonia del chiejaus, y escuchó a los viejos decirles a los jóvenes que si iban a casarse debían tener choza para ambos y alegrarse cuando los demás fueran a comer a ella. Que cuando vieran a un hombre ciego que no encontraba su camino debían conducirlo hasta el lugar al que deseaba ir y que si oían gritar a un niño que había perdido a sus padres debían tomarlo en brazos y llevarlo de vuelta hasta donde su familia. Y que eso también debían hacerlo si se trataba del niño de un enemigo, pues la criatura no tenía la culpa si existían desavenencias entre los hombres. Y sobre todo, que no debían matar a nadie, pues entonces la muerte volvería.

Cada mañana despertaba pensando en el tiempo que perdía allí y, si sentía esa pérdida, era porque estaba renunciando

a algo y era consciente de eso. Pero estaba débil y los años en el camino le habían enseñado cuándo no iba a poder resistir el rigor de un viaje. No tenía otro remedio que esperar la primavera y como cuando estaba en aquel cuartel de Buenos Aires, comenzó a defender su cuerpo y a cuidar de él para encarar lo que vendría, y así nacía otro horizonte en su vida.

En la primavera se aventuró hacia los lagos que escondía la cordillera, un paso natural entre una tierra y la otra, donde sentía una paz íntima, un lugar en el cual quizá otros pudieran escuchar su pensamiento si él así lo deseaba, otros que no estaban allí, acaso lejos o en otro mundo. Construyó en la orilla de ese gran lago una cabaña y allí pasó lo que quedaba de la primavera y el verano. Las liebres y los zorros comenzaron a rondar su hogar por el alimento; también los cóndores pasaban rasantes por el marco de sus ventanas sin cristales. El viento llevaba en su falda el sonido de los andes, gritos de dolor y de guerra, la música de la brisa alterada por las ramas, y fue enquistándose en su existencia todo aquello, haciendo otra vez una placenta de costumbre y de paz a su alrededor, aunque había noches en las que estaba ansioso e intranquilo, deseando poder seguir el viaje. Lem solía visitarlo. Comían y bebían junto al fuego sin decir palabra, y quizá aún así se escucharan el uno al otro y ambos supieran de sus angustias y sus deseos.

En el abrazo más fuerte del invierno, volvió a sangrar. No había pasado demasiado desde aquella vez en la que el Colorado lo había herido y desde entonces no había podido caminar sin el apoyo de un bordón. De tiempo en tiempo volvían las fiebres y las hemorragias, pero ese día fue más intenso que otros. Cabalgó

hasta las tolderías de Lem y llegó quebrado sobre el caballo, el lomo del animal con rastros de su sudor y de la sangre humana. Fue esa madrugada de sopor cuando vio en la ranura de su toldo la cara de Sayen, y ella entraría y se recostaría junto a él, y juntaría otra vez los pies con los suyos y recostaría su cabeza en el pecho y le diría cosas que entendería sin saber exactamente qué significaban esas palabras. No sería hasta la mañana que al verla a su lado comprendería que realmente estaba allí. O quizá su sueño no terminaba y ese cuerpo, esa mirada y ese sonido que emanaba de los labios de Sayen eran la extensión misma de su fascinación onírica. Ella le tomó la mano y la acercó a su vientre y dijo su nombre. Mariano la miró y sintió un levísimo temblor en sus dedos, la vibración de la vida rodeando la piel. Una brisa fresca entró y alivió el ardor de la fiebre en la frente y en el cuello, soplado de un ejército de pájaros, aliento a frutos rojos de aquel valle de los Andes. Algo había volado la tienda y la había arrancado del suelo. Estaba ahora bajo un cielo oscuro pero luminoso, como cuando el sol esforzaba su salida entre la lluvia, y él, recostado en la gramilla junto a ella y los lagos reflejando otro cielo y otras nubes. Hileras de sauces y de pinos formando caminos que se cruzaban entre sí, laberinto cerril de criaturas templadas. Desde uno de esos rumbos llegó el caballo, la sombra blanca sobre su hocico y un brillo solar, tan lleno de brío, tan sencillo. Durante la visión existía un tirón doloroso en su herida que intentaba atarlo al mundo, pero cuando se levantó y montó el caballo del Solitario ya no sintió nada. Y cabalgó.

Lo envolvieron en su viejo quillango y lo llevaron al centro de la isla. Allí lo sepultaron con su rémington, vasijas con mariscos y agua dulce. Y esto lo hicieron por pedido de Sayen, porque ella sabía que, más allá de su viaje, la vida de Mariano se prolongaría en otro con su cuerpo y su luz, en algo equivalente a la sombra que veían dibujarse en el agua y en la nieve y que era imposible de aprehender. Y en ese mundo u otro podía ser invisible e intangible a voluntad, y tendría las mismas necesidades, mismos sentimientos y deseos que los vivos.

Cerraron los ojos frente a su sepulcro y lo vieron cruzando la estepa encima de un caballo, y todos imaginaron el mismo corcel aunque nunca lo habían visto. Vadeaba ríos y hacía equilibrio en cornisas desde donde podían verse valles eternos de sol y de lluvia, tormentas indómitas agitando las aguas de los mares, selvas tupidas y húmedas y las bestias de cada uno de estos sitios. También vieron a Inmaculado, aunque no lo conocían, parado frente a la caída de un arroyo de montaña, lavando su cara con esa agua helada y mineral, bebiéndola con fruición. Y también a Flores con esa mujer rubia y al Solitario con el manco y al hermano del primero. Toda esa visión no tenía que ver con

los vivos y los muertos, con el mundo que pisaban ni con la idea vaga que tenían de él, sino con el deseo y la historia de Mariano encarnados en ellos.

Sayen se sintió mareada y se sentó. Había seguido la pista del rumor de un mito, una leyenda que decía de un cristiano que curaba y que escapaba de todos, yendo hacia el sur. Lo había oído tras la cordillera y lo creyó, y, como dijera Fontana en su historia del Chaco, sólo los hombres y las mujeres de esos pueblos primordiales podían aferrarse con esa lealtad a las cosas. Era acaso un presagio que ambos pudieran verse antes de cruzar, rozando sus sueños, alcanzándolos sólo por horas para después verlos alejarse. A su espalda el viento creció hasta ser vigoroso, pero las olas del canal no se rebelaban del lecho, y éste era una llanura plateada y brumosa serenando la ilación de los confines. Sintió un nudo en la garganta después del mareo y debajo de sus párpados se reunieron las lágrimas y las contuvo. No quería despedirlo de esa manera. Ya vendrían otras lágrimas, en sus años y en los venideros. Surcarían las mejillas de esa isla que albergaría el dolor de una prisión, las calles grises y ventosas de los barrios, las miradas caídas como reflejo de lo perdido. Y en esa historia, ni siquiera imaginada, los ojos de los antepasados ya no podrían brillar tras el mercurio del alumbrado público.

Índice

9 Primera parte

101 Segunda parte

165 Tercera parte



*A dónde van
los caballos cuando mueren,*

de Manuel Rodríguez, se terminó de
imprimir en xxxxxxxx de 2014, en los talleres gráfi-
cos de xxx
xx
xx. El tiraje consta de tres mil ejem-
plares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo
Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz,
Juan Carlos Cué y Erika Lucero Estrada. Formación y portada: Iván
Jiménez Mercado. Cuidado de la edición: Sandra Oropeza
Palafox, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en
imprenta: Iván Jiménez Mercado. Editor respon-
sable: Félix Suárez.

